
3 1761 08831767 2

A D. Ant.º Paz y Meliá
su buen amigo

[illegible]

HERENIO

HERENIO

NOVELA HISTÓRICA

POR

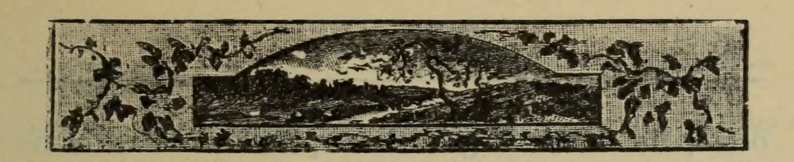
EMILIO COTARELO Y MORI

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA



MADRID
TIPOGRAFÍA DE LA «REVISTA DE ARCHIVOS»
Olózaga, 1.—Teléfono 3.185.
1912





I

EL REGRESO

IMPERABA en Roma el español Trajano al ocurrir los sucesos que narra esta verídica historia.

A unas ocho millas escasas de la ciudad eterna, por la vía Nomentana, sembrada á uno y otro lado de quintas y vergeles de los opulentos romanos, veíase también la famosa Villa Marcia, propia de la familia de los Vespilios, y que, á más de suntuosa y linda casa de placer, era granja agrícola de pingüe rendimiento.

Asentaba en las últimas estribaciones de los montes Lucretos, ramales del Apenino, parte en suave declive al mediodía y parte en llanura perfecta. Cruzábala en su mayor extensión un riachuelo de vivo y tortuoso curso que iba entregar sus aguas en el Anio, y la defendían de los vientos norte y nordeste las colinas antedichas, gozando así de un clima dulce y templado, aun en invierno, por hallarse abierta al sur y al

oeste, de donde llegaban en primavera las blandas auras del favonio.

Una tarde serena y plácida del mes de Abril advertíase, así en la quinta como en las próximas villas, desusado y grande movimiento de gentes. Colonos, libertos y esclavos acudían sueltos y en grupos y se detenían cerca de Villa Marcia ó penetraban en ella.

Abierto de par en par se mostraba el portón monumental, de gruesos barrotes de encina, reforzados con planchas de hierro y clavos de cabeza de estrella, que bajo de un ático y amparado por robustas columnas de granito ofrecía un ingreso señorial y digno de la rica hacienda. Este portón casi nunca se abría, bastando para todo el servicio de la finca las dos capaces puertas laterales que se destinaban una para el tránsito de carros, animales y esclavos y la otra para los que iban directamente á la casa.

La razón del inusitado ir y venir de aquellas gentes era que esperaban la llegada, y por primera vez como única y absoluta señora de aquellas tierras, de la ilustre dama Marcia Vespilia, más conocida entre sus gentes con el poético nombre de Aglae, que le había dado su padre cuando la gracia infantil de la niña cautivaba las voluntades de todos.

Tres años largos de ausencia, desde que Aglae abandonó la villa de su nombre para casarse en Roma con su deudo Cayo Vespilio, hacían desea-

ble su regreso á todos los colonos y esclavos que la habían visto de continuo mientras vivió su padre, el llorado Marco Vespilio.

Un año llevaba de viudez y, aunque joven y hermosa, tan poco estimaba la vida de la capital del orbe, que había resuelto venir á esconderse y habitar entre sus fieles labradores del campo nomentano.

Pero no venía sola, y esto era la causa principal del insólito recibimiento que le preparaban, sino que además de su hermana mayor, Junia, y su cuñado Lucio Vespilio, traía consigo, en urna de alabastro, las cenizas de su difunto marido, para colocarlas definitivamente en el sepulcro de familia labrado en la misma quinta.

Por caminos y senderos interiores de la villa iban llegando esclavos y esclavas, vestidos con más aseo y adornos que los ordinarios, y colocándose en ordenadas filas á derecha é izquierda de la amplísima área que formaba como el vestíbulo de la casa y sus parergos.

Estaba el área dividida en tres zonas ó fajas que, partiendo de las tres puertas iban, la central á los edificios y las colaterales á las tierras y campos de cultivo; empedradas las últimas con menudo pedernal blanco, rojo y negro en combinación agradable y solada la primera con gruesas y cuadradas losas de blanca piedra tiburtina.

Formando hileras, avenidas y paseos de amena frondosidad cubrían el área árboles variados,

viéndose allí plátanos de Siria que, después de ornar luengos años el sepulcro de Diomedes, en la isla de su nombre, había importado en Italia el tirano Dionisio. Fresnos de empenachada copa; olmos atrinios ramosos y espesos; acacias egipcias, mezcladas con el álamo blanco, de hoja temblorosa y su hermano el negrillo, gigante de las alamedas; el moral añoso y el loto itálico, tan querido de los romanos porque les daba grata sombra, fruto dulce y tintura para sus lanas y pieles. Para que ni aun en el invierno dejase de ofrecerse á la vista verdura apacible y alegre, una parte del área contenía árboles de hoja perenne, como pinos de varias especies; el abeto sapino de nudosa fusterna; el lárice ó alerce de gran tamaño, sin rival para suministrar tablas á los pintores, y tejos añosos de aguda punta que blandamente cimbreaban los céfiros.

Un buen espacio, en el rincón de la izquierda, hallábase cubierto por higueras de la India, presente que hizo el magno Alejandro á Europa; árbol de copa dilatada á cuya sombra celebraban sus fiestas y bailaban los gañanes y pastores de la granja.

En lugar visible, sobre una torrecilla de piedra obscura, parecíase un ancho cuadrante solar de mármol ligurio, con las rayas gruesas y negras para que desde varios lugares y á distancia pudiera verse cómo iba pasando por ellas la som-

bra triangular del índice ó gnomon puesto en el centro, que señalaba las horas del día.

En medio del área y dando sus postreras órdenes andaban el mayordomo (*procurátor*) de la casa, el vílico y los capataces y mayorales de todo aquel pueblo de siervos que, entre mujeres, hombres y niños no bajaba de seiscientas almas.

Declinaba ya el sol cuando la fúnebre comitiva se presentó á la puerta de la quinta. Venía delante un grupo de esclavos para el relevo en la conducción de las literas, y tras ellos el carpento fúnebre, coche cubierto y lujoso, tirado por dos mulas; y dentro de él, con el decoro debido y cubierta con paño de púrpura, la urna con los quemados restos del malogrado esposo de Aglae. Seguían las dos literas de las damas, transportadas por altos y fornidos esclavos liburnios, en número de seis para cada litera. Eran de preciosas maderas de Egipto, cubiertas de cuero y con delgadas pero espesas plágulas ó cortinas en los cuatro costados. Tendidas en ellas, sobre cólcedras de pluma y apoyado el codo en uno ó dos acericos podían, sin cansancio ni fatiga, caminar días enteros las matronas romanas.

Hubieran podido venir todos en una espaciosa reda con múltiples asientos, ó siquiera las damas en ligeros cisios ó carpentos ordinarios, pero les pareció más autorizado y decoroso el aparato y lentitud de los palanquines.

Otra litera mayor, de las llamadas octáforas,

por ser conducidas, no por seis, sino por ocho lecticarios, traía al grueso Lucio Vespilio, hermano del muerto y marido de Junia; y cerrando el cortejo, caballeros en buenas monturas, dos parientes lejanos de la *gens* Vespilia.

Entró el coche hasta la puerta principal de la casa, donde se detuvo. A su lado depusieron los esclavos las literas de las damas; y apenas hecho destacáronse del núcleo principal de los que aguardaban, dos hombres, uno anciano y otro joven, que, levantando las cortinas é hincando una rodilla en tierra presentaron el hombro á las damas para que bajasen seguras, pues los pies de las literas levantaban más de medio metro del suelo.

Incorporóse Aglae la primera y, en vez de apoyarse en el hombro del viejo, abrazóle con afecto, diciéndole:

—Salud, mi buen tutor y padre. ¿Cómo estás?

—Los dioses protejan tu venida, señora mía. Mi vejez cansada no alienta sino para servirte. Tú cada día estás más hermosa; sólo puede compararse la diosa de Citeres.

Al descorrer el joven la cortina de la litera de la hermana de Aglae, diciéndole: "Salve, mi señora; puedes descender", quedóse un momento sorprendida mirándole la dama. Apoyando luego con negligencia la mano sobre el hombro que le ofrecía, se puso de pie con ligereza y ordenó los pliegues de su estola descompuestos en el camino.

Acercóse á la joven viuda, que seguía hablando con su mayordomo, y le preguntó en voz baja:

—Hermana, ¿quién es ese gallardo esclavo que me ayudó á bajar?

—No es esclavo —respondió Aglae—. Es Herenio, el hijo adoptivo de mi tutor y mayordomo. Fué secretario de nuestro difunto padre y hoy dirige con grande acierto casi todo en esta casa.

Apeáronse los caballeros y varios esclavos echaron sobre sus cabezas y hombros togas negras cuyos pliegues ordenaron en líneas paralelas con el mayor cuidado. Al mismo tiempo salieron del interior de la casa cuatro esclavillos de doce á catorce años, vestidos con túnicas de color violáceo y coronados de taray, llevando unas pequeñas y ricas andas, dorados los brazos y cubierto de púrpura el asiento. Lucio Vespilio tomó la urna cineraria, la puso en ellas y la cubrió con el rico paño que traía desde Roma.

Antes de que el cortejo se encaminase al mausoleo, surgió como una aparición infernal una mujer vieja, arrugada y de tez cobriza, con el pelo desgreñado, descalza y vestida con una túnica de grosera lana verdosa y sucia ceñida por el vientre, pero que apenas la bajaba de la rodilla.

Con singular desparpajo acercóse á la viuda y le dijo, con extraño acento y ademanes exagerados, señalando á la urna:

—Hermosa señora, hija de Venus: atiende á

lo que te digo: En otra urna que no en esa has de hallar tu salud y vida.

Y dicho esto desapareció con la misma rapidez con que había entrado.

—¿Quién es esa mujer?—exclamó Aglae con cierto temor.

El mayordomo, volviéndose hacia el grupo de esclavos, les preguntó:

—¿Alguno de vosotros la conoce?

Adelantóse uno y dijo:

—Yo la conozco muy bien. Es la vieja Canidia, bruja y hechicera, siempre ebria, que anda por estas aldeas engañando inocentes y hurtando lo que puede para venderlo y seguir bebiendo. Aquí no había osado entrar hasta ahora.

Aglae, que era supersticiosa como todas las romanas de su tiempo, preguntó á su hermana:

—¿Qué me habrá querido expresar esa nueva Megera?

—No sé—contestó Junia, también afectada y titubeando.

Acercóse su marido y dijo:

—Pues yo sí lo sé. Quiso decir que en tu propia urna cineraria has de hallar, Aglae, tu reposo eterno; lo cual es una gran verdad al par que una gran simpleza.

Si no quedaron convencidas las damas, callaron, y empuñando los niños los brazos de las andas encamináronse todos al sepulcro.

Tras de la urna iban las dos damas, Lucio y

sus primos y en pos de ellos el mayordomo y tesorero de la casa, también de toga, pues no eran esclavos, y numeroso grupo de cabos y maestros de los distintos menesteres de la hacienda.

Siguieron por un ancho camino cerca de media milla hacia la montaña y se detuvieron á la entrada de un espeso jardinillo donde, en medio de laureles délficos de ancha copa, cipreses inalterables de Creta, olivos silvestres, tarayes, piceas ramosas desde el suelo, mirtos y otros árboles y arbustos y flores de vario género que vivían y crecían en toda su libertad y casi oculto por ellos, estaba el panteón, consistente en un edificio de piedra calcárea, cuadrangular y de unos ocho metros de lado. Todas sus caras presentaban el mismo aspecto de templo, con dos columnas de capitel corintio á los lados y su entablamento, terminado por un ático triangular de poca altura. En el centro, como techo, se alzaba una cúpula relevada con angostas fenestras para dar luz y aire al interior.

Franqueada que fué la puerta, defendida con planchas de bronce, entraron los parientes en el cubículo, que vendría á tener unos cuatro metros por cada lado y no más de alto, con nichos cavados en las paredes, de los cuales sólo tres contenían urnas. Depusieron los niños su fúnebre carga sobre el ara de piedra que había en uno de los frentes, y sin más ceremonia, pues la traslación era un acto privado, colocó Lucio los restos

de su hermano en una yacija alta cerca de la urna de la madre de Aglae.

Antes de retirarse presentó Herenio á su ama un cofino ó canastilla de flores que Aglae fué tomando y depositando en los nichos de sus padres, esposo y en el otro, que era el de una tía paterna con quien había vivido en su infancia.

Salieron todos hacia la casa. Luego de subir las cuatro espaciosas gradas que le daban ingreso y atravesar el ostio ó portal entraron en una espaciosa sala que hacía oficios de tablino, pues las casas de campo no tenían atrio. En uno de sus rincones, tras angosta puertecilla, estaba el altar de los dioses lares, especie de nicho, en que entraron los que cupieron. Aglae con una lámpara que había encendida quemó sobre el altar granos de mirra; hizo tres aspersiones con una ramita de laurel mojada en vino y tomó de una patela que Herenio le presentaba un puñado de violetas que esparció á los pies de los dioses tutelares de la casa y de la familia.

Volvieron tras esto á la sala. Dos esclavas quitaron los velos á las damas y arreglaron su cabello y los pliegues de sus estolas; otros esclavos recogieron las togas de los señores, y en sendas cátedras que había en uno de los testeros de la cuadra, sentáronse todos menos el mayordomo, el tesorero y Herenio, que en un rincón de ella se situaron dispuestos á contestar y dar explicaciones á su ama sobre lo que iba á seguir.

Comenzaron á llegar uno por uno los cabezas de los ramos de cultura y oficios que se practicaban en la quinta. Todos al entrar hincaban la rodilla, besaban la fimbria de la estola de su ama y contestaban brevemente á las preguntas que ella les hacía. Nada más singular y curioso que esta especie de pleito homenaje rendido por aquellos pobres y rudos trabajadores del campo á una joven tan linda y ciudadana. A muchos los conocía y llamaba por su nombre por haberles hablado con frecuencia antes de su casamiento. Otros se los daba á conocer el mayordomo.

Entró primero un viejo seco de carnes; pero robusto y ágil. Era el vílico ó director de la labranza, aunque él personalmente no hiciese nada; pero, como entendido, todo lo disponía y vigilaba.

Conocióle al entrar y le dijo su ama:

—¡Oh, mi viejo Rusticano! Veo que estás bueno; y tu mujer, ¿goza también salud?

—La tendrá mejor ahora que podrá verte, señora.

Levantóse entonces Aglae, y poniendo la mano sobre la cabeza del viejo arrodillado, le dijo:

—Ya será tiempo, Rusticano, de que seas libre. Mañana haremos la manumisión en forma. Si quieres continuar en mi servicio te señalaremos salario.

Limpióse el viejo una lágrima que rodaba por su rostro y respondió con voz turbada por la alegría:

—Yo siempre seré tu esclavo.

Presentóse luego el mayoral del ganado vacuno. También le recordaba su ama.

—Salud, Numidiano; ¿cómo andan esas vacas y bueyes?

—Desde el año pasado te han nacido ciento sesenta terneros, sin haberse malogrado más que once. En tus praderías andan doscientas cuarenta vacas y cincuenta yuntas de bueyes y en tus establos están cincuenta hermosos y valientes toros. Tienes además cien becerros mayores de un año para reemplazar los bueyes y vacas que van envejeciendo.

Celebró Aglae su buena maña y diligencia, y luego de retirarse apareció un joven de poco más de treinta años. Desconocióle su ama y le preguntó:

—¿Quién eres?

—Me llamo Sérvulo —dijo él—, y soy el rabadán de tus rebaños de ovejas y carneros.

—¿Pues Vernáculo?

—Ha muerto, señora —se apresuró á responder el mayordomo—, y este mozo es hijo suyo y tan entendido y honrado como él. Por eso, contando con tu beneplácito, le hemos conservado el puesto que ya tuvo los últimos meses en vida de su padre.

—Lo apruebo —contestó Aglae—. Y los rebaños, ¿prosperan?

—Sí, señora. Este año habrá una tercera parte

más de lana que el anterior; tanto por haber aumentado las crías como por lo benigno del invierno.

—¿Cuántas cabezas gobiernas?

—Cinco mil y trescientas.

—¿Cuántos zagales y pastores tienes para ellas?

—Cuarenta y dos y sus familias.

Entraron sucesivamente el mayoral del ganado cabrío, el maestro de las colmenas, el capataz de las tierras de trigo, el de los prados, el de las viñas, el de los olivares, el hortelano mayor, el maestro de los jardineros, el de la cría de aves domésticas y pajarera, el de los estanques y pesqueras, el capataz de los porqueros, el de la caza, el de los bosques, el de los caminos y sendas y luego los maestros de la interminable serie de oficios que se ejercían en aquella ciudad abreviada: sastres, zapateros, herreros, carpinteros, alfareros, tejedores, matarifes, curtidores y otros cien, pues tenían á gala los dueños que se fabricase en la casa todo lo que pudiera ser necesario á la vida y á la comodidad de sus habitantes.

Anochecía cuando terminaron los saludos y reconocimiento de señorío hechos por los quinteros. Ante el buen orden y prosperidad que, á pesar de la ausencia de los amos, se advertía en la villa no pudo menos de exclamar el cuñado de Aglae:

—¡Por Hércules, hermana Marcia, que todo esto está bien y diestramente gobernado! ¡Ya qui-

siera tener así organizadas mi rica villa del Miseno ó las posesiones de Etruria y Umbría!

—Todo ello se debe á la honradez y vigilancia de mi buen padre Bonoso —respondió ella.

—Poco puedo hacer ya, por mi edad y achaques —repuso el aludido mayordomo—; pero á mi lado está quien, libre de ataduras y dolencias físicas, sabio y enérgico, dirige toda esta máquina de un modo que, me complazco en reconocer, nunca pude alcanzar y que casi iguala al incomparable acierto de nuestro amo Marco Vespilio.

Volvieron la mirada hacia aquel joven que avergonzado inclinaba su cabeza sobre el pecho.

Levantáronse todos: los hombres, como buenos romanos, no perdonaron el baño antes de ir al triclinio. Retiráronse también las damas á hacer sus abluciones y al salir dijo Junia á su hermana, mirando á Herenio, que se doblegaba ante ellas.

—Muy joven y peligroso me parece, hermana, para tu secretario este galán liberto.

—Ha sido voluntad de mi padre —respondió Marcia— que fuese sustituto y luego sucesor del anciano Bonoso nuestro mayordomo. Además éste le ama como á un hijo y ya ves cómo cumple. Sería una torpeza desprenderse de él. Por otra parte, un liberto es siempre un antiguo esclavo para una romana.

—Sin embargo...



II

LOS VESPILIOS

En tiempos del divo Augusto alcanzó su mayor lustre y poderío esta vieja familia patricia, merced á la fortuna y habilidad de Tito Lucrecio Vespilio, que en las guerras civiles siguió con tesón y constancia el partido del sobrino de César.

Honores y riquezas al padre y buenos gobiernos á sus dos hijos, cuando el Emperador hizo el reparto de las provincias con el Senado, reservándose, como era natural, para sí las mejores, apenas bastaron para que Octavio creyese saldar la deuda de gratitud contraída á favor de aquellos sus fieles partidarios.

Así se formaron las dos ramas de familia que en el mando de Tiberio estuvieron representadas: la mayor y más rica por Lucio Anio Vespilio, y y la segunda, que los romanos llamaban *junior,* por Sexto Vespilio.

El primogénito, murió imperando Claudio y dejó heredero de su rico patrimonio á Cayo, que lo gozó tranquilo varios años hasta que, mezclado bien ó mal en la conjura de Lucio Pisón, fué condenado á muerte por Nerón y sus bienes confiscados. Salvóse, en tan desecha borrasca, su primo Marco, hijo de Sexto, por hallarse desde mucho antes sirviendo como tribuno militar en los ejércitos que mandaba Vespasiano, en Armenia, de donde no regresó hasta la muerte del odioso tirano.

Dejaba Cayo Vespilio un hijo mancebo, que, privado de su fortuna y reducido á la condición de simple caballero, vejetó obscuramente el resto del imperio de Nerón, atenido á lo que producía la dote de su madre Lolia Silana, que no era mucho, por ser familia, aunque ilustre, abatida por la soberbia y persecuciones de Agripina, madre del imperante.

En tanto, Marco Vespilio en Oriente llegaba ser uno de los oficiales predilectos de Vespasiano. Ya en vida de Nerón obtuvo para él el grado de legado consular; y entonces sólo pensó Marco en disponer el ejército de Asia para que Vespasiano ocupase el trono de los Césares. Logrado este fin, el Emperador le designó para consejero y auxiliar de su hijo Tito en la empresa contra los judíos, dándole el gobierno de una de las legiones. Coadyuvó al sitio de Jerusalén y con el vencedor hizo luego su triunfal entrada en Roma.

Vespasiano, que sentía paternal afecto por su hechura, Marco Vespilio, le colmó de honores y regalos y le casó con una sobrina, hija de su primo Sabino Casio, llamada Flavia Sabina, que pasaba por ser y era una de las más gentiles doncellas de su tiempo.

Entonces vió Roma opulenta y encumbrada la rama segunda de una antigua familia, mientras que la primogénita yacía en el abatimiento y en la pobreza. Pero esto no entraba en las ideas del generoso Marco Vespilio. Obtuvo de su protector que le fuesen devueltos á su sobrino Lucrecio todos los bienes confiscados; agencióle un rico é ilustre matrimonio, y sin cesar le honraba como á superior suyo, en el Foro, en el Capitolio, en la calle y en todo lugar, cosa que pareció muy bien en Roma exornando con una aureola de simpatía el nombre del que tan noblemente sabía mantener las viejas costumbres patricias.

Corrieron los años en que Marco Vespilio desempeñó el gobierno de la Cilicia, provincia del Asia Menor, casi enfrente de Siria, que le prorrogaron dos veces por la buena cuenta que supo dar de su mando. Una sola volvió á Roma para felicitar á Tito cuando subió al trono en sucesión de su padre Vespasiano, el año 79. Queriendo el nuevo Emperador tener más cerca á su compañero de armas le invitó para que, dejando su gobierno de Asia, aceptase el de la Acaya, con residencia en Atenas.

Agradóle no poco al antiguo tribuno la permuta, porque su inclinación natural, más que á la guerra, era á los estudios de filosofía, en que le habían iniciado su antiguo pedagogo, un esclavo griego, profesor de las doctrinas de Zenón de Chipre, y lo que había leído en los escritos de Séneca.

En estos gobiernos habíale acompañado su esposa, cerca de quince años más joven, pero que adoraba á su marido que tan dichosa vida le daba; siempre alegre, siendo la primera dama en todas partes, como en todas era la más hermosa. No había excursión instructiva ó de recreo, jira campestre, sarao, banquete, ni fiesta pública ó privada en que Flavia Sabina no ocupase el lugar preferente y á quien no se dedicasen todos los obsequios y votos por su no interrumpida fortuna.

En Cilicia les nació su hija mayor, Junia, y en Atenas, la segunda, Marcia, únicas que conservaron de su prole.

La muerte prematura del emperador Tito causó un pesar muy hondo á Marco Vespilio. Vino á Roma á felicitar á su hermano y sucesor; pero fué recibido con el mismo despego y sequedad que Domiciano tenía para todos los fieles servidores de su padre. Volvió á su gobierno, y llegado el término, aunque hizo gestiones para conservarse en él, vióse pronto sustituído por un amigo del nuevo señor del mundo.

Quedóse en Atenas, ya simple caballero, y arrendó una alegre villa á orillas del Cefiso, con jardines y bosquecillo de acacias, como la antigua Academia platoniana, y departiendo con los filósofos y retóricos y viendo crecer y jugar á sus dos hijas pasó los tres años de gobierno de su sucesor y el primero del que vino á reemplazarle. Era el nuevo procónsul de la raza de los Verres; y el recuerdo del sabio y honrado mando de Vespilio y su presencia formulaban con muda elocuencia severa y continua acusación del suyo. Quiso, pues, alejar aquel testigo de sus depredaciones, que ni la menor atención concedía á sus actos, y so pretexto de que en su casa se murmuraba del gobierno, suscitóle cuantas molestias y vejaciones pudo imaginar en términos que, aburrido Marco Vespilio, levantó su casa y se dispuso á volver á Roma. Pero no pudo hacerlo él inmediatamente, porque le sorprendió la inesperada noticia de haberle nombrado heredero suyo un riquísimo judío de Antioquia, mercader en especias y perfumes, que acababa de fallecer.

La razón ó causa de esta herencia merece recordarse. Tenía el hebreo casa comercial en Antioquia, donde habitaba de ordinario, y otra en Tarso, en Cilicia, bajo la custodia de un hermano suyo. Pasaba con frecuencia largas temporadas en la segunda; y en esta región poseía además bosques inmensos y feraces terrenos cultivados. Sucedió que un día trazaron unos empleados del

fisco romano modo de sacarle al judío los tesoros que suponían tenía ayuntados. Aprovecharon la circunstancia de haber sido muerto violentamente un hombre en la calle pública; sigilosamente echaron el cadáver puertas adentro en la casa del judío y le acusaron de homicida. No faltaron testigos que agravasen la situación del mísero hebreo é iban ya á darle tormento, en el que moriría de fijo si no entregaba sus tesoros, cuando supo el gobernador Marco, por confesión de uno de los testigos, la infamia proyectada. Con maña y energía pudo esclarecer el asunto; castigó á los culpables y dejó libre, contento y reconocido al judío. No tuvo con él más conexión ni trato que oirle tal cual vez sus efusivas protestas de gratitud imborrable. Salió Marco del gobierno; murieron el hermano del hebreo y un hijo solo que tenía y, acordándose entonces de su bienhechor, redactó su testamento nombrándole su universal heredero.

Conocía Marco la importancia del caudal del judío y le pareció necesario ir en persona á recogerlo. Confió el encargo de conducir á Roma á su mujer é hijas á su fiel é inseparable Bonoso, su mayordomo, y al tesorero Rufo, y él, con solos cuatro esclavos y un secretario, se embarcó para Oriente.

El tomar posesión de tan rica hacienda y ordenar cómo sus productos llegasen fáciles y seguros á Italia ocupóle un año entero, y, al fin,

entró á Roma á los seis de haber salido de ella después de su última visita.

Halló al Emperador benévolo y afectuoso, lo que le admiró harto, porque la dulzura no era de uso en aquel déspota; pero supuso que, como apenas le conocía, fuese capricho ó efecto de la novedad del trato. Tenía Domiciano especial cuidado con que los Vespilios asistiesen á sus comidas y fiestas, no admitiendo las excusas, aun fundadas, y hasta les forzaba con amistosa violencia á presentarse cuando se hallaban descansando en alguna villa suya ó de sus parientes.

No bien transcurrido un año sorprendió un día el César á Vespilio con el nombramiento de legado imperial en Oriente, para que examinase la conducta de procónsules, prefectos y gobernadores y recogiese las noticias más útiles acerca de las reformas convenientes á los vastos países que por aquella parte del mundo señoreaba el pueblo romano.

Excusóse Marco de aceptar tan penoso encargo, alegando su edad y achaques, lo mucho que había servido en el ejército y mandos políticos, su necesidad de descanso y hasta lo odioso que para él sería tener que fiscalizar la conducta de hombres poderosos y de ilustre sangre, que serían luego otros tantos enemigos suyos.

Pero nada pudo vencer la terquedad de Domiciano, parapetado tras el provecho que de llevar á cabo aquella medida obtendría el imperio; ser

Marco el único á quien podía confiarse, ya que tan bien conocía aquellos países en que había residido la mayor parte de su vida, terminando por maravillarse de que Vespilio rechazase un cargo por el que reñirían con empeño los más ilustres senadores si les fuere ofrecido, pues iba á representar la persona misma del Emperador con los honores, sueldo y cortejo propios de misión tan elevada.

Harto comprendió el antiguo soldado que tal discurso era una orden inexcusable y se allanó á cumplirla lo mejor y más breve que pudiese. Cerró su casa, y no atreviéndose á llevar en tan peligroso viaje, en el que sólo pensaba detenerse en cada ciudad lo absolutamente preciso, á su familia, se la encomendó á su hermana Paulina, viuda solitaria, con quienes se fueron á vivir Flavia Sabina y sus dos hijas, una de diez y otra de seis años.

Apenas supo Domiciano que Vespilio navegaba hacia el Oriente, quitándose la careta, empezó á asediar con sus obsequios y halagos á la digna esposa del ilustre romano, primero á título y con el rebozo de pariente, como lo era, y luego, con menos empacho y reserva, queriendo imponer como señor una voluntad que de todos modos hubo de ser menospreciada.

La resistencia invencible de Sabina llenó de furor á su imperial amante, y con pretexto de que estaba imbuída en las supersticiones de su

primo Flavio Clemente y de su sobrina Flavia Domitila, esposa de Clemente, envió á la casa de Paulina Vespilia un centurión y algunos pretorianos con orden perentoria de conducir á la triste esposa de Marco á las prisiones del palacio.

Aterrada Sabina y de acuerdo con su cuñada, se metió prontamente en el lecho, fingiéndose enferma; y al mismo tiempo que el centurión aguardaba nueva orden del Emperador, corrió Paulina á verle. Díjole cómo Flavia, por su intermedio, le rogaba que le concediese un solo día de reposo, y que en el siguiente vendría voluntariamente á su lado. Muy alegre Domiciano ordenó al centurión que se retirase.

Vuelta Paulina á su casa y habiendo conferido ambas mujeres acerca del remedio que habría en tal angustia y despeño; viendo ya perdida y deshecha su casa, muerto el insigne Marco, pobres y errantes sus tiernas hijas, acordaron que Flavia se libertase con la muerte de la odiosa persecución de aquel verdugo coronado. Llamaron á toda prisa á su médico preferido, que era un viejo estoico é impasible. Manifestó que lo más útil sería acceder á los deseos del Emperador, pero que lo más virtuoso era darse la muerte; y después de oir una y otra vez declarar á Sabina que lo último era su voluntad, él mismo dispuso y ayudó á preparar el baño, cuidando de la temperatura del agua; vió cómo se desnudaba la triste matrona de sus ropas, menos de la subúcula de

manga corta que el pudor exigía tuviese puesta, y cómo luego de estrechar la cinta de la garganta y atar fuertemente bajo las rodillas aquella prenda, se acostó Flavia, llorando como Ifigenia su fin injusto y prematuro, en aquel nuevo lecho de muerte. Abrió con rapidez y sutileza el médico las venas de los brazos y los tobillos y se acomodó en un rincón de la pieza esperando tranquilo el desenlace.

El terror á vista de la sangre le produjo á Sabina un profundo aglayo que el médico se cuidó muy bien de evitar que terminase, considerando afortunada á la matrona si la muerte la sobrecogía en aquel estado; pero volvió la desmayada en su acuerdo y con voz débil pidió ver á sus hijas. Llegaron á su lado, y aunque el baño estaba recubierto, pronto echaron de ver que su madre yacía sumergida en sangriento lecho. Y como no alcanzaban que la muerte fuese voluntaria, todo su anhelo era que sacasen á la moribunda de aquel horrendo baño. Procuró ella calmarlas esforzando el ánimo en la tierna despedida, pero como los demás viesen que la presencia de las niñas más afligía que conhortaba á la dama y que ellas persistían en sus gritos de terror y espanto, casi por fuerza las llevaron algunas esclavas á su dormitorio.

Firme y en apariencia tranquila, aunque gruesas lágrimas rodaban por su rostro, asistía Paulina á la agonía de su cuñada. Inclinábase de

cuando en cuando sobre ella y besándola en la frente murmuraba en su oído palabras como éstas:

—¡Valor, hermana mía! Acuérdate de él y de cuánto valdrá á sus ojos esta sublime prueba de tu virtud y de tu devoción conyugal.

Antes de media noche había entregado su espíritu aquella matrona incomparable, más noble en su heroico sacrificio que Lucrecia, que Arria y que Pola, sin que un solo movimiento descompuesto alterase la serenidad augusta de su tránsito.

Súpolo muy temprano el Emperador, y aunque al principio, llamándose á engaño, amenazó con hacer crucificar á todos los esclavos y libertos y enterrar viva á la misma Paulina, luego lo redujo á broma diciendo no haber previsto el suceso porque era la primera vez que lo veía realizado, y que si todas las damas romanas que estuvieron en el caso de Flavia Sabina hubieran hecho lo que ella quizá sería mayor el número de viudos que el de solteros y casados conjuntamente.

Más de cuatro meses tardó en llegar á noticia de Marco el trágico fin de su esposa. Alcanzóle en Egipto y le hizo minuciosa relación de todo un liberto de confianza de Paulina, y sin vacilar, dió Vespilio por terminada la visita. Dispuso que el cortejo volviese á Roma cuanto antes, y él, con solos sus criados, se embarcó en Alejandría.

resuelto á clavar el más agudo de sus puñales en el corazón del infame Domiciano. Entró en Roma sigilosamente; besó llorando el lecho en que había dormido la última noche su casta esposa y abrazó con transportes de cariño á sus hijitas que le pedían terca é inocentemente á su madre. Confesó á su hermana el propósito que traía, pero ésta le disuadió de él haciéndole ver que con la muerte del imperante y la suya, que sería inevitable, destruía justamente todo lo que la heroica Flavia había querido salvar con la suya: su casa y sus hijas. Púsoselas delante cuando, ya más calmado, meditaba sobre las consecuencias de su venganza. Las niñas, industriadas por su tía, le preguntaban con pertinacia infantil si era cierto que también él pensaba en ausentarse como su madre y dejarlas huérfanas y solitas. Al fin, vencido por tantos ruegos, colocó el puñal como ofrenda en altar de sus lares y declaró á sus hijas que jamás las abandonaría.

Pero no contaba Marco con que, aun sin venganza, podía su viaje acarrearle no menores desgracias. Apenas supo Dominiciano su intempestiva llegada, le envió á llamar para ver cómo deshacerse del que ya juzgaba su más irreconciliable enemigo, y Domiciano sabía matar antes de que le matasen á él.

Recibióle rodeado de su guardia, prefectos, cónsules y algunos senadores, y embravecido de ira le preguntó:

—¿Por qué has abandonado la comisión que puse á tu cargo? ¿A qué has venido?

—Señor, la muerte horrenda é inesperada de mi esposa cegó mi entendimiento...

—Su muerte fué por ella granjeada. Había incurrido en las supersticiosas abominaciones de esa nueva secta, nacida entre los judíos, de los que llaman por ella cristianos, en que también han caído personas que me tocan más de cerca; y quien no perdonó á su primo ni á la hija de su hermana no había de absolver á tu mujer; pero bien supo ella eximirse del castigo.

Bramaba interiormente de coraje el buen Marco Vespilio oyendo tan hipócritas y villanas palabras, y como hubiese tenido á mano el puñal consabido, de seguro que se lo hunde en el pecho á aquel malvado antes de que pudiesen valerle sus guardas. Calló, pues, sin manifestar ni asentimiento ni negación. El Emperador prosiguió:

—Hubiera debido mandarte degollar por tu delito, mas respetando la buena memoria de mi padre, que te llamó su amigo, te perdono. Aléjate de mi presencia y nunca más llegues á ella.

Inclinóse profundamente el afrentado quírite y salió de la sala retrocediendo, sin volver la espalda hasta que traspuso el umbral de la puerta. Domiciano ni siquiera le miraba, jugando con la ensortijada cabellera de un horrendo enano vestido de rojo y con un lindo perrillo de las Galias, al que tiraba cruelmente de las orejas, obligándole

á lanzar agudos chillidos. Volviéndose luego á su favorito Partenio, le dijo:

—¡Y me habíais pregonado este hombre como un furioso Aquiles! El pavor que refleja su rostro no se le borrará mientras viva.

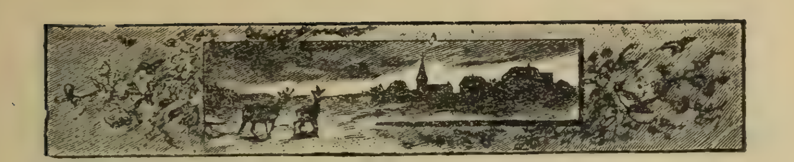
No creía aquel miserable egoista que gobernase las acciones humanas otra cosa que el instinto de conservación más rudimentario.

Llegó Vespilio á casa de su hermana, y llorando de rabia y abrazando á sus hijas, les decía:

—Por vosotras he sufrido hoy los más indignos baldones. Tiempo vendrá en que lo comprenderéis.

El mismo día por la tarde salió de Roma y se fué á dormir á su quinta de la vía Nomentana. Al siguiente llegaron sus hijas y algunos días después su hermana, que no se hallaba sin sus graciosas sobrinas. Poco á poco hizo venir todos sus criados y los muebles y objetos necesarios, y aquel hombre que había pasado más de treinta años fuera de su patria en grandes y honoríficos empleos, se resignó á vivir el resto de sus días en una triste casa de campo.





III

LA VILLA

No era ni con mucho la fastuosa residencia que luego heredó su hija, ni en extensión, ni en cultivo, ni en habitantes.

La casa vieja y exigua estaba puesta á orillas del camino, lo que Vespilio estimó cosa fea é impropia del valor y apariencia que pensaba dar á su alquería. Resolvió, pues, trasladarla más adentro; pero antes quiso ver cómo ensanchar y redondear el terreno, para no incidir en lo que había censurado Catón al hablar de los que, no mirando la natural proporción entre la tierra y la casa, venía á sobrarles una ú otra.

Compró y permutó con heredades que poseía en la Campania y en Etruria, campos, bosques, prados, olivares y viñedos lindantes con sus fincas de Nomento, que extendió hacia el nordeste y sureste, dejando el riachuelo por completo dentro de sus tierras, que con tales anexiones se hallaron en breve más que cuadruplicadas. Hizo rodear el

terreno de fuertes vallados de espinos, alnos y sauces, y de fosos, paredes y murallas, según el peligro de robos y la proximidad de los caminos lo exigían, en extensión de varias millas.

Sin descuidar la división y cultura de los campos, todo bajo un plan de antemano estudiado conforme la situación de las tierras, quiso lo primero construir su propia vivienda. Mandó venir arquitectos, labrantes y alarifes de Bayas y sus cercanías, que era donde había las mejores *villas,* y utilizando los materiales que le suministró una hermosa cantera de caliza dura hallada en los montes adquiridos, las de Tibur y Fidenas, y mármoles traídos de Liguria y algunos de Grecia y de Numidia y con maderas que le daban, no los bosques de su finca, que no quiso descuajar, sino los de sus haciendas de Saturnia y los inagotables de Cilicia, pudo levantar un edificio digno de su grandeza.

Después de sanear y desecar bien el suelo sobre que echó los cimientos, á unos cien pasos de la pared oeste que limitaba el terreno por la vía Nomentana, alzó más de un metro el primer piso, sostenido por gran número de paredillas de ladrillo que formaban como una red bajo de las losas y mosaicos que las cubrieron. Subíase por cuatro espaciosas gradas de piedra blanca de Tíbur, de que también eran las dos pilastras estriadas y el liso entablamento que circuían la entrada principal del edificio. La puerta

de roble con planchas y remates de bronce y clavos de adorno era de dos hojas, que giraban sobre sí mismas por medio de dos quicios de hierro en cada una, sujetos, no en las jambas, sino en el umbral y en el dintel de los huecos. Los romanos no usaban en tales casos bisagras ni goznes.

Pasada la caseta del portero, á un lado y otro de la puerta había dos grandes salas, una que reemplazaba al tablino de las casas urbanas y otra para usos diversos, tales como descanso y espera de los visitantes.

Volviendo al centro, seguía á la puerta de ingreso el prótiro ó portal, alumbrado de lo alto por dos largas y estrechas fenestras y se entraba en el espacioso peristilo, pues, como ya hemos dicho, las *villas* no tenían atrio, aquí innecesario. En cambio el terreno se empleaba en agrandar el peristilo. El de la casa de Marco era un extenso patio cuadrado, en parte cubierto por un techo voladizo que descansaba sobre una serie de columnas de mármol, en número de treinta y seis, diez á cada lado, con base y capitel corintios, para darles mayor altura.

Estas columnas cercaban un espacio como una plaza regular, también cuadrado y descubierto con árboles y jardín de flores en abundancia. Formando dibujos y laberintos con mirtos y arrayanes de la Bética, camedafnes siempre verdes y otras plantas topiarias, alternaban las acacias aromáticas; los pinabetes jardineros; tilos, de cuyas

hojas se tejían coronas para el banquete; evónimos; adelfas; bruscos; rododendros; laureles carpófilos ó alejandrinos con mucho ramaje al pie, y barbas de Júpiter de hojas de color de plata. Y en el suelo había sembradas violetas tusculanas amarillas, rosas centifolias tempranas de Campania y tardías de Preneste y de Mileto; jacintos azules; doradas caléndulas; cípiros de Naxos, semejantes al gládiolo, y anémonas limonias que despertaban al dulce soplo del favonio.

En el centro, en una alberca de agua cristalina, jugueteaban y corrían peces de varias clases y tan domésticos que venían á comer á la mano. Mesas de mármol cuadrilongas ó circulares con asientos de pie broncíneo y bustos y estatuas sobre airosos pedestales colocados sin orden aparente aumentaban la belleza y el regalo que á la vista causaba este vergel dentro de casa.

Como escondidos entre el follaje veíanse grupos escultóricos de bronce y mármol de infinita gracia; como un cabritillo, erguida la cabeza, buscando á su madre que cerca de él vuelve la suya y parece hablarle; un conejo mordiendo un racimo que sujeta con sus romas patitas delanteras; un flamenco de encorvado cuello y largas zancas en actitud de espanto, ó un perro levantado y abrazando una columna sobre la que sonríe un busto de mujer, á quien el perro, con el cuello extendido, semeja demandar una caricia.

El espacio entre las paredes y las columnas

formaba un excelente paseo cubierto para los días de lluvia, y servía de entrada á las habitaciones dispuestas á lo largo de los cuatro muros de este cavedio, pintados al fresco con asuntos alegres y aun jocosos que hacían reir á los buenos lugareños cuando los miraban. Aquí se veía un vendedor de pucheros de barro, puestos sobre una mesilla, que mostraba á los compradores y parecía convencerles de la bondad y baratura de su mercadería. Más allá era un panadero ambulante el que ofrecía sus bollos circulares y cruzados con el molde. En otro lado una lucha de carros tirados por ciervos en que iban de aurigas lindos amorcillos que se reían al ver caído en tierra á uno de ellos. Aquí un mercado de esclavos, con sus letreros al cuello y los compradores examinándolos con toda minuciosidad; y allí una escena cómica de atelana y baile grotesco, al son de la tibia y de los címbalos.

Como se ve, la construcción no podía ser más sencilla ni cómoda. Todas las habitaciones se alumbraban por huecos abiertos en las paredes exteriores de la casa y aun por la columnata central y las puertas, de ordinario veladas por cortinas.

Entre estas piezas hay algunas que merecen describirse particularmente, por el esmero que puso Marco Vespilio en su adorno. Frente de la puerta de ingreso estaba lo que los romanos, á imitación de los griegos, llamaron exedra, vasta

sala que servía para reuniones más numerosas que las comunes y para convites y fiestas extraordinarias. Recibía luz de dos grandes ventanales que por ingeniosos tableros podían reducirse ó aumentarse á voluntad y tenía salida á la espaciosa azotea, cuya vista dominaba mucha parte del terreno, y por medio de escalones conducía al jardín exterior de la casa.

El suelo de la exedra era de fino mosaico, representando dos combatientes con todas armas en el medio y una ancha cenefa de arabescos y figuras geométricas, bien unidos y aconchados los colores rojo, blanco y negro.

En los costados había pinturas simulando perspectivas arquitectónicas, con espacio suficiente para encuadrar temas mitológicos ó históricos. Una de las paredes laterales desarrollaba el trágico asunto del suicidio de Sofonisba. La reina, sostenida por su esposo Masinisa, tenía la copa en la mano y la llevaba á la boca. Escipión, contemplando el grupo con seriedad atenta, parecía escuchar las últimas palabras de Sofonisba. En frente de este cuadro había otro alusivo al reconocimiento de Orestes por su hermana Ifigenia. Orestes aparecía sentado en frente de Pílades, su amigo, que presentándole una carta hacía con la otra mano ademán de señalar á Ifigenia, que se acercaba seguida de otras dos mujeres. En el fondo veíase un templo de grande escalinata, columnas y ático con acróteras y antefijas.

Para estas pinturas hizo Marco venir de Atenas un maestro amigo, que había ya decorado su quinta á orillas del Cefiso.

En las comidas ordinarias servía el triclinio dispuesto en uno de los ángulos sur del peristilo, de modo que recibía el sol y la luz del meridiano. Sólo contenía tres lechos, pero podían colocarse muy bien otros dos á cada lado de los que iban hacia la puerta de entrada.

El piso de este comedor era de mármol muy blanco, siempre limpio y resplandeciente. La pintura de las paredes respondía al objeto de la habitación, describiendo en gracioso estilo escenas de banquetes, sacrificios en honor de Baco ó de Ceres, funámbulos y bailarines que al son de sus flautas saltan y danzan con posturas y visajes cómicos.

Los triclinios ó lechos de comer. curvos á manera de sigma, que llamaban estibadios, tenían adornos é incrustaciones de plata y bronce en las cabeceras y formaban como un semicírculo en torno de la gran mesa central, redonda sobre tres pies, simulando esfinges. La tabla de encima ostentaba finos chapeados de los humores del arce, que designaban con el nombre de malusco, y á más de su color obscuro y fácil pulimento, ofrecían caprichosas vetas imitando jaspes y pieles de animales; algo semejantes á las más preciosas de cidro de Mauritania, que denominaban tigrinas, panterinas y apiatas, cuando el dibujo parecía

una granulación muy menuda. Además de esta mesa central había en el triclinio otras pequeñas, llamadas clíbatos, para beber, y que se acercaban á los convidados cuando era necesario. Estas mesillas, muy usuales en Roma, eran también de forma redonda, monopodias, por lo común, y las de materias ricas, bronces de Corinto, piedras vítreas ó plata, recibían el nombre de mesas délficas.

Este era el triclinio de invierno, porque el de verano lo construyó Vespilio fuera de la casa al lado de la azotea, bajo un emparrado muy espeso y entretejido además con jazmines, rosas enredaderas y madreselvas, de tal suerte que ni sol, ni apenas luz entraban en él más que por la puerta. De una de las paredes brotaba una fuentecilla, y el agua cayendo suavemente en las tazas de mármol, dejaba oir un suave y grato murmullo y aumentaba la frescura del rústico triclinio. Los lechos eran de piedra, pero sobre ellos se ponían otros de madera sin pies y encima de todo los mismos pulvinares y coberturas que en el triclinio del interior y de noche se colgaban de los traveseros y hierros del emparrado lámparas ó lucernas convivales.

El amo de la casa y sus hijas gozaban dobles habitaciones, para invierno en el ala sur del edificio y las de estío en la parte opuesta. Además en el piso alto tenían las damas sus gabinetes para trabajar, leer ó descansar; sus roperos y un tocador suplementario. Comunicaban estas piezas

con las inferiores por unas escaleras particulares. Los demás aposentos del piso alto eran para los esclavos y esclavas que afectos al servicio de los amos se recogían dentro de casa. El mayordomo, Herenio y el *dispensátor* (tesorero) dormían en el piso bajo. Las habitaciones de cada uno las constituían tres ó cuatro piezas, formando como una casa pequeña dentro de otra mayor.

Las cocinas eran independientes de la casa, pero comunicaban con ella por una puerta no lejos del triclinio, así como los baños, que eran dobles, uno para cada sexo. En unos y en otros se entraba también desde el peristilo, atravesando las *fauces* ó pasadizos cortos. Los esclavos adscritos á estos servicios dormían en la parte alta de los mismos.

Tal era, descrita á grandes rasgos, la casa que para su vivienda construyó Marco Vespilio; y apenas terminada inauguróla con sacrificios, lustraciones y dióle el nombre de Villa Marcia, no tanto por ser el suyo, como porque allá en sus adentros pensaba que había de heredarla su hija segunda, á quien puso también el seudonombre de Aglae.

Sin destruir por lo pronto el viejo edificio que destinó á vivienda de los nuevos esclavos que hubo de necesitar la mayor extensión de la granja, comenzó Vespilio la construcción de las dependencias que los latinos llamaban *fructuaria*, esto es, los almacenes de los frutos ó cosechas de la tierra.

Edificó, pues, á un costado y otro de la casa, bastante separados para que no quitasen vista y cupiese una doble hilera de árboles y en la situación que determinaban las sabias instrucciones de Catón, Columela, Varrón y Plinio, que Vespilio tuvo presentes para ello, las bodegas del aceite, con sus prensas y molino. En dirección contraria la bodega, lagar y cuevas para el vino y arrope, con el número de tinajas y ánforas suficientes para conservar todos los años una parte de vino escogido, después del que se consumiría en la casa y del que se pusiese en venta. Próximos á estos dos grandes depósitos otros destinados á graneros de trigo, cebada y legumbres secas; á despensa de carnes curadas, frutas, conservas, dulces y cosas semejantes. Más separado, por temor de los incendios, el horno de cocer el pan, y más lejos aún los heniles y pajares y el secadero de la leña, de la que sólo se traía á casa la que diariamente se gastaba en los baños y cocinas.

También estaban alejados é independientes los establos de los bueyes y vacas; la caballeriza; el gallinero, en que además se criaban otras aves domésticas como pavos reales, gansos y patos, y la pajarera, en el fondo del jardín unido á la casa por la parte del naciente.

En cuanto á las viviendas de esclavos que trabajaban las tierras y los artesanos fueron construídas formando aldeas ó barrios cerca de los lugares en que tenían sus oficios. Los boyeros dor-

mían encima de sus mismos establos; los zagales y pastores, en un rincón del monte en que solían apacentar sus rebaños; los viñadores, á la falda de la colina en que estaban plantadas las vides; más arriba tenían sus casas los encargados de los bosques; más abajo, los que cultivaban los olivares, y más abajo aún, los labradores de pan, y así los demás, según sus clases.

El cuidado de las aguas fué punto muy estudiado por Vespilio, y de ahí su empeño en llevar dentro de su finca un río bastante caudaloso aun en verano. En lo alto del monte, por el que se despeñaba y en todo su curso, hízole diferentes sangrías y derivaciones, y por medio de presas y atanores de barro cocido, plomo y madera de alno, la condujo á todas partes. Así pudo tener surgidores alegres en su peristilo y en el jardín exterior; agua corriente para las cocinas y baños; bebederos limpios para el ganado, charcas y albercas para los gansos y patos; estanques y pesqueras; fuentes en muchos lugares de la quinta, algunas con varios caños y lindas esculturas, y, sobre todo, multiplicar en proporciones en que al principio no pudo creer el número de yugadas de terreno destinado á pradería con que sustentar tanto ganado como llegó á poseer y era uno de los mejores productos de la villa.

La amplitud del terreno adquirido trajo la necesidad de aumentar el personal agrícola. Compró esclavos en Roma, pero no tardó en conocer que

en su mayor parte eran desecho de otros amos, gente resabiada y holgazana. Así es que hizo venir buen número de los que labraban sus campos de Cilicia, ingenuos y sencillos, fuertes y acostumbrados al trabajo. Procuró que fuesen casados en su mayoría con propósito de fundar en su tierra una raza escogida de siervos.

Los organizó según el trabajo que habían de hacer, y á cada uno de los casados les concedió, unido á su casita, un pequeño huerto para que la mujer é hijos lo cultivasen y pudieran lucrarse con el producto. Los solteros vivían en hospederías servidas por las mujeres de los casados.

Así establecidos les dió ciertas ordenanzas, cuya substancia era ésta. Conservó la pena de muerte para los delitos de sangre, pero reservándose el derecho de imponerla. Proscribió el látigo, salvo una ligera flagelación á los imberbes; la prisión en el ergástulo, que sustituyó por el trabajo con cadena en lo más alejado de la finca. Estas penas las impondría un tribunal de dos capataces, alternando, y el vílico. El reincidente, el perezoso, el ladrón y el pendenciero eran vendidos irremisiblemente por exiguo que fuese el precio que por ellos quisiesen dar, fuesen casados ó solteros. Prefería Marco perder el valor del esclavo á mantener cizaña entre el grano de su servidumbre. Esta pena terrible y rigorosa, pues en ningún caso dejaba de cumplirse, era lo que más temían los esclavos de Villa Marcia, porque

no ignoraban que en parte alguna serían mejor tratados. Casos hubo de que, vendido un siervo, volvió recobrada su libertad, á que Marco lo admitiese de nuevo entre los suyos, pues más gustaba de ser esclavo con él que liberto con otro amo.

El vílico y los capataces, según los ramos, cuidaban del buen régimen de la servidumbre. Semanalmente se repartía á cada esclavo, conforme á sus necesidades, trigo y cebada, de que ellos hacían un pulmento especial que cocían en hornos comunes de cada barrio, miel, aceite, frutas secas, á veces carne y vino, que el *dispensátor* (tesorero ó pagador) distribuía mediante un ingenioso sistema de téseras diversas, que luego entregaba al mayordomo y secretario para su descargo anual.

El esclavo que reunía el peculio podía libertarse; pero en Villa Marcia casi ninguno usaba de su derecho con tener muchos el precio de su rescate.

Organizado ya el servicio y régimen de su finca, pudo Marco dedicar su atención al aumento de cultivos y ganadería. Introdujo plantas nuevas ó no comunes en aquella región; mejoró las conocidas; ideó y puso en práctica algunas industrias agrícolas, poco usadas en la Sabina, y acreció sobremanera el producto de sus ganados.





IV

JUNIA Y MARCIA

En ello gastó el antiguo procónsul los cinco primeros años de su retiro. Aburrida su hermana, sobre todo en los meses de otoño é invierno, con tanto ruido de carreteros, alarifes y demás caterva de menestrales, así como de lo insociable que su hermano se había tornado solo atento día y noche á obra tan difícil y compleja, huía de su lado, con las sobrinas, llevándolas á Roma, donde podía entregarse á su vida pacífica y contratar las pocas y viejas amigas que le restaban.

La mayor de las hijas de Vespilio gustaba más de la ciudad que del campo, lo que no es de maravillar si se atiende que había llegado á su quincena. Agradábale, antes que la seria plática de su padre y del pedagogo griego que la instruía, la conversación ligera y frívola de las amigas de su tía Paulina, que además tenían hijas púberes

con quienes hallaba mayor solaz y esparcimiento. Recreábale, más que por los jardines todavía incipientes de Villa Marcia, pasear bajo los pórticos de Octavia, concurrir al Circo Máximo ó examinar las ricas tiendas de la Subura. Placíale vestirse y adornarse con elegancia; concurrir á los baños públicos al caer de la tarde; oir los chicoleos de los jovencitos que, apenas libres de la pretexta, se cantoneaban ante ella y disimuladamente ocultos tras las columnas del templo de Isis espiaban la distracción de su tía al saludar á una amiga y de la sierva embelesada oyendo á un compañero, para deslizar en su oído y arrullarla con palabras y lisonjas dulces como la miel del Himeto, encendidas como las rosas milesias ó lánguidas y dejativas como los olores del costo y el cinamomo. En suma: parecía cortada para ser una perfecta dama romana de su tiempo.

Por el contrario su hermana menor Marcia, espíritu más impresionable y pensador, á los dos ó tres años comenzó á disgustarse profundamente de la vida de la ciudad, cuyas fruslerías y vanidades jamás le pluguieron ni solazaron. Repugnábale por extremo el hilar, coser, detenerse mucho en su aliño y oir contar los sucesos diarios y murmuraciones de la capital del orbe. Además: aquella casa de su tía parecía abrumarla con su pesadumbre. Tenía siempre ante los ojos la tragedia de su madre, que ahora empezaba á comprender, y cada vez que pasaba cerca de la cá-

mara del baño ó entraba en ella un terror secreto la invadía y lágrimas acerbas nublaban sus ojos é inundaban sus mejillas. No; no podía ser buena ciudad que á ella la había dejado huérfana y á su padre sin tan dulce y hermosa compañera. Interesábanle, en cambio, por extremo las narraciones que su pedagogo le hacía del origen y sucesos del pueblo romano, su poderío actual, la biografía de sus héroes y heroínas, y lloraba de entusiasmo cuando le referían los hechos de Veturia, Sempronia y las dos Cornelias, ó de dolor cuando oía contar las desgracias inmerecidas de Agripina la mayor, Antonia la menor, Octavia y Flavia Domitila. Le encantaba la lectura de los poetas como Virgilio, Ovidio y los demás elegíacos de la época de Augusto y casi tanto los griegos, pues griega y ateniense era ella y, aunque entendiéndola mal por su poca edad, el griego era la lengua que más había oído hablar en su infancia. Hacíanle pensar no poco las discusiones que sobre el alma humana, la vida y la muerte sostenían alguna vez su padre y el filósofo que á ella le enseñaba retórica griega y latina, historia y matemáticas. Lo que es la muerte bien la conocía. Era tener caricias, besos y halagos de una madre, perderlo todo de repente en un charco de sangre y ver á su padre sin la antigua sonrisa natural en su rostro, envejecido y triste. La vida era lo que aún no conocía más que vagamente; quizá fuese su alegría al ver el sol sin nubes, el despertar de

la primavera, el oir el matutino concierto de las aves, el placer de bañarse y chapotear en el agua, los impulsos repentinos de reir, cantar y bailar; el correr sudorosa tras el cabritillo por el monte cercano; el ansia de besar y abrazar algo que no fuese su nutriz y que le produjese el dulce calor de los besos de su madre; eso les preguntaba á las flores, á las palomas y á los corderitos á quienes abrazaba y besaba de continuo. La noción del alma huía y se disipaba á su débil comprensión como un misterio, como la fórmula abstrusa del oráculo cumense.

Con todo, Vespilio estaba asombrado del carácter grave y sensato de su hija segunda, y complacíase en despertar y avivar la luz de aquel entendimiento juvenil y precoz, á la manera que el sol y los céfiros vernales ayudan á que la rosa despliegue la pompa de sus hojas rompiendo el capullo que la aprisiona.

En las noches larguísimas del invierno recreábase el viejo, leyendo la *Historia natural*, de Plinio, en excitar las dudas y responder á las inacabables preguntas y cuestiones de la jovencilla, ya sobre el giro diario de los astros, los períodos lunares y constelares y su influencia reconocida sobre todos los seres, ó sobre el curso de las estaciones que de continuo oía mentar á los viejos labradores, sin acabar de entender por qué fuese necesario el nacimiento matutino de las Vergillas y la Lira, y el ocaso del Aguila para el

despertar de los campos, ni por qué una estrella tan pequeña y tan hermosa como la Canícula podía originar el terror con que la miraban al amanecer de un espléndido día estival los campesinos, ni por qué habían de aguardar la aparición de la que nombraban el Vendimiador para recoger la uva, ni, en fin, por qué el lucerito llamado Arturo, tan lindo y azulado, hacía huir á las golondrinas, que morían indefectiblemente si acertaban á verle.

Ampliábale su padre las descripciones que el sabio naturalista daba de aquellos extraños animales, cuadrúpedos y aves singulares de remotos países, que él mismo solo en parte había logrado ver en sus largas residencias en Oriente; de árboles y plantas peregrinas y de sus resinas y jugos que la India, Persia y Arabia enviaban en forma de perfumes que tanto á ella le gustaba aspirar; de los yacimientos y manera de extraer de las entrañas de la tierra los diamantes luminosos, las alegres esmeraldas, los ardientes rubíes, dorados topacios, dulces amatistas, ópalos, sardónicas, crisólitos y aquellas blancas margaritas, la joya de más precio y estima en Roma, que había que ir á buscar al fondo de los mares indianos.

Ponderábale otras veces lo grande y extraño de algunas obras de los hombres que él había podido contemplar en Egipto, el país de los sueños, en Siria y en aquellas inolvidables comarcas que bañan el Euxino, la Propóntide y el mar Egeo,

cuando militaba debajo de las triunfales banderas del invicto Vespasiano. Ella misma recordaba bien haber visto con pasmados ojos de niña las maravillas de arte divino que encerraba la acrópolis ateniense.

Y no dejaba, cuando era dable hacerlo, de convertir en práctica la lección teórica de la noche. Juntos veían los trabajos de hortelanos y jardineros, y poco á poco fué la doncella comprendiendo el misterioso brotar de los árboles; el germinar, florecer y fructificar de las demás plantas; el asombroso trabajo de las melíficas abejas y otros problemas y secretos de la naturaleza.

Así fueron creciendo, desarrollándose y enfloreciéndose las dos jóvenes: una casi siempre en la ciudad, viviendo alegre y desvanecida en el culto de sí propia, y otra modesta y pensativa, consagrando la atención sobre todo á aquel padre tan bueno, tan sabio y que tantas cosas grandes había hecho; pero ambas hermosas y de gentil y airosa presencia.

Para su colocación matrimonial nada tuvo que dudar el noble Vespilio; la naturaleza misma le había señalado el sendero. Aquel sobrino suyo, Lucrecio, huérfano desvalido, para quien había logrado la restitución de sus bienes, murió prematuramente á principios del imperio de Domiciano, dejando solos dos hijos aún en la infancia, llamados el mayor Lucio Tito Vespilio y Cayo Vespilio el segundo. Quedó Marco de tutor de

los menores; pero su continua ausencia de Roma le obligó á descuidar la educación de sus deudos en la madre, que no supo mostrarse digna del encargo por su demasiada tolerancia.

Salió el mayor alto, fornido, valeroso, conversable, pero orgulloso, disipador, callejero y amigo de vicios. El segundo, á quien su madre, por singular capricho, quiso tener más tiempo del usual en educación y traje infantiles, se quedó endeble, pálido y encogido. Cuatro años eran los que el mayor llevaba á Cayo y parecían pocos si se les comparaba.

Cuando su hija Junia llegó á los diez y nueve años, el mismo de la muerte de Domiciano, trató su padre de casarla con Lucio Vespilio, que poco excedía de los veintidós. Libre ya para ir á Roma cuando quisiese, abrió su antigua casa, después de ocho años de destierro y durante el invierno, quedó ajustado el matrimonio. Pensando siempre Marco en acrecentar el esplendor y riqueza de la rama principal de su familia, renunció en su hija las vastas posesiones que tenía en Etruria y Umbría, que eran patrimoniales; una rica y deleitosa villa en el cabo Miseno con piscina á estilo de las de Lúculo, que rentaba cada año muchos miles de sextercios; la casa principal de Roma, y le entregó el resto de las economías y sueldos de toda su vida, dado que había gastado no poco en levantar á Villa Marcia.

Pensó también en casar á su hija segunda con

el menor de los Vespilios, pero la escasa salud del joven y poca edad de ambos obligáronle á suspender por entonces su proyecto. Volvióse, pues, á su villa Nomentana, ya más tranquilo sobre el porvenir, y transcurrieron para el viejo quírite varios años de apacible reposo al lado de la graciosa Marcia, atento y cuidando sólo de aumentar los rendimientos, belleza y ornato de su finca, para que si por cualquier motivo se perdiese ó menoscabase la renta de Asia, pudiese ella vivir holgada y hasta lujosamente con el producto de la villa.

Dos cosas vinieron á turbar el ánimo de Marco al cabo: una, que sus hijos casados no daban señales de tener sucesión, no obstante llevar seis años de matrimonio; y la otra, que al viejo produjo un desaliento y tristeza infinitos, la noticia, que le comunicó su hermana, para que viese de remediarlo, de la evidente antipatía y discordia manifiesta entre ambos esposos; el progreso constante en el camino del desorden que seguía su yerno y algunas ligerezas, si no graves, reprensibles, de su hija, que afectaba despreciar hasta en público á su marido.

Voló el afligido padre al lado de los jóvenes. Rogó, lloró y amenazó para conseguir del yerno que empeñase su palabra de no repudiar á su mujer mientras no le diese mayor causa que hasta entonces; moderarse en su conducta y tratar bien á Junia, y obtuvo de la hija promesa de

amar y respetar á su marido como debía hacer quien llevaba su sangre.

No mucho después vino Paulina con toda su casa á vivir con su hermano, declarando que lo hacía por no ver á sus sobrinos, quienes, si con más reserva y miramientos, seguían como antes; que hipócritamente fingían en público una amistad y concordia que no sentían y que sin duda habían hecho pacto de ir cada uno por su lado sin encontrarse ni estorbarse.

Entonces el obcecado padre, á quien el suceso debiera servir de lección, sólo pensó en apresurar la segunda boda que tenía pensada.

Aglae, que ni por un instante soñó en oponerse á la voluntad paterna, mostróse pronta á cumplirla. Había visto muchas veces á su prometido y aunque ningún afecto ni inclinación sentía hacia aquel joven, hermoso pero afeminado y débil, tampoco le inspiraba repulsión ni tedio. Iguales sentimientos ó poco menos debía de abrigar para su novia Cayo Vespilio. Veíala y hablábala con gusto cuantas veces la casualidad lo proporcionaba; pero ni buscaba su conversación ni acudía con puntualidad á las citas que el padre le daba para su quinta, en espera de despertar entre ambos una inclinación que no podía existir, pretextando el galán, ya la falta de salud y ya quehaceres y obligaciones diversas.

Logró, al fin, el viejo que la boda se efectuase, y una tarde Cayo se llevó á su casa de Roma á

la segunda y más bella de las hijas de Marco Vespilio. Cayó la noche sobre el alma del pobre anciano, cuya vida era aquella que él mismo había bautizado con el nombre de la más linda de las tres Gracias. Sólo animaban su rostro y espíritu la esperanza de que este matrimonio le diese la sucesión en que cifraba su gloria, y pedía á los dioses la dicha de verlo. Pero cuando volvía los ojos á su alrededor una ola de infinita tristeza le invadía y sentíase morir de soledad y nostalgia. ¿A quién recontaría él ahora sus hechos que los escuchase con el entusiasmo y amor de su hija? ¿A quién llevaría las primeras rosas de su invernáculo y las primeras frutas de aquellos albaricoqueros precoces injertos por él mismo en espino calábrico ó de aquellos perales crustuminos que él había modificado á fuerza de ensayos sólo porque su hija quería tener peras de color de perla y que fuesen las más dulces y acuosas de todas? ¿Quién le iría á saludar por la mañana, llevándole la luz para sus ojos en los propios de ella y las alegres tintas de la aurora en sus frescas mejillas? Hasta su hermana, la discreta Paulina, parecía más triste y silenciosa, y también su fiel Bonoso, amigo de toda la vida, y Herenio, el joven secretario á quien paternalmente quería.

Reprendíalos atropelladamente diciéndoles:

—Sois unos necios en apesadumbraros por la ausencia de nuestra Aglae. Es necesario para los

altos fines que le competen, así es que más bien debemos alegrarnos todos.

Pero nadie se alegraba ni él tampoco.

Otras veces decía á su hermana, entregándose ya del todo á su pena:

—Menester será que nos vayamos á Roma.

No pudo lograrlo: una mañana, antes de los seis meses de la ausencia de su hija, el esclavo que le vestía le halló sin sentido, con la boca contraída y rígido como un cadáver. Fricciones poderosas con áspera lana y, cuando la sangre reaccionó, varias sangrías que el médico no titubeó en hacerle devolviéronle el uso de la razón y de los sentidos. Abrió los ojos, y, como quien sabía su verdadero estado, dijo con voz torpe y balbuciente:

—¿Aglae?...

—No tardará —respondió Bonoso—. Herenio mismo ha ido volando á avisarla, así como á su hermana.

Apenas dicho esto entró violentamente la joven, desgreñada, con el velo caído y el peplo en desorden y se precipitó sobre su padre besándole en la frente y en los ojos y quedóse mirándole con su angelical sonrisa. Un tenue resplandor pareció iluminar el rostro del anciano. Apretó las manos con que ella estrechaba las suyas y mirándola con ternura, pero con mucha fijeza, murmuró con la misma dificultad que antes:

—¿Crees tú que...

Entendiólo muy bien su hija, que deletreaba en su pensamiento, y le respondió:

—Seguramente... Ya creo que hay señales... No puede ser menos... ¡Me quiere tanto!

Aquella mañana la había arrojado Cayo á latigazos de su gabinete, empleando el mismo cruel flagelo con que se castigaba á los esclavos.

La mueca de la boca del anciano aumentó en extensión: era un esfuerzo por sonreir y un vivo resplandor de gozo iluminó sus ojos, que volvieron á cerrarse y esta vez para siempre. Un nuevo derrame había puesto fin dichoso á los días de aquel excelente caballero.

Muy tarde ya llegaron Junia y su marido, cada uno en coche diferente, y al anochecer Cayo, en litera cerrada.

Los funerales se hicieron con la sencillez propia del lugar. Vinieron algunos, pocos, viejos amigos de Roma y todos los que habitaban las villas vecinas. Quemóse el cadáver en el centro del área que introducía la finca. Sus dos hijas recogieron piadosamente las cenizas que encerraron en la urna vítrea, que el viejo previsor tenía ya diputada para ello, luego de lustrarlas y purificarlas con vino y esencias aromáticas, y las condujeron al sepulcro recién edificado y que ya contenía los despojos de la malograda Flavia Sabina.

Al día siguiente se volvió á Roma Lucio y al otro Cayo, diciendo que enviaría á su mayordomo para que se hiciese cargo de la herencia. Junia no

tardó en despedirse, alegando que le causaba tristeza aquel lugar silencioso.

Pasados unos días recibió Aglae orden de su marido para volver á Roma. Miró á su tía que le dijo con pesadumbre:

—Iremos: yo hubiera querido morir aquí estando tú á mi lado.

Pero al día siguiente no pudo levantarse la anciana. Arreció el mal y un mes después que su hermano bajó también ella al sepulcro.

La herencia de Paulina produjo una gran desavenencia entre los dos hermanos. Lucio, que para tener todos los defectos, era un ambicioso insaciable, creyó ser único poseedor de la rica hacienda de Paulina Vespilia, por haberle afirmado su mujer que ella estaba designada como heredera de su tía. Era cierto, pero luego que Junia, después de casada, dió pruebas de su desamor á su padre y á todos los suyos y su conducta tanto que reprender, el afecto de Paulina se convirtió en desprecio, tornando su voluntad á Marcia, tan justamente preferida por su padre. Revocó el primer testamento, y otorgó otro en que, sin desheredar, por entero á Junia, favorecía con mucho exceso á su otra sobrina.

Al casarse Cayo con Aglae habían ido, por voluntad del padre y consentimiento de Lucio, á vivir la antigua casa de la rama segunda de los Vespilios, que, si no tan suntuosa como la de los otros, era grande y cómoda. Pero ahora hubieron

de abandonarla pasándose á habitar la de Paulina, que ya era suya. Lucio, por no verse en el caso de conceder de nuevo habitación á su hermano, apresuróse á venderla en subido precio.

Entonces comenzó para la triste Aglae una vida de amarguras y sufrimiento moral inenarrables. Su marido, dulce y débil con todos, que ceceaba, hablando con mimo y acento lánguido y dejativo, sólo para ella era desabrido y cruel, no con actos brutales como el pasado, del que le pidió perdón ante el cadáver de su padre, sino con su aversión manifiesta. Apenas la veía, y eso después que ella se lo enviaba á rogar con vivas instancias.

Hallábale siempre en su tocador, cual si fuera una dama, perfumándose y adobándose rostro y manos para asistir al banquete que rara vez celebraba en su casa sino en compañía de otros jóvenes afeminados y embarnizados como él.

Contra la costumbre, no se afeitaba la barba, que tenía sedosa y fina, ni el pelo, que llevaba hasta el hombro, ensortijado con tenazas y chorreando aceites olorosos. Por la noche recogíalo con una redecilla de hilo de oro que ceñía con lazo por la frente y se pegaba á la cara miga de pan tierno empapada en leche para dormir. Teñíase las cejas y alargaba los ojos con una aguja ennegrecida. A veces para ocultar su habitual palidez se pintaba los labios y las mejillas. Llevaba sortijas en casi todos los dedos y aun en el tobillo, y un

esclavo especial le cuidaba las manos y las uñas, que bruñía y acicalaba cortándolas en punta.

Vestía una túnica azul abierta por delante, y una toga de lana muy fina, en verano casi transparente, y siempre desceñida y caída hasta los pies. Con frecuencia cambiaba en un mismo día de túnica y de peinado. El cálceo ó el múleo eran tan ajustados que parecía no tener pies. Ungía y perfumaba hasta las suelas de este calzado, como el emperador Otón, haciendo que uno de sus esclavos sirviese de mirobatario para ello. En el baño los alípilos le pulían y acicalaban brazos y piernas con piedra pómez, y luego de bien impregnado su cuerpo de ungüentos y aromas exponíase largo rato al sol, para que el calor, dilatando los poros y derritiendo la grasa, la hiciese penetrar en la piel, que así quedaba más suave y madorosa.

No obstante estos cuidados, la salud de Cayo se arruinaba por momentos. Rogábale su mujer que no saliese de casa más de lo indispensable; que se moderase en las comidas, que solía prolongar hasta el amanecer, y que abandone la compañía de aquellos mozuelos pervertidos, ofreciéndose á curarle antes de un año si quería someterse á su cuidado. Y al decir esto miraba llorando el busto de su padre que ornaba uno de los costados del atrio.

La debilidad, la calentura y los vómitos de sangre obligaron á Cayo por fuerza á privarse de salir, no ya de casa, sino del lecho. Una consunción

lenta, pero implacable fué desecando y destruyendo aquel cuerpo tan hermoso y que tanto había cuidado. Asistióle su mujer con la misma devoción que á su padre hasta que expiró, reducido á los puros huesos.

Hiciéronsele honras fúnebres con todo el decoro y pompa correspondientes á su clase. Apenas rindió su último aliento se plantó á la puerta del edificio un ciprés indicativo de la desgracia. Un pregonero recorrió las calles de Roma, anunciando la muerte del ilustre patricio Cayo Vespilio, é invitando á su entierro, cuya hora señalaba.

En tanto los libitinarios embadurnaban una vez más aquel cuerpecillo con aromas y aceite; el políntor le pintaba para que pareciese vivo y vestido con toga blanca, sobre un lujoso cápulo esculpido en ricas maderas, fué colocado en el atrio, con los pies hacia fuera. En un altar próximo se quemaban continuamente perfumes. Un *designátor* del templo de Venus Libitina vino al día siguiente para ordenar el entierro y comitiva en esta forma:

Iban delante varios músicos flautistas tañendo la *tibia longa*, ó flauta funeraria; luego las *prœficias* ó plañideras, mujeres alquiladas para expresar el dolor y cantar los *nenia*, que eran una lamentación fúnebre. No iba el victimario, porque aquel mancebo no había tenido cariño ni á los animales; sólo adoraba sus carnes. Seguían las *imagines majorum* ó caretas de cera de los antepasados del muerto, puestas en hombres alquilados y

vestidos con la mayor propiedad, y entre ellos el llamado arquimimo, ó sea un personaje que imitaba el modo de andar y vestir del muerto, remedo que excitó más la risa que el duelo del público. Luego el cadáver y detrás su mujer y cuñada, desgreñadas, golpeándose el pecho con tiento y fingiendo llorar, sobre todo Junia. A continuación el hermano, Lucio, y otros parientes, todos cubierta la cabeza con una capucha, pues no llevaban vestida la toga, sino la pénula, como que iban de viaje.

Cerraban el cortejo los esclavos y pueblo. Así llegaron al Foro, colocando el cuerpo frente á la tribuna y sentándose todos alrededor. Lucio subió á hacer el elogio fúnebre de su hermano. Todos se preguntaban si había algo que elogiar en el difunto. El magnate, llevado de su nativa soberbia, dijo que muerto Cayo tan joven, no había tenido ocasión de acreditar la sangre ilustre y generosa de que procedía. Extendióse largamente sobre este punto y terminada la oración volvió el cortejo fúnebre á ponerse en vereda, esta vez del ustrino, por la vía Latina, fuera de los muros.

Estaba formada la pira como altar compuesto de maderas de tea, corilo y pinabete que, bien engrasadas, ardían pronto, y adornada con guirnaldas y coronas. Tomaron los ustores el corpezuelo de Cayo y lo depositaron en aquel último lecho. Mientras le empapaban de nuevo en ungüentos y aceites olorosos para que se quemase fácilmen-

te, unos tras otros sus parientes le dieron el postrer beso. Luego su hermano Lucio, torciendo la cabeza y la mirada, con una antorcha puso fuego á la pira, que inmediatamente crepitando y soltando chispas empezó á arder con furia, elevando una espesa humareda y llamas blancas y humbrosas, por la clase de leña y las resinas que contenía. En tanto ardía el rogo, degolláronse algunos corderos y el designátor derramó vino alrededor del ara. A todo esto seguían resonando con fuerza las trompetas funerarias y los chillidos de las preficias.

Cuando ya no quedó más que un montón de ceniza, que se acabó de apagar con agua y vino, Aglae y su hermana, después de lavarse las manos en agua pura, fueron con sus lindos dedos recogiendo una por una las partículas de los huesos blancos del muerto que deponían en unos delantes de lienzo cárbaso de España dispuestos para ello. Acabaron pronto, porque todas las cenizas de aquel cuerpo cabían en el puño. Después de lavadas con leche y vino rancio las colocaron con aromas en la urna de alabastro que fué depositada en el sepulcro de los padres de Cayo, allí cerca. El *designátor* roció por tres veces con agua lustral á los asistentes y les dió el último vale.

A pocos días, ya purificada la casa, celebróse en ella el silicernio ó banquete fúnebre á que no asistieron más que los parientes, pues su hermano, que era el heredero, no quiso mostrarse

rumboso so pretexto de que, como segundón, la herencia de Cayo era corta.

Unos días se quedó Junia en la casa para acompañar á su hermana; pero en breve, su carácter vano y superficial le indujo á volverse á la suya. Al verse Aglae sola experimentó un gran consuelo; ya podía decir que era dueña de sí misma. Pero la necesidad de reposo moral forzóla á no salir de casa en meses y meses que se prolongaron más de un año. Había ya dejado el luto, según rigoroso precepto de las leyes, y no sentía necesidad de ver calles ni gentes. Recibía escasas visitas de amigas de su tía ó sus hijas, que admiraban tan largo retraimiento, añadiendo, no sin malicia, que el difunto no le había merecido ni una semana de clausura. Tal vez iba su hermana Junia con intento de envolverla en su vida ruidosa y disipada, pero ante la indiferencia y frialdad con que Aglae recibía sus excitaciones retirábase llena de despecho, diciendo que la viuda era un cadáver vivo.

Sólo tenía Aglae un deseo: el de volverse á la quinta de Nomento, y, sin embargo, no se atrevía á ponerlo en práctica. ¿Por qué? Ni ella misma lo sabía. Al funeral de su esposo asistieron el mayordomo, el tesorero, Herenio y los principales capataces y maestros de la granja; pero todos regresaron en el mismo día. Tres ó cuatro veces en el curso del año de encierro vinieron juntos Bonoso y Herenio á recibir sus órdenes

y preguntarle si tenía algún pensamiento acerca de la villa. Siempre les contestaba que iría á vivir á ella pronto; pero como no llegaba el día, ya pensaban que acabaría por quedarse en Roma, cuando una mañana recibieron el aviso de recibirla en la forma que se ha visto al principio.





V

HERENIO

Ayer hemos visitado, hermana Marcia, tus establos y boviles dignos de Augías, que tenía tres mil bueyes, y tu menguada caballeriza, propia de un mísero labrador de trescientas yugadas de tierra. Nunca fué nuestro padre amigo de tener lozanos y briosos caballos. Hoy, si el excelente Bonoso nos dirige, veremos tus viñedos y olivares, las dos ramas de cultivo que hizo empeño Marco en perfeccionar y extender sobre todas.

Esto decía una mañana, antes de la hora tercia, Lucio Vespilio sentado á una redonda mesa de mármol, donde tomaba su yentáculo ó desayuno en compañía de las dos damas, de Bonoso y el tesorero Justino Rufo.

Sin dejar de hablar mojaba de continuo en hondo cálato de plata con relieves de guirnaldas y amorcillos, bizcochos de Rodas, cuya proverbial dureza se quebrantaba al sumergirlos en delicado

vino lixinio, ó sea de lágrima, hecho con uvas setinas, y aromático por estar ligeramente impregnado de casia, nardo céltico y cálamo en sabia y prudente mezcla. Intercalaba de paso dulces panecillos mustáceos y trocitos de pan artopticio muy tostado y aperitivo, que con higos secos de Quios y queso vestino estaban esparcidos al servicio de todos en una argéntea lanx de más de un codo de diámetro.

Las damas en cumplidos escifos de vidriado azul, llenos de espesa y nítida leche, remojaban láminas de pan de Piceno hecho con álica y pasas, tostadito y leve como una esponja. El mayordomo y su colega prefirieron la clarea melífica de vino cecubano, donde empapaban sus corruscos de pan de huevo y manteca, alternando con los aéreos mustáceos. Un esclavo joven cuidaba de rellenar los póculos de los hombres, sobre todo de Lucio, que hallaba muy de su gusto el lixinio de Seti.

Terminado el desayuno y luego de limpiarse labios y manos en la nívea mapa, tejida con lino de España, levantáronse todos dispuestos á emprender la excursión á las viñas y olivares.

Vestían las dos señoras al exterior sendas estolas ligeras de lana blanca, con la instita purpúrea más corta que lo usual, para andar libremente, adornos segmentados y sujetas, no en la cintura, sino algo más arriba, con el cíngulo guarnecido como la instita y ancha fíbula de plata.

Iban sencillamente peinadas, sin más tocado que la vita de seda y oro que ceñía por delante su pelo y corría á anudarse detrás, bajo el moño en airoso lazo. Y sobre la cabeza la caliptra, un tenue velo de tela de Cos que, volviendo y cruzándose por el cuello, caía en dos bandas graciosamente sobre la espalda.

Los calceolos, breves y compendiosos, que resguardaban el pie cerrábanse con lazo cerca del tobillo, pero dejando ver parte de la fascia inferior de lana, transparente por lo delgada, y muy semejante á las actuales medias.

Parecían de igual estatura, pero más corpulenta y embarnecida Junia, que bordeaba entonces su treintena. Era hermosa y de aspecto arrogante; bien acentuado su tipo latino, con la nariz someramente aguileña y la barba levantada con gracioso hoyuelo en medio. Enrubiábase el cabello á la moda romana, y como su piel no era deslumbradora por la blancura, ofrecía un conjunto singular, no exento de gracia, aquella rubia de ojos negros y muy semejante á las delicadas y airosísimas pinturas pompeyanas de bacantes y diosas.

Tipo diverso y mucho más bello ofrecía Aglae. Su cabello era castaño, sin adobos ni tinturas; sus ojos, despiertos, garzos y rasgados; nariz recta y grosezuela en la punta; labios como dos rosas y con graciosa comisura en los extremos; barba redonda, sin asomo de prognatismo; tez de

blancura marmórea y cuello alto sin exceso y deliciosamente torneado. Su andar, si no tan airoso como el de su hermana, tenía una elegancia reposada y dulce, como el de las diosas helénicas. Era cinco años más joven que Junia.

Lucio iba también á la ligera, con túnica que le bajaba poco de las rodillas y ceñida con faja de cuero delgado. Sobre los hombros y sujeta á la garganta con broche de oro y piedras, una fina y corta lacerna teñida de amaranto. Calzaba un coturno sencillo y fuerte que subía hasta la pantorrilla como usaban los cazadores y cubría su cabeza con un leve petaso de hoja de palma, sueltas las oféndices sobre el hombro.

Salieron á la puerta, donde esperaban á las señoras los esclavos con dos pequeñas literas descubiertas, en las que iban cerradas las umbelas ó sombrillas de papiro con que luego habían de preservarse del sol. Hallábanse también aguardando el vílico, el cabezalero de los viñadores y el capataz de los olivares que habían de servir de guías.

Presentóse entonces Herenio, que anduviera comunicando órdenes á los criados, y dijo á su ama.

—¿Quieres, señora, que vaya con vosotros?

—Sí, sí —contestó Junia—, y nos irás declarando lo que nos interese ó sorprenda en el camino.

—Entonces podremos quedarnos mi compañero Rufo y yo —dijo Bonoso—. Somos ya para poco.

Y empezaron á caminar. Era una verdadera mañana primaveral. El cielo estaba sereno y límpido, viéndose por acaso ligeras y blancas nubecillas que los céfiros arrastraban y á lo mejor se deshacían en el aire trasparente. Efluvios olorosos y frescos llegaban de la montaña en que, semejantes á vivientes y movibles copos de nieve, pacían y triscaban los rebaños de Aglae, á que se unía el perfume de las flores del valle, entreabiertas al dulce calor del sol y al suave halago del aura. Mugían los toros y vacas saliendo de los establos; gorjeaban los pajarillos en el bosque y percibíase débilmente el susurro de las abejas en la pradera. Comenzaba á disiparse el rocío de la noche y antes de reventar las menudas gotas brillaban un instante reflejando la vívida luz del sol que las absorbía. Todo era vida, luz y contento en la naturaleza.

Mirando á los lejanos montes, fuera ya de los términos propios de la villa, cubiertos por el blanco ganado, dijo Lucio, volviéndose á Herenio, que le seguía:

—Ya veo las cinco mil y tantas cabezas de que nos dió cuenta el zagalejo. De cerca quisiera contemplarlas, sin subir tan arriba.

—No bajarán —respondió el joven— hasta el esquileo que haremos después de las Palilias; pero mandaré que traigan tres ó cuatro ejemplares de los mejores. De la finura de su lana, que compite con la Tarentina sin desventaja, puedes conven-

certe en casa hoy mismo. Todo se debe al esmero de nuestro amo Marco.

—Y ¿cuánto producen á mi cuñada sus ovejas?

—De lana hemos vendido el año pasado cerca de cuarenta mil sextercios y quedó la necesaria para el consumo. De corderos y ovejas y carneros viejos hemos obtenido un provecho de otros veinte mil y de queso y leche diez mil. Los gastos puedes calcularlos fácilmente.

—En verdad representa un esfuerzo grande lo que hizo mi suegro.

A una señal de Aglae acercóse el vílico á su litera.

—Rusticano —le dijo ella—, cuando pasemos por tu casa haz que salga tu mujer, deseo verla.

—Ya estamos llegando, señora—respondió él.

Y se adelantó, hacia una limpia y graciosa casita, con gran emparrado delante de la puerta, que ocupaba el centro de ancha plazoleta rodeada de árboles frutales y de sombra.

Salió en compañía de una mujer como de cincuenta años, seca, pero viva y animosa, de color sano, ojos grandes y buenos dientes, únicas señas que le quedaban de una hermosura que no sería despreciable en otra época. Arrodillóse ante la litera de Aglae, exclamando:

—Gracias, gracias, mi señora.

—No tienes que agradecerme nada, buena Agricia. Mi padre tenía resuelto daros libertad y no pudo hacerlo por su repentina muerte.

Levantóse la vílica, limpiándose los ojos, y Aglae prosiguió:

—Dentro de algunos días irás á casa, que deseo enterarme por menor de tus incumbencias; cómo van las conservas de frutas, legumbres y miel; cómo andan de vestes y calzado estos esclavos; si la enfermería tiene ropas y víveres suficientes y lo demás cuya gestión te pertenece.

Siguieron caminando y á poco tomaron hacia la izquierda, en dirección á la colina, aunque la pendiente era suave y la senda harto abierta para que fuesen con desembarazo y de frente los cuatro esclavos que llevaban cada litera.

El vílico dijo á Lucio:

—Si lo apruebas veremos primero las viñas que están á esta parte; los olivares son aquellos cuyas ramas lucen y blanquean al otro lado del río.

Llegados al pie de los viñedos apeáronse las damas, cansadas ya de la litera, y comenzaron á discurrir con sueltos movimientos por el campo. Había plantaciones en lo llano y en el recuesto que iba subiendo muy arriba, y las vides se apoyaban, unas en palos y horquillas, otras en árboles y otras sueltas sobre sí mismas. En todas se veían esclavos entregados á las faenas de aquel cultivo: limpiando el pie de las cepas, despampanándolas, enderezando sus guías, recortando los sarmientos inútiles y, en suma, preparando la vida próspera y feliz del racimo que había de ser la corona y fin de todo aquel trabajo.

Tomó la palabra el capataz del ramo, y dijo á Lucio:

—Nuestro amo hizo gran número de ensayos, no sólo por mejorar la vid nativa de esta región, sino por aclimatar las de otros lugares. En unos salió mal y bien en otros; pero lo que mejor le probó fué el injerto, sobre pies indígenas, de otra clase de vidueños.

—¡Qué estéril trabajo!—exclamó Lucio—. Cada país tiene ya los productos que le son más propios.

—Sin embargo, señor—objetó Herenio—, nuestro amo obtuvo resultados verdaderamente sorprendentes. El vino que has bebido esta mañana y has ponderado fué cogido allí abajo, hacia la derecha de aquel viñedo, en que se pusieron cepas setienses.

—No puedes comprender—agregó Aglae—la alegría con que me ofreció el primer vaso de ese dulce vino, ni su contento cada vez que obtenía resultado igual. Tu placer cuando vences en la carrera de cuadrigas será acaso medida del que nuestro padre sentía.

—Aquí abajo están los vinos de regalo que señor quiso probar de hacer suyos. Este en que estamos es vino de Falerno y las cepas vinieron del campo Faustiano, que pasan por mejores. Resultó algo frío, pero no malo; el antiguo va logrando fuerza. Las que siguen son vides de Cécubo: se dan bien porque su tierra nativa es hú-

meda como ésta. El Másico y el Mamertino de Sicilia se cultivan en aquella ladera, y más abajo están los vinos griegos, de que sólo hemos conservado el de Lesbos, que es ligero y agradable; y los de las islas de Samos, que dió un buen moscatel, de Thaso, que añeja con facilidad, y de Quíos. Ni el cretense ni el de Chipre, que señor tuvo afán en aclimatar, salieron buenos, y renunciamos á su cultivo. Lo demás es vino de Nomento, pero no todo igual. Aquella vasta extensión en lo alto de la colina son cepas rojas rebelianas, de uva pequeña, pero segura; ni el viento ni la lluvia le ofenden; dejan caer pronto la flor y maduran á tiempo. El vino no es el mejor, pero se conserva bien. Aquellos grandes viñedos que le siguen hacia oriente son de uvas que llamamos *fecinias,* algo más delicadas y de mejor gusto. Las demás son injertas de varias clases de esta parte de Italia. Mezcladas con las de arriba han dado muy buena cuenta de sí.

Sin bajar ni subir prosiguieron en la dirección que traían; cruzaron el río por un puentecillo de piedra, y después de bordear extensos prados en que el trébol y el cantueso empezaban á florecer y esparcir su grato aroma, halláronse á la entrada de unos interminables bosques de olivos, casi todos jóvenes y lucientes.

Tomó la voz el cabeza de este cultivo y dijo:

—El señor no descuidó un instante sus olivares, y á fuerza de tentativas bien encaminadas logró

dotar á su villa de esta hermosura de árboles como no hay en cincuenta millas en contorno. Cultivamos las mejores especies de aceituna conocidas. En la parte más baja, cerca de las mieses y mezclados con ellas, están los olivos de aceitunas Licinias, casi tan exquisitas como las que se cosechan en el campo de Venafro. No las vendemos. Son las que has tenido ayer en la mesa y tendrás los días que aquí permanezcas, porque son las mejores. El aceite es el que se consume en casa y se emplea en los ungüentos y perfumes. Aquella arboleda extensa que está á su lado son todas aceitunas pausias, las más precoces, las más carnosas y que dan menos tinaco. Junto á ellas se hallan ensayos felices de la oronda aceituna picena, de la radiana, de la culminiana, y todo el resto hasta la cumbre de aquella lomita y cuya extensión se pierde de vista, forma nuestro orgullo de cultivadores: todo es aceituna sergia, propia de Nomento, pero mejorada por el cultivo y el trabajo. Es hermosa de vista, agradable de gusto y la más rica en aceite.

Junia, que se aburría sobremanera con las explicaciones de los rústicos, dijo, con acento que revelaba mucha fatiga:

—Hermana; está ya el sol muy alto y pica con exceso. Si queréis —añadió mirando á su esposo— nos volveremos. Estoy rendida.

Tenía, en efecto, el rostro encendido, la boca entreabierta y hacía esfuerzos por seguir de pie.

— Sí, vamos — respondió Lucio —: produce mareo ver tantos árboles. Además, yo estoy cansado; hace más de tres horas que salimos de casa.

Iban á retroceder cuando Junia, que estaba al lado de Herenio, lanzó un gemido débil y se agarró fuertemente de su brazo para no caer. Volvióse el joven y vióla que, con los ojos cerrados, iba desplomándose. Sostúvola con todas sus fuerzas sujetándola por el talle. Acercáronse dando un grito Aglae y, al parecer, muy asustado Lucio, cuando Herenio dijo á uno de los capataces:

—Corre á buscar agua y tú aviva á los lecticarios para que vengan.

Estaban las literas lejos, al otro lado del río, por lo que tardaron en volver. En tanto, mirando Herenio á un lado y otro, vió un montoncillo de césped bajo de un olivo, y tomando el cuerpo de Junia por las rodillas y por el talle, como si fuera de lana, corrió con él al sitio elegido y blandamente lo depositó en el suelo, teniendo en sus manos y sobre el muslo la hermosa cabeza de la desmayada. Llegó el capataz con el agua en su vaso de cuerno. Con el pequeño y fino sudario que Aglae llevaba en su retículo, empapado en ella frotó la frente y labios de su hermana. Suspiró al sentir el contacto frío del agua, abrió los ojos y bebió algunos sorbos de mano de Herenio, que con la otra le alzaba la cabeza.

Llegaron los faquines; quiso la enferma incorporarse, pero no pudo, y Herenio la recogió nue-

vamente del suelo, colgándose la joven de su cuello para disminuir el peso de su cuerpo, y la depositó cuidadosamente en la litera.

Subió Aglae en la suya y emprendieron el regreso. Cuando llegaron, el solario del vestíbulo señalaba más de la hora sexta (las doce). Esclavas y esclavos mudaron el calzado y luego parte del traje de las damas y de Lucio y se encaminaron todos al triclinio, donde, sentados en torno de una mesa acerna con embutidos de concha de tortuga, gustaron el prandio, compuesto de ostras lucrinas de gran tamaño, á que eran aficionadas las damas, lechuga de Pafos, de encrespadas y tiernas hojas, que Vespilio había adaptado en su huerta y tiernas costillas de cordero recental guisadas á la manera tarpeyana. Siguieron trufas primaverales, langosta de Bayas anegada en el apetitoso garo; jamón de los Abruzos, cocido en vino con romero, satureya y mejorana de Canopo, y, por último, salchichas lucánicas curadas, que nadie quiso tocar. En postres hubieron de elegir entre el digestivo queso pasado de Trébula; peras de Palomara, conservadas en redes de esparto y cubiertas de cera virgen; uvas de Cos y de Metimna, frescas aún por el solícito esmero de la vílica Agricia, que las encerró durante el invierno en ollas de barro vidriado de Sagunto con mosto dulce. Las jóvenes consumieron una lagena de agua cristalina que brotaba al pie del bosque.

Terminado el almuerzo fuese Lucio á dormir su ordinaria siesta. La enferma, que ya estaba desenvuelta y alegre como siempre, rogó á su hermana que la hiciese tertulia en el gabinete.

Reclinóse Junia en un léctulo, especie de canapé que para descanso entre horas tenían, según uso corriente, estos camarines. Sentóse Aglae en una cátedra de ancho y tendido respaldo, con pulvino ó almadraque de plumas sobre el asiento; púsole una esclava el escabel debajo de los pies y le dijo su hermana:

—Ya que ni una ni otra dormimos á estas horas, quisiera, Aglae, que me contaras lo que sepas acerca ese joven liberto que tanta voz y mano goza en tu casa, pues cuando yo salí de ella no había él entrado todavía.

—Diréte —respondió la viuda— lo que nuestro padre me quiso revelar, porque el origen é historia de ese mancebo son algo obscuros. Su nombre verdadero es Argón de Oxinia, pues el de Herenio se lo dió nuestro padre en memoria del viejo secretario griego á quien recordarás y á quien vino á suceder. Es epirota nacido en un lugar llamado Arnisa, en la Tinfea, región montañosa á orillas de un río que va á desaguar en el Peneo. Herenio dice que en su niñez veía desde su casa, mirando al sur, las cumbres del Pindo siempre blancas de nieve.

Es hijo de un labrador ó ganadero riquísimo. Contaba por cientos las vacas y toros y por mu-

chos miles las cabezas de ganado menudo y gran número de esclavos y servidores. Su madre, nueva Clitemnestra, dió á sus hijos un padrastro, y Argón, que era el mayor, no pudiendo soportar la tiranía del intruso, abandonó, como Orestes, su casa, pensando valerse de su brazo, cuando apenas contaba tres lustros. Su malaventura quiso que, habiéndose embarcado en Nicópolis con dirección á Sicilia, fuese apresado por unos corsarios de Sidón que le llevaron á Atenas, donde lo vendieron como esclavo. Comprólo un rico ateniense muy dado á los estudios, que, prendado del natural despejo del adolescente, en vez de aplicarlo á trabajos manuales, quiso darle instrucción para hacer de él su amanuense ó secretario. Tenía este magnate un íntimo amigo filósofo, sectario de la doctrina estoica, pero tan pobre que, habiéndosele muerto el único esclavo que tenía para su servicio y no pudiendo comprar otro, excitó la compasión del amigo que le regaló el esclavillo epirota á condición de que le instruyese. Lo que el viejo filósofo hizo por Argón, á quien profesó cariño de hijo, es increíble. Día y noche le enseñaba todo lo que sabía, que era mucho, en ciencias, filosofía, retórica, historia y política. Y cómo el epirota pagó á su maestro en los cuatro años que estuvo á su lado enternece el recordarlo. Tan extremos eran la pobreza y el orgullo del filósofo que muchos días carecía hasta del pan necesario, sin que osase pedirlo á nadie, y entonces Herenio sa-

lía unas horas, alquilaba sus brazos y lomos en las huertas ó en las obras públicas y al cabo lograba algunos dineros con que mitigar el hambre de su amo.

El año mismo de tu matrimonio hizo nuestro padre el último de sus viajes, terminado ya lo más urgente en esta villa, á fin de visitar sus tierras de Cilicia y principalmente con el objeto de traer de Oriente y Grecia animales útiles, plantas, obras de arte y manuscritos con que enriquecer su biblioteca. Empleó un año en este viaje y residió varios meses en Atenas, donde no pudo menos de reanudar su vieja amistad con el rico ateniense y el filósofo, á quienes había contratado mucho en la época de su gobierno. Perdió allí á su viejo secretario Herenio y entonces, tanto el amigo rico como el filósofo recomendáronle al hijo del Epiro para el cargo. Estudióle bien nuestro padre antes de recibirlo; pagóselo con creces al estoico y con él se vino á casa, terminado el viaje.

En los tres ó cuatro años que siguieron, Herenio, aumentando sus estudios y desenvolviendo sus maravillosas aptitudes para toda clase de negocios, de tal modo cautivó la voluntad de nuestro padre que le dió libertad, le sentó á su lado en la mesa y en todos lugares, era su acompañante continuo y su interlocutor en las eternas controversias filosóficas, en las que mi presunción juvenil, la docilidad de mi padre é instructivas explicaciones de Herenio me forzaban á interve-

nir para asombrarlos con mi ignorancia y rudeza.

Otra cosa singular fué que, aunque Bonoso veía en Herenio á su sucesor en el cargo de mayordomo, no solamente no concibió envidia ni mala voluntad contra él, sino que siendo, como es, hombre libre de nacimiento, ó sea, ingenuo y ciudadado romano, lo adoptó por hijo y como á tal le considera.

—Y ¿contigo —interrumpió Junia—, ¿cómo se condujo?

—Con una respetuosa reserva ó acaso timidez que más que disminuir parecía aumentar con el tiempo. Seis años iban trascurridos cuando, después de minuciosas pesquisas en Grecia, se presentaron en esta villa los dos hermanos menores de Herenio con el propósito de llevárselo al Epiro, pues habiendo muerto el padrastro querían que fuese, como le correspondía, á gobernar sus tierras. Traían dinero para comprar su libertad. Pero mi padre se apresuró á decirles que Herenio era ya libre; que harto había retribuído con sus servicios lo que le había costado y que más bien se consideraba deudor que acreedor suyo. Aconsejó á Herenio que se fuese con su familia; pero, con gran asombro nuestro, dijo que por su voluntad no se apartaría jamás de mi padre; que él lo había sacado de la abyección y dádole estado digno de hombre; que cedía en sus hermanos el patrimonio, pues él era ya ciudadano romano...

—¿No crees tú que pudo ser otra que la gratitud la causa de no abandonar esta casa?

—¿Cuál?

—El amor tal vez por ti.

—¡Qué delirio! Nunca observé en él la más insignificante señal de pasión tan difícil de ocultar. Si no es que lo sea el hecho algo contradictorio con su pasada conducta de que los días que precedieron á mi boda manifestó á Bonoso el propósito de irse á su patria. Pero bastó la simple advertencia del mayordomo sobre el disgusto que padre sentiría en ver que también él le dejaba, para que desistiese de un propósito que nadie conocería si Bonoso no me lo hubiera recordado cuando la muerte de nuestro padre. Pensó que faltando él insistiría en la ausencia, pero no sucedió así hasta ahora.

—Ni sucederá ya —agregó Junia.

—¿En qué fundas tu creencia?

—No sé —contestó Junia distraídamente.

Callaron largo rato. Entró una esclava que dijo á Aglae:

—Bonoso me envía á preguntarte si quieres que te aguarde, pues desea recibir algunas órdenes tuyas.

—Dile que salga al peristilo, adonde voy ahora.

Se puso de pie y lo mismo su hermana, que dijo:

—Yo también iré al jardín.

Cerca de una mesa esperaban Bonoso y Here-

nio. A ellos se dirigió Aglae, en tanto que Junia, saliendo por la fauce posterior del peristilo, atravesó la azotea; bajó los anchos escalones y se puso á discurrir por el jardín, que ya empezaba á poblarse de hojas y flores.

Caía la tarde. El sol caminaba aprisa á ocultarse tras los montes Ciminios; los pájaros lanzaban los últimos trinos antes de esconderse en la arboleda; débiles por la distancia oíanse los balidos de los rebaños que se recogían en sus apriscos y majadas, y más cerca los mugidos de las vacas y bueyes que, al son de sus monotonas esquilas, iban á beber al río; tristes y lánguidos los cantares de los esclavos aprendidos en su patria, que ya no volverían á saludar. Tenues vapores como neblina parecían levantarse del suelo y velar los objetos lejanos; un silencio augusto y solemne iba sustituyendo al ruido diurno y una dulce penumbra á los fulgores del sol primaveral.

Volvíase ya Junia cuando, al llegar al cenadero, como llamaban nuestros clásicos á estos aposentos rústicos, vió casi á su lado aparecer y quedarse un momento parados en la azotea á su hermana y á Herenio. Ocultóse con rapidez, pero no pudo oir lo que decían, sino muy confusamente. Bajaron la escalinata y se separaron, tomando Herenio un sendero hacia la izquierda y siguiendo Aglae derechamente al fondo del jardín. Salió entonces Junia y al oir sus pasos volvióse la viuda y le dijo:

—¡Y yo que te buscaba allá abajo!

Detuviéronse, y señalando á Herenio, que aún se veía caminar, exclamó Junia:

—Verdaderamente es el joven más varonilmente hermoso que he visto. Y ¡qué vigor! ¡Con qué facilidad me condujo esta mañana al sitio en que me disteis el agua!

Miróla con sorpresa Aglae, exclamando:

—Y ¿cómo pudiste advertirlo yendo desmayada?

—Juzgo por lo que hizo al colocarme en la litera. ¿Te disgusta acaso que lo haya hecho?

—Todo lo contrario. ¿Quién mejor que él para ayudarnos en aquel trance?

Apareció una esclava diciendo que Lucio estaba impaciente porque fuesen al triclinio. A él se encaminaron.

Ocupaba ya su puesto en el estibadio del centro, en el que había de comer solo, porque las señoras se colocarían juntas en el de la derecha y los tres oficiales de la casa que comían con los amos se acomodarían en el opuesto.

Dos esclavas quitaron de los pies de las damas las sandalias, que sustituyeron con unos borceguíes de seda bordada. Por encima de la estola les vistieron una ancha túnica suelta y sin mangas, de tela ligera y colores claros; ciñeron á su cuello una cumplida mapa; les acomodaron los cubitales rellenos de plumón de cisne, y las cubrieron de la cintura abajo con la estrágula de lana

teñida de púrpura y con recamos y borduras en la orilla.

Subieron en seguida á su lecho de mesa los tres dependientes, á quienes sus esclavos dieron aguamanos con el guturnio, mudaron el calzado, pusieron la veste cenatoria y cobijaron con el áulea, menos lujoso que el de las señoras.

Estaban encendidas las lámparas de bronce que pendían del techo, alimentadas con aceite saturado de balanino, juncia y otros aromas y en la mesa dispuesto el primer servicio de la cena.

Lucio, señalando la varilla de la gran clepsidra enfrente de la mesa, dijo:

—Me he retrasado, porque el torpe esclavo del baño me lo puso frío y hubo que volver á calentarlo. Pero á fe que el retraso queda compensado con el devorador apetito que me atormenta. ¡Por Epona!

Y comenzó á tragar mucho y de prisa, según su costumbre. La mesa de la villa no era refinada como las de Roma, pero sí buena y abundante.

Después de beber un ancho ciato de vino dijo, torciendo el gesto:

—Hermana Marcia: tu villa es magnífica; tu compañía agradable, pero tu vino de Nomento, á pesar de los elogios del viñador, me parece mediano, y las truchas y anguilas de tu río sosas. Así es que mañana, antes de hora tercia, volveré á Roma, donde, á la vez, me reclaman ocupaciones urgentes.

—Más que la buena mesa —repuso Junia— lo que Lucio siente es la falta de sus alegres compañeros de banquete y no ver los corceles que pronto han de triunfar en el Circo Máximo.

Rióse con fuerza el aludido, exclamando:

—No me conoces mal, estrella de Venus; ¡por Epona!

Aquel era el nombre poético que daba en público á su mujer, y éste su juramento ordinario.

—Deploro —agregó Marcia— que esta villa no tenga recreos dignos de mi hermano.

—Lo confieso, hermana: soy poco agricultor; esa tarea la dejo á mis esclavos —concluyó desdeñoso el ilustre cochero.

—¿Deseas que vaya contigo, señor? —preguntóle Herenio.

—No, agradable joven —le contestó con benevolencia—; llevaré ese mozalbete que suele acompañarte, para que vuelva con el cisio de mi hermana, que yo mismo guiaré hasta la ciudad.

—Nos dejas tristes, señor —insinuó el mayordomo—, con la mala fama que das á nuestro vino. Sin embargo, hemos procurado darte el mejor.

—Quizá sea aprensión ó manía, honrado Bonoso —dijo, concediendo indiferente, Lucio—. Los gustos son muy varios. Julio César prefería á todos el vino mamertino de Sicilia, que no tiene característica, y de viejo se parece á todos; el divo Octaviano daba su favor al setino; Julia Augusta, hermana de César, decía haber llegado á los ochen-

ta y dos años gracias al vino pucino de Istria, que hoy nadie quiere; los médicos recomiendan sin cesar el de Sorrento, que Tiberio calificaba, con razón, de "generoso vinagre". Yo pongo sobre todos el obscuro y espumoso falerno de mis viñas capuanas, y después los másicos del monte Gaurano cantados por Horacio.

—Pero no todos los poetas son de ese parecer —objetó Bonoso—. Hace ocho días invité al satírico Valerio Marcial, que tiene su casita de campo aquí cerca, y me juró por los Dióscuros que nuestro nomentano era tan bueno como cualquier otro; y que al contar veinte años como el que bebía (no tan viejo como el que tú bebes) podía ponerse al ánfora el nombre y el consulado que al cosechero le viniese en talante.

—Elogios de poeta desambrido —dijo con desprecio Lucio.

—¿Me permites, señor—interpuso Herenio— que, sin contradecirte, diga lo que mi amo Marco refería acerca de este punto?

—Di lo que gustares —respondió Vespilio en tono de que le tenía sin cuidado el que le contradijera.

—Pues contaba que no hace mucho un tal Acilio Estenelo, que no poseía en estos campos más de cuarenta yugadas de viña, supo cultivarlas de tal suerte que se vendieron en más de 400 dineros; que Palemón, famoso retórico romano, compró, en tiempo de Nerón, por 16 dineros en la

misma Nomento un campo sin estima. Aderezó las vides, las cavó y cultivó por el método de Estenelo, y al cabo de ocho años no quedó en Roma persona de gusto que no acudiese á ver las grandes hazinas de uvas de estos viñedos. Y poco después no menos que Lucio Anneo Séneca, el egregio filósofo, compró en subido precio esta heredad, que en cada yugada de viña le ha dado ocho cúleos de mosto, que son veinte ánforas. Y yo recuerdo haber leído en Columela, agrónomo bien conocido, que en su tiempo, es decir, hace cuarenta años, el campo nomentano era el más celebrado por sus viñedos.

—Muy bien, joven —dijo, riéndose con estrépito, según costumbre, Lucio—, eres leal y agradecido, pero no me niegues el gusto de atenerme á mi falerno.

Hicieron las últimas libaciones en honor de los lares y descendieron todos del triclinio, primero las damas, y se recogieron al descanso del sueño.

Había ya cantado el gallo primera vez, cuando en el área delante de la casa se oyeron ladridos furiosos de los perros guardianes y ayes y clamores de muerte de un ser humano. Alborotóse la casa; pero cuando los esclavos llegaron á la puerta ya se oía voz de Herenio que decía á los negros molosos:

—¡Quieto, Férox; aquí, Lupa; toma, Goime!

Y á poco entraba en la casa con un hombre su-

jeto por el cuello. Habían salido Bonoso, Junia y Aglae, que á la débil luz de las lámparas del vestíbulo vieron un individuo sucio, descalzo, desgreñado y casi desnudo por los desgarrones causados en su colobio de grosera lana por los canes, cuyos dientes habían carpido y ensangrentado sus carnes. Parecía lleno de pavor y temblaba todo su cuerpo como la hoja en el árbol.

Herenio con voz seca, aunque dulcificada por la piedad, le dijo:

—¿Quién eres?, ¿qué buscas aquí?

—Soy esclavo de la villa de Quinto Afranio. Me iban á crucificar y logré evadirme. Vagando sin tino desde el anochecer, salté las tapias buscando abrigo en esta casa, aunque no sabía que tan crueles defensores tuviese. Te juro que mi castigo es injusto; soy inocente de lo que me imponen.

—Y á nosotros ¿qué nos importa? —exclamó Junia, tratando de volverse con Aglae.

—Calla, hermana —dijo ella—. Quizá tenga razón.

—¿Qué hago, señora? —preguntó Herenio.

—Lo que más prudente te parezca. Vamos —dijo á su hermana.

—¿Quieres, señor —dijo Herenio á Bonoso—, que me encargue de su guarda esta noche y mañana vea lo que hay en ello?

—Sí, hijo; hazlo á tu gusto.

Fueron retirándose todos los esclavos, menos uno.

—Ven, Rutilio —le dijo Herenio—, llevaremos este hombre al ergástulo.

Medio arrastrándose, pero ya más tranquilo, siguió el fugitivo esclavo al joven llamado Rutilio, y detrás Herenio con otra lámpara encendida. Bajaron algunos escalones y entraron en una pieza corta en que había una cama de piedra, pero con gruesos jergones de hoja seca y un cervical de borra. Herenio le dijo:

—Acuéstate, casi no te puedes tener. Rutilio, trae lo necesario para la cura de las heridas y algo de comer. Tendrás hambre, ¿verdad? —añadió volviéndose al esclavo.

—No he comido desde ayer; pero más me aquejan las heridas —gimió el infeliz.

Volvió á poco el muchacho con lo que le habían ordenado, y Herenio dijo al herido:

—Quítate esos harapos.

Hízolo con esfuerzo el pobre; aproximó Herenio su lámpara al cuerpo y retrocedió espantado, diciendo:

—¿Qué es eso?

—Me azotaron ayer con el flagelo de púas —respondió sencillamente el prófugo.

Nada, en efecto, eran las mordeduras y desgarrones de piernas y brazos hechos por los molosos ante las cárdenas señales y surcos sangrientos é inflamados que cubrían y taraceaban la es-

palda y pecho de aquel desgraciado. Con voz sorda dijo Herenio á su criado:

—Corre y trae vendas.

Y habló al esclavo diciéndole:

—Muy malo debes de ser, cuando así te tratan.

—No seré bueno, pero te juro, señor, por tu vida que protegió la mía, que soy inocente de la culpa, porque ayer me azotaron y hoy me habían de crucificar. Envidias y odio de un mal compañero me pusieron en este horrendo caso. Mi amo además es hombre muy cruel, y aunque le duele perder el dinero que vale cada esclavo no duda en sacrificarnos cuando la cólera le toma.

Herenio, con gran delicadeza y esmero empezó á lavar con vino aguado las crueles y enconadas heridas del látigo y sucesivamente las mordeduras de los brazos y piernas. Untólas con miel y un bálsamo que extrajo de una ampolleta. Vendó con suma habilidad aquel cuerpo lacerado y renegrido; cubrióle con la gruesa manta de lana propia del lecho y le dijo:

—Ahora procura moverte lo menos posible; yo te ayudaré á comer.

Y él mismo le partió los alimentos y se los puso en la boca y le dió de beber excelente vino, hasta que no quiso más.

—Duerme y descansa esta noche, que, si lo que afirmas es cierto, no morirás por ahora.

Salieron, dejándole encerrado, y cuando llegaron al peristilo ya la aurora comenzaba á reir por

el oriente, deshaciendo el manto obscurísimo de las tinieblas.

—Vete tú también á dormir —dijo á su criado—, yo no te necesito, pero ya sabes que á hora segunda tienes que acompañar á señor á Roma.

—Ya tengo todo dispuesto.

Entró Herenio en su cuarto y echóse vestido sobre la cama. Al cabo de una hora, viendo que era día claro, se levantó; lavóse con grande esmero y calma, luego de haberse despojado de la túnica; vistióse una especie de calzones cortos y ceñidos que no cubrían más de la mitad del muslo, sujetos á la cintura; sobre la intérula se puso una túnica corta y abierta por los costados; calzóse unos perones, borceguíes de piel seca con su pelo que subían hasta la pantorrilla y los sujetó con el amento; colgó de los hombros una pénula gausapina de liviana tela; calóse el petaso de fieltro anudando el barbicacho, y sin ruido se acercó á la caballeriza. Un esclavo de los que andaban ya barriendo y limpiando el área aparejóle su caballo, montó en él y salió enhiesto y garrido como si hubiese dormido toda la noche.

El sol iba levantándose radiante y majestuoso y su luz vestía de riqueza al mundo todo. A las ocho en punto de la mañana se marchó Lucio, que no tuvo noticia de la peripecia del esclavo fugitivo. Salieron á despedirle las dos jóvenes. Besólas á entrambas, según uso romano, que eran ellos muy dados á este agasajo, besándose de

frente hombres con hombres y mujeres con hombres.

Supieron entonces el extraordinario y matutino viaje de Herenio, que no regresó hasta las once, ó sea la hora quinta. Fué inmediatamente á ver el enfermo, llevándole alimento y bebida. Supo cómo había dormido gran parte de la mañana; y aunque los dolores de sus llagas eran acerbos y no podía moverse, todavía pudo comer con buen apetito. Dejóle Herenio la lámpara encendida, pues el cuarto era obscuro, y salió otra vez. Quitóse los arreos de viaje, y vestida su elegante túnica blanca, con adornos en las orillas y en el cuello, ceñida á la cintura, y sus sandalias sujetas con blancas correas cruzadas hasta el tobillo, presentóse al almuerzo ante su ama, diciéndole:

—He ido á enterarme de lo tocante á ese pobre fugitivo que medio muerto, no por las heridas de nuestros perros, sino por el férreo látigo de su cruel amo, tenemos ahí abajo. Lleva razón en lo que dice, según afirman diez compañeros suyos á quienes he interrogado separadamente. Todo parece ser procedido del odio que otro siervo, rival en amores y favorito del amo, le profesa. Con estas noticias, y haciendo mía tu bondad inagotable, he propuesto á Quinto la venta del esclavo. Regateó no poco, aunque, según me confirmó él mismo, lo había de crucificar en cuanto cayese en sus manos; y, al fin, te lo cedió en 1.800 sextercios.

que no parece caro, pues el siervo es joven y vigoroso.

—Has hecho mi voluntad en todo. Me dolería que le diesen muerte, aunque fuese culpable, ya que vino á acogerse á nuestra casa.

—¿Podemos ir á notificarle la inesperada dicha que le aguarda?

—Ciertamente.

—Señor —agregó Herenio, dirigiéndose á Bonoso—, á ti, como cabeza de todo el personal de la villa, te corresponde decírselo, para que sepa á quién tiene que obedecer después del ama.

—Vamos enhorabuena.

—¡Qué hombre tan extraño es tu secretario, hermana! —exclamó Junia, quedándose pensativa.





VI

LAS PALILIAS

A once de las calendas mayas, es decir, el 21 de Abril, que á la vez era aniversario de la fundación de Roma, se celebraban en todo el imperio las fiestas en honor de Pales, diosa de los ganados y sus campos y de los pastores que los guiaban y apacentaban.

Poco después de la hora crepuscular veíanse al pie de la montaña en que tenían sus apriscos las ovejas y cabras de Villa Marcia, gran copia de humaredas que se desvanecían en el sereno azul de la región del aire. Eran las purificaciones á que los pastores sometían á sus ganados, mediante una fumigación de alcrebite, sabina y ramas de olivo quemados; primera ceremonia de la fiesta, que se repitió con las vacas, bueyes, toros y becerros, coronándolos de arrayán y flores campestres.

Los establos, adornados con ramos y follaje y sus puertas bordadas de colgantes guirnaldas,

eran proveídos aprisa de abundante alimento para el día, al paso que en el suelo se esparcía junco, espadaña y ramitas desmenuzadas.

Desuncíanse los bueyes, y los pastores y labradores, hombres y mujeres, vestidos con sus mejores y ligeras ropas, después de haber en sus casas sembrado la albahaca, en medio de horrendas maldiciones y juramentos, para que saliese más lozana y olorosa, iban congregándose, en son de fiesta, en torno de una gran pradera donde brotaba una fuente de agua pura.

En uno de los costados, con palos y hojarasca, se levantó una casilla rústica á cuya sombra tomaron asiento los primates de la villa, para asistir á la religiosa ceremonia: Aglae, Junia, el mayordomo, Herenio y el *dispensátor* J. Rufo. Cerca de ellos, pero fuera, situáronse los mayorales, capataces y maestros con sus familias.

Pasada la hora tercia comenzaron las lustraciones y sacrificio, no cruento, pues en esta fiesta, que recordaba el nacimiento de la ciudad é inauguraba la vida agrícola del año, se procuró evitar todo derramamiento de sangre.

En el centro del campo colocaron el ara, consistente en una trípode de hierro y bronce, sobre cuya mesa depositaron, como ofrendas, bollos de harina de mijo, un queso dentro de una cestilla hecha con paja de aquella gramínea, leche caliente y vino.

Oficiaba de sacerdote el vílico, auxiliado de

dos mancebos, uno de ellos Rutilio, su hijo, que encendieron el hogar con tallos y cabillos de habas, tea, sabina y ramitas de laurel que salta y crepita entre las llamas, y en él quemaron romero, derramaron una ampollita de sangre de caballo y parte de la leche. Aparecieronse tres jovenzuelos coronados de mirto, llevando un ternerito de pocos días, un cordero y un cabritillo lechales, engalanados con ramas de olivo, rosas y cintas; dieron tres vueltas al ara y el oficiante cortó á cada una de las reses su mechoncito de lana, que también echó al fuego en señal de sacrificio.

Tomó luego el vílico unas ramas de laurel y remojándolas en las aguas vivas de la fuente hizo varias aspersiones sobre la tierra y en dirección de los montes lejanos y, por último, simuló barrer con ellas el suelo en torno del altar, limpiando simbólicamente los campos de toda clase de impurezas.

A esta sazón acudieron los músicos, con sus flautas y tímpanos, y en unión de un nutrido coro de hombres y mujeres entonaron el himno y rogación á la diosa. Era un cantar lento y monotono, una especie de melopea ó recitativo, que decía, poco más ó menos:

"Divina Pales, diosa de las praderas; ampara los rebaños y sus pastores. Presérvalos de la peste y demás enfermedades. Que los lobos no se coman los recentales ni crezcan hierbas malignas

entre las de pasto. Perdona si tal vez el rebaño ha profanado el borde de las tumbas en que había tierna y sabrosa pastura ó si él y sus zagales asaltados por repentino granizo ó furioso aguacero, han invadido para cobijarse el templo rústico. Náyades de las frescas ondas, otorgadnos vuestro perdón si los pies sucios y polvorientos de los ganados os han enturbiado las aguas. Pales divina, hija del cielo, preserva también á nuestros fieles y valientes canes de la rabia, la sed y del hambre; haz que los corderillos tengan leche sobrada, y que su lana abundante y suave sea dócil al huso y no muerda los dedos ágiles de las hilanderas."

Este himno, que escucharon todos vueltos al Oriente, fué repetido tres veces. En tanto los jóvenes que servían de camilos en el oficio cuidaban de mantener vivo el fuego.

Fueron, por último, acercándose de dos en dos rabadanes, boyeros y zagales: extendieron sus manos sobre el fuego para lustrarse y luego se purificaron lavándolas en el agua de la fuente, allí cercana. Finalmente, el sacerdote y sus auxiliares bebieron en un cuenco de madera de salce una mezcla de leche y vino cocido, á que por su color llamaban burránica, apagaron con el resto el fuego del ara y purificaron sus manos con el agua corriente y pura del manantial.

Regresaban á la casa Aglae y sus servidores, cuando al pasar ante los establos de las vacas

con crías, Junia, que era rápida y decisiva en sus acuerdos, dijo:

—Quiero ver los becerritos. Acompáñame, Herenio, no sea que algún novillo ande suelto.

Y entraron, quedándose los otros tres so el cobertizo que tenían al exterior todas las cuadras para que en las tardes calurosas pudieran estar los ganados al abrigo del sol y del agua.

Iba Junia examinando los apartadijos y entraba en algunos. Los ternerillos, por lo común, acercábanse mansos y curiosos, con sus grandes ojos, limpios y dulces; sus desproporcionadas orejas abiertas como aletas que sacudían sin cesar contra las moscas y su hociquito negro, húmedo y charolado. Extendían su graciosa cabeza, muy ajena aún de defensas, como buscando la caricia que con la mano les hacía la dama, llamándoles de lindos, queridos y otros amorosos dictados. Todos llevaban en la frente su guirnalda enlazada entre las orejas y sujeta por debajo del cuello para que no se les cayese.

La madre, coronada también su testa de mirto y hiedra, volvíase y miraba con indiferencia á los visitantes. A poco un mugido suave y halagador llamaba á la extraviada cría que, saltando con los cuatro pies á un tiempo, corría á buscar la ubre materna. Unos chupaban aprisa con succión ruidosa cuando el depósito estaba lleno, meneando velozmente á derecha é izquierda su roma colita; y otros, cuya voracidad no saciaba el fluir

natural de la mama, le daban empellones y topetazos desaforados con el hocico. La vaca cambiaba de postura para aumentar la secreción del jugo, y, vuelta la cabeza, lamía y frotaba cariñosamente las ancas del hijuelo.

Después de vista toda un ala detúvose Junia al extremo y sentóse en un largo escaño en que se ponía la hierba antes de distribuirla á cada animal. Y como si hablara consigo misma, exclamó:

—¡ Poder divino del amor: qué formas tan distintas ostenta!

Herenio estaba de pie en actitud respetuosa á su lado. De repente, encarándose con él, le preguntó Junia:

—Dime, Herenio: ¿no has amado nunca?

Retrocedió el joven y respondió con voz obscura:

—¿A quién puedo amar aquí, no siendo alguna pobre y vulgar esclava?

—No; no me refiero á esos amores comunes. Un hombre como tú, joven y gallardo, no parece bien sin empleo amoroso. Una mujer —añadió, mirándole con fijeza— ingenua, de origen y de clase superior á la tuya...

Interrumpióse Junia, y Herenio, que se había puesto vivamente encendido, miróla asustado, sin saber qué decirle. Junia sonreía con graciosa malignidad, y repuso:

—Ese rubor, propio de mancebillo imberbe, me

dice muchas cosas. No censuro yo que hayas puesto muy arriba tus pensamientos; de ánimos esforzados es pretender llegar á las alturas. Sólo águilas valerosas nidifican y crían en los riscos más encumbrados.

—¡Por la luz de Febo, señora; no vayas á suponer...

Entró en este momento Aglae con paso vivo y aire serio, y viendo la turbación de Herenio, aumentó aún la gravedad de su rostro y dijo á su hermana:

—Pero ¿no adviertes que estamos ahí afuera aguardando para ir á gustar el prandio y nos tostamos al sol?

Salieron sin decir más. Herenio, que se fué rezagando, caminaba pensativo, y ya muy adelante oíanse las carcajadas de Junia, á quien placía andar á burletas á costa del pobre *dispensátor*, continuo blanco y terrero de sus pullas y sarcasmos. Herenio murmuraba acercándose á la casa:

—¿Cómo habrá podido adivinar tan pronto?... Y, con todo, no creo haber caído en descuido ni de palabra ni de gesto.

Eran ya más de las doce. Buscando la frescura habíanse reunido todos los esclavos de la quinta en el soto al lado izquierlo del área, plantado de higueras de la Eubea ó Negroponto y de Lidia; éstas de fruta color de púrpura, alternadas con las rodias y tiburtinas que la daban negra, pero sazonada; castaños robustos de Tarento, cuya

encerrada bellota era dulce y redonda como la balanita y la injerta cornelia, del nombre de su inventor, y cerezos, árbol peregrino que Mitrídates, rey del Ponto, trajo á Italia, con la guerra implacable al poder romano. Pronto nacieron las variedades, y el soto de Marco Vespilio conocía las cerezas aprenianas de color encendido como el hierro candente, las accias que eran obscuras como la mora, grandes y carnosas las cecilianas y melífluas las duracinas y julianas. En la parte más húmeda y sombría del soto crecían los manzanos, cuyas pomas diferían tanto por el gusto como por sus aspectos, siendo leonadas las veronesas, rojas y amarillas las apianas, muy precoces las musteas y singulares en todo las quirianas producidas por Marco Catón, el Censor, que era igualmente político de alto vuelo, agricultor entendido y escritor geopónico.

Días antes de la fiesta había hecho repartir Aglae entre sus siervos túnicas y abollas con sus tégulos; crépidas carbatinas y esculpones para los pies, y á las esclavas túnicas y sandalias.

Habíales dado para aquel día ración extraordinaria de trigo, cebada, judías, aceite y sal para sus atalvinas ó pulmentos y carne de vaca ó de carnero, y un congio de vino por persona mayor.

Juntaron sus meriendas las familias amigas, y los esclavos solteros, en partidas de seis y de más, hicieron de la fresca hierba mesa y triclinio, sin que los capataces, en aquel día de plena libertad,

les acosasen con sus voces, pues no lejos de ellos daban también culto á Ceres y Baco, que fué el que acabó por enseñorearse de todos cuando, ceñidas sus desnudas cabezas de toscas coronas de mirto ó de hiedra, tanto menudearon las ofrendas que, soñolientos y torpes, hubieron de buscar en el sueño, bajo los árboles, emparrados y enramadas hechas por ellos mismos, el reposo que pedía su cuerpo.

Pasaron las horas de la siesta en el mayor silencio, y, después de media tarde, desperezados al son de las flautas y tamborinos, dieron curso á su alegría en bailes y cantares, y aun al caer de la noche encendieron fogatas de rastrojo sobre las que pasaban saltando, á fin de purificarse, los más ágiles y menos ancianos, hasta que se les apagaron ó ellos se rindieron de cansancio.

Entonces los capataces y maestros fueron enderezando á cada cual á su tugurio, avivando con varillas de olmo á los beodos recalcitrantes.

No tan ruidosa y alegre había sido la comida en el palacio de Aglae. Al despedir ésta á su hermana para retirarse cada cual á su dormitorio, no pudo menos de exclamar entrando en el suyo:

—Está ciega y desatinada.

Pasaron varios días en que Herenio parecía tener empeño en ocultarse de sus amas, con no poca sorpresa de Junia, que se lo acordaba insistentemente. Exculpábase con que lo avanzado de la estación demandaba mayor trabajo y vigi-

lancia, ya para la recolección y acopio de la lana, ya para las ventas de corderos y otro ganados y ya por estar próxima la siega del heno y no lejana la de las mieses. Montaba á diario en su potro negro, que había hecho traer del corazón de la Bética y que en ligereza excedía al viento.

Pero con quien Herenio sostenía largos diálogos era con aquel esclavo que le debía la vida y al que había tomado extraño afecto. En la enfermería adonde, luego que fué propio de Aglae, le condujeron, iba recobrando lentamente la salud y las fuerzas.

Pronto supo Herenio su historia. Era griego, según creía, y siempre esclavo, porque el recuerdo más antiguo de su niñez que retenía era el de verse en casa de un pintor en Atenas, á quien le molía los colores y servía de modelo para amorcillos y genios. Aprendió á pintar y á esculpir. Vendido cuando murió el pintor, por su heredero, y ya mozo, entró en casa de un citarista y maestro de ese y otros instrumentos. Por la fuerza hubo de practicar esta divina arte, á la que también mostró gusto. Pasó luego al poder de un famoso cocinero, y como maestro en este oficio, tan útil á la vida, fué traído á Roma para contentar el estómago de un rico senador, amigo de la buena vianda. Desgraciadamente esta nueva maestría había despertado en Jantipo, que así se llamaba el esclavo, grande amor al fruto de Baco, haciéndole sufrir duros castigos, hasta que,

cansado su amo, lo vendió á Quinto Afranio, de Nomento. Aquí sólo palos y trabajos pudo disfrutar. Curóse de su inclinación al vino, que ni siquiera logró ver una sola vez.

Probó Herenio (que entendía algo de todo) las diversas aptitudes del siervo y las halló confirmadas con aumentos y perfiles que el modesto Jantipo había callado, y se propuso aprovecharlas en mayor honra y gloria de Villa Marcia. Vió también que su carácter, aunque astuto y disimulado, como todo griego, era bueno, alegre, paciente y agradecido. Al menos á Herenio le mostraba tal adhesión y reconocimiento que tuvo que vedarle muestras tan exageradas de cariño. Vistióle con mayor cuidado que á los demás y, en vez de llevarle al campo, le trajo á la casa y empezó por utilizar á la vez sus habilidades de pintor, de escultor y aun de músico.

Un día, ya bien entrado Mayo, acercóse á Aglae una esclavilla, lista y agraciada, que la viuda había puesto al servicio de su hermana y á la que ésta concedió insigne preferencia sobre todas las que le ayudaban en su complicado aderezo y aliño, y sigilosamente le entregó unas preciosas tablillas de escribir, añadiéndole que Junia le había mandado que se las llevase á Herenio.

Tomólas Aglae y comenzó á examinarlas, creyendo fuesen un simple regalo. Eran compuestas de tres láminas de marfil, de las llamadas vitelianas, con su estilo agudo por un extremo y chato

en forma de paleta por el otro, y venían encerradas en un estuche de limonero de Maritania. Iba ya á devolvérselas á Micala, la esclava, con orden de que cumpliese el encargo cuando al abrirlas, pudo leer sin dificultad, escritas en la capa de cera, las siguientes palabras:

"Si quieres proseguir una interrumpida conversación y conocer su alcance, sal esta noche cuando el gallo cante la primera vez al jardín y cuida que no puedan sentirte."

Paróse confusa la dama; guardó las tablillas bajo los pliegues de su túnica y dijo á la esclavilla.

—Si mi hermana te pregunta si has entregado estos pugilares respóndele que sí, y que Herenio mostró asentimiento á lo que el escrito encierra.

Transcurrió el resto del día con la mayor zozobra y embarazo para Aglae, que no sabía qué resolución adoptar. Vino la noche y con ella el silencio dentro y fuera de la casa. Cantó el gallo más próximo y como un eco fueron repitiendo el alerta todos los otros de la quinta en lo que su voz pudo oirse. Vestida se hallaba Junia y calladamente siguió el transepto ó *fauce* que del peristilo iba á la azotea y de allí al jardín posterior del edificio. Vestida se hallaba Aglae, que, con paso menos seguro, tomó el mismo camino un cuarto de hora más tarde.

La noche estaba serena y templada: ni la más leve brisa mecía las hojas de los árboles ni susu-

rraba entre los tallos y cálices de las flores. En el jardín sólo el ruido alegre y uniforme de los saltadores y caídas del agua en las tazas escalonadas de mármol interrumpían aquel silente reposo. La luna menguante y pálida alzábase perezosa y triste sobre los montes Albanos, que á lo lejos mostraban su masa imponente y sombría. Más que á iluminar la tierra venía á aumentar la confusión y dificultad en discernir las sombras de los cuerpos que las originaban, prestando contornos extraños y alargados á los objetos, que parecían, ya cuadrúpedos deformes y agresivos en no imaginadas actitudes de lanzarse sobre uno, ya féretros de colosales dimensiones ó ya fantasmas enhiestos y rígidos que avanzaban con los brazos extendidos cual si tratasen de asir algo ó de sostenerse para no venir al suelo.

Las figuras y laberintos de mirto del jardín semejaban inmensos reptiles negros y retorcidos que buscaban espacio en que distender sus interminables anillos. En los bosquecillos de adelfas, rododendros, pinastros, aquifolios y otros arbustos parecía columbrarse á veces una blanca y espiritual figura mujeril que luego desaparecía ó variaba monstruosamente de forma conforme la luz de la luna cambiaba de dirección al cernerse entre las ramas y sus hojas.

Ladraban inquietos á lo lejos los perros de los ganados, fieles guardas de las indefensas reses, cuyo balido tembloroso se oía tal vez como si

presintiesen que no lejos de su cabaña espiaban con ojos encarnizados y flameantes los terribles y hambrientos lobos. El desapacible croar de las ranas en la apartada laguna y el grito seco y agudo del mochuelo tenían su contrapunto en el agasajador y amoroso arrullo de las tórtolas en las elevadas copas de los pinos; y de más lejos aún, del corazón del bosque, el dulcísono canto del ruiseñor llegaba á recrear el oído de los que aún no se habían entregado al descanso del sueño.

Aunque Aglae salía de un lugar más obscuro, no pudo al punto descubrir á Junia, sentada cerca de una fuentecilla en que un cupidillo de mármol teniendo un ganso oprimido con fuerza entre sus manos parecía forzarle á lanzar por la boca de bronce el chorro de agua cristalina que recibía un tazón esculpido con guirnaldas y bucráneos. En cambio Junia, que con la vista clavada en la puerta aguardaba impaciente la salida de Herenio, conoció en el acto á su hermana y alzándose presurosa vino á su encuentro con aire y aspecto entre confuso y provocativo. Dijo Aglae:

—No es á mí á quien esperabas ahí; bien lo sé...

—Entonces, ¿á qué has venido? ¿No te bastaba haber penetrado mi secreto y haber impedido un entretenimiento pueril con tu secretario?

—No, hermana. No es pueril lo que haces. Pude antes no sospechar toda la malicia de tus acciones; tu fingido desmayo en el olivar, el con-

tinuo asedio y las zalamerías con que pretendes enloquecer ese joven; pero desde tu audaz tentativa cuando las Palilias, ha caído la venda de mis ojos. Ofendes con tus desenvolturas la casa sin mancilla de nuestro padre, la honra de tu marido y, en fin, tratas de corromper y arruinar á ese pobre mozo, á lo que juzgo inexperto y bisoño en tales ardides.

—Ahí te duele. También comprendo yo tus intenciones; y tus palabras dulces y relamidas no reflejan más que tus celos insensatos. Aspiras á convertir en tu amante, si ya no lo es ó lo era en vida de tu esposo, á ese que hipócritamente llamas tu secretario.

—Hermana: acuérdate que lo eres y cesa de ultrajarme de manera tan cruel é injusta como lo haces —dijo Aglae soltando la presa de sus lágrimas.

—Acuérdate tú de que también lo eres al prodigarme otros no menos feroces ultrajes.

—Pero yo me refiero á hechos ciertos y evidentes que no puedes negar y tú á suposiciones calumniosas que en nadie menos que en ti deberían hallar albergue.

—Sea como quiera te dejaré el campo libre. Mañana me vuelvo á Roma.

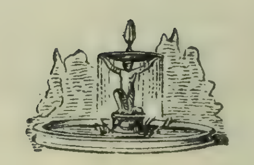
—Creo que es lo que debes hacer, al menos por el momento.

—Pero ten cuidado, porque el pajarillo tenderá el vuelo cuando más seguro le creas.

Dijo, y cruzando por delante de Aglae con rápido andar fué á encerrarse en su gabinete. Con triste y lento paso siguió la viuda al suyo, donde nuevas lágrimas dieron testimonio de sus penas.

Al día siguiente, antes de la hora tercia, mandó Junia que le pusiesen el carpento de tres asientos y cortinas para regresar á Roma, sin más compañía que una esclava que habría de volverse con el que guiase el carricoche.

Despidiéronse con afectada ternura las dos hermanas, en medio de la sorpresa de los criados y, en especial, de Herenio, que no atinaba con la causa de tan repentina ausencia.





VII

ALMAS SIN ALMA

Al partir Junia habíase llevado consigo toda la alegría de Villa Marcia. Una taciturnidad adusta y una melancolía que harto reflejaba su rostro, habíanse apoderado de Aglae, llenando á la pár de tristeza el ánimo de sus más allegados servidores. Sobre todo Herenio adelgazaba su discurso y alambicaba el cerebro para indagar la causa de tan recónditos pesares.

Ella misma, viendo el embarazo de sus amigos, sobre todo en la mesa, les había dicho y repetido que hablasen entre sí como si no estuviese presente, y luego que la dirigiesen preguntas y observaciones, pues tal vez la distraerían.

Así pasaron muchos días. Una tarde en que á la hora de la siesta se hallaban Bonoso, el mayordomo, y Herenio sentados en el peristilo á la sombra de un tupido arrayán de Egipto, vieron llegar á su dueña, que acercándose, preguntó:

—¿No me habías dicho, Herenio, que hoy acabaría la recogida del heno?

—Sí, señora.

—Pues deseo presenciar la conclusión de esa faena.

—Advierte, señora —interrumpió el mayordomo— que la tarde, aunque serena en apariencia, tiene trazas de cambio; probablemente te mojarás si sales.

—No importa —insistió ella—. Volveremos pronto.

Apareció su liberta Clodia, á quien Aglae llamaba su ama, aunque no lo había sido, pero que la había tenido en sus brazos y cuidado en la infancia. Era mayor de cuarenta años, fuerte y desenvuelta de genio y movimientos, traía la sombrilla de Marcia y un tenuísimo velo que le colocó sobre la cabeza y ciñó por los hombros. Y diciendo Aglae: "Herenio nos acompañará", salieron ambas hacia la puerta.

Corrió el joven á su gabinete, volviendo con un ligero petaso de palma en la cabeza, y los tres con paso seguro y rápido comenzaron á andar la vuelta de las praderías. A poco hubieron de moderarse, exclamando Aglae:

—Hace calor.

—¿Quieres que nos volvamos?

—Todo lo contrario, y aun me gustaría mojarme, si, como dice Bonoso, no acaba la tarde sin agua.

El sol, ya declinante, pero aún muy alto, quemaba como fuego, á pesar de que velaban sus rayos de cuando en cuando nubes blanquísimas, amontonadas unas sobre otras y movidas por ignoto viento, porque en tierra no se advertía ni el menor hálito.

Después de media hora de camino por dilatados campos de mieses que empezaban á dorarse y de interminables viñedos, cuyos verdes racimos eran ya visibles desde lejos, llegaron á orillas del riachuelo, corazón y centro de las tierras de regadío.

Gran número de hombres y mujeres se ocupaban, unos en extender y revolver con horcas y varales el heno recién segado para que se secase; otros, en formar agudas hacinas y manojos, con el que había de pasar algunas horas aún en el campo, y los demás cargaban los anchurosos plaustros, en los que, á guisa de montañas con ruedas, habían de conducirlo á los heniles y pajares.

Todos los trabajadores tenían ceñidas sus cabezas con toscas y gruesas coronas de heno verde retorcido como turbante musulmán, para que mitigase el fuerte calor del sol.

Jóvenes esclavas de color tostado, miembros graciosos y flexibles y apenas cubiertas por una tuniquilla que llegaba á las rodillas, subían por escalas de madera con haces en la cabeza á lo alto del plaustro cuando ya la carga era crecida. Los mozos al recogerles el heno solían tomarlas á ellas

por el talle y dejarlas caer sobre los montones de hierba acumulada al pie del carro, riéndose con furia y estrépito cuando las veían salir del fondo de aquel blando lecho, la ropa en desorden, sacudiéndose las pajuelas y briznas pegadas á su pelo y vestido y asegurando con fingida cólera no volver á subir más heno al carro. Estas muchachas llevaban interpoladas en sus rústicas guirnaldas corimbos de verbena ó rojas amapolas, no más encendidas que sus rostros.

Reíase Aglae con estos y semejantes trebejos de sus esclavos y esclavas, viendo que aun en tan mísero estado la diosa juventud y tal vez el amor habían logrado verter una gota del divino bálsamo en sus corazones. Y volviendo entonces su pensamiento á sí propia, estremecíase al considerar que á ella, que era joven y más hermosa que las alegres campesinas que veía retozar á lo lejos, le estaba vedado todo contento y disfrute de la vida. "Y ¿por qué?", se preguntaba una y otra y muchas veces. La causa no la conocía, ni la columbraba siquiera, pero el efecto era cierto é incontrastable.

Acercáronse algo más á los trabajadores. El sol había desaparecido del todo bajo espesas nubes, sin que por eso el bochorno fuese menor. En un grupo de maduros carreteros que alimentaban sus bueyes, uncidos á los plaustros, antes de emprender el regreso, decía uno:

—No llegaremos á casa sin haber sufrido el cha-

parrón que aquellas nubes nos previenen. Ayer noche pude observar que sin vapores ni niebla palidecieron repentinamente las estrellas.

—Y yo, que tengo muy buena vista —añadió otro—, no pude alcanzar á ver el *pesebre* en medio de los *aselos;* y esto, como sabéis, más que de lluvia es señal de gran tempestad. Además en toda la noche no cesó el sordo mugido de la selva y el ruido de las hojas de los árboles sin haber viento. ¿Veis cómo ahora no se ve un solo pajarillo por estos lugares? Todos han huído á sus nidos.

A este tiempo desembocó por un puentecillo de madera con paso apresurado el vílico Rusticano, seguido de hasta una docena de gañanes, gritando á los obreros:

—¡Ea! Dejad eso y atar á toda prisa y sujetar los haces. Antes de un cuarto de hora tendremos encima la tormenta. Vosotros —á los carreteros—, á formar los plaustros y desuncir: la tempestad será violenta. Al otro lado del río queda ya todo seguro.

En un abrir y cerrar de ojos con el nuevo refuerzo, quedaron hacinados y presos unos con otros los montones de heno en el suelo; y comenzó la desbandada. A carrera tendida huyeron unos hacia las casas, y otros á buscar refugio en donde pudieren.

Acercóse el vílico á su ama, diciéndole:

—Mal has hecho, señora, en salir esta tarde; no

te queda otro recurso que entrar en esa chocita de al lado que es bastante fuerte.

No lo hicieron sin antes presenciar una curiosa maniobra de los carreteros. Los ocho plaustros que ya estaban casi llenos, se juntaron formando una plazoleta cuadrada. Desuncieron los bueyes y los colocaron dentro. Con las escalas y tablas del servicio del carro y gruesas mantas cubrieron aquel frágil castillo sujeto por cuerdas de esparto napolitano. Metiéronse luego ellos mismos debajo de los plaustos y las mujeres agachadas, como avecillas, entre el heno que de la plataforma llegaba colgando al suelo, y esperaron.

Ya era tiempo. Gruesas, ardorosas y esparcidas gotas empezaron á caer y unos truenos sordos, pero incesantes oíanse hacia la parte suroeste.

Decidióse entonces Aglae á recogerse en la cabaña señalada por el vílico, quien se había refugiado ya entre los bueyes. Estaba formada por cuatro robustas estacas clavadas en el suelo; las paredes entretejidas de sauces y el techo cubierto de juncos apretados con fuertes mimbres. Servía para que el labrador que cuidaba aquel prado se guareciese cuando le sobrecogía lluvia repentina. De modo que apenas y de pie cabían en ella dos personas.

Entraron las mujeres y Herenio se quedó fuera. De repente levantóse un violento torbellino y obscurecióse el aire con las nubes de polvo, pa-

jas, aristas y hojas que volaban en todas direcciones.

Doblegábanse la hierba y las mieses hasta llegar al suelo, para que sobre ellas rodase el huracán furioso. Retorcíanse gimiendo y restallando los árboles, cual si una mano invisible y monstruosa quisiese arrancarlos de raíz y entregarlos á la asoladora y vertiginosa carrera de los vientos desencadenados. Herenio echó rápido las manos á su petaso, que estuvo á punto de desaparecer. Atóselo bajo el cuello con las ofendices y pasó á limpiarse los ojos llenos de arenas con lo inesperado del remolino. Aglae le dijo:

—Entra, Herenio; nos estrecharemos como podamos.

—Pero, señora, si apenas cabéis vosotras.

—No importa.

Obedeció, quedando Aglae enmedio de ambos. No lo hubo hecho cuando se declaró la tempestad en toda su majestuosa é imponente grandeza. El austro que soplaba con sañosa furia parecía querer arrebatar la débil caseta y empujaba á través de las varillas de salce la lluvia y el granizo que azotaban tan débiles paredes. Truenos espantosos y cada vez más y más cercanos hacían retemblar aquel pobre edificio, y su eco asordaba los oídos al repercutir en todas las concavidades de las montañas vecinas. Aglae temblaba de pies á cabeza, y como todo su cuerpo estaba pegado al

de Herenio, al advertirlo el joven, díjole con acento dulce:

—No temas, señora; ningún peligro corremos en esta baja chocita. El rayo busca las alturas.

—Tú ¿no tienes miedo, Herenio?

—No, señora.

Miróle la dama y vió que sonreía muy tranquilo. Dijo la liberta:

—¡Ay, señora! Si hubiera por aquí cerca algún laurel...

—Y ¿para qué quieres ahora tú un laurel, Clodia?

—Ya sabes, señora, que el árbol délfico es invulnerable al rayo. Me acuerdo haber oído decir á tu padre que el Emperador Tiberio siempre que había tempestad se coronaba de laurel; y ya ves, nunca le sucedió ninguna desgracia.

No pudo menos de reirse Aglae de la simpleza de su criada. La calígine, con ser poco más de media tarde, se había hecho muy densa. Relámpagos continuos de mil formas y colores cegaban los ojos con su fulgor, entrando en la choza á través de la puerta, que por dicha estaba en dirección contraria á la que traía la tempestad, que era africana. Iluminó un relámpago vivísimo la cabaña, que pareció incendiarse de pronto y un trueno fragoroso é interminable, de tal modo aterrorizaron á Aglae, que dando un agudo chillido estrechóse más contra Herenio y tomó inconsciente una de sus manos. Ahora le tocó estreme-

cerse y seguir temblando al joven, á la vez que empalidecía como un muerto. Advirtiólo la dama, y soltando la mano de Herenio, le dijo:

—¿Tiemblas?

—Sí, señora —contestó él—; pero fué por ti al oir tu grito. Ya ves —añadió sonriendo— qué sereno me hallo ahora.

—Yo estoy muertecita de miedo —añadió ella—, y á no ser porque estás aquí me hubiera desmayado. Tu presencia me infunde aliento.

Seguía rugiendo la tormenta. El cielo era todo fuego, pues cuando la vista, sobrecogida por el destello fulgurante de la nube, se iba hacia el lugar de donde parecía haber brotado, otras centellas más deslumbradoras surgían á la vez de todos los puntos del horizonte, viéndose uno totalmente rodeado de llamas. Y los sentidos se turbaban y el discurso enloquecía con el horrísono estrépito de los truenos, que materialmente golpeaban el cerebro.

Pero tan repetidos vinieron á ser truenos y relámpagos, que Aglae, que no era mimosa, llegó á insensibilizarse; y aunque á cada nueva descarga luminosa y á cada estampido subsecuente lanzaba un débil grito, cesó su temblor nervioso y dijo á Herenio, con graciosa sonrisa:

—Parece que me has comunicado algo de tu confianza.

En las tempestades de verano su duración suele estar en razón inversa de su violencia. El áfri-

co, que no cesó de soplar con fuerza, acabó por llevarse lejos la nube. Fueron disminuyendo la frecuencia y el fragor en los truenos, y á poco más de una hora salió tímidamente el sol por entre una nube desgarrada, cuyos jirones parecían caer hasta el suelo.

Salieron también de sus escondites las aves, que empezaron á garlar sin descanso, como para desquitarse del temeroso silencio que habían guardado, y los hombres y mujeres de sus provisionales abrigos. Uncieron los carreteros nuevamente sus bueyes y emprendieron su camino los plaustros de rechinantes ejes, á fin de llegar á las pajeras antes de la noche. Los demás se afanaron por extender el heno para que se enjugase en parte durante la hora de sol que aún quedaba en el cielo. Abandonaron, en fin, su refugio los de la choza. La esclava y Herenio con sus ropas bastante caladas de agua. En cambio Aglae sólo por la espalda y por el frente estaba mojada, y no mucho, gracias al amparo que le dieron sus servidores, aunque sí la cabeza y hombros y su velo, que se quedó hecho un guiñapo. Reíase de buena gana al mirar su desaliño, y con gentil aire y paso vivo, tomó la vuelta de la casa. Aspirando fuertemente el húmedo vapor que se desprendía de la tierra, dijo:

—¡Qué bien huele!

Y á su liberta:

—No serás tú, Clodia, capaz de destilar un aroma semejante, más agradable aún que los de

Oriente. ¡Qué lástima no poder recoger perfume tan suave á la par acre y dulce!

A este punto llegó un tropel de esclavos con una litera, pero Aglae no quiso subir, diciendo que el suelo no estaba húmedo, como era verdad; porque, abierta la tierra con larga sequía había absorbido con facilidad toda el agua caída. Por la misma razón se negó á calzarse los fulmentos que le presentaron, especie de alcorques ó chapines de corcho, con varias suelas, que en tiempo de lluvia se ponían las damas romanas sobre su calzado ordinario y sujetaban al tobillo por medio de correas. Llegaron á la puesta del sol. Aquella noche estuvo Aglae más animada en la mesa, y contó con difusos pormenores lo que había visto y sentido en las cuatro horas de paseo.

A la mañana muy temprano quiso ver los destrozos causados en su jardín por la tormenta. Con su fiel Clodia anduvo recorriendo los senderos, paseos y laberintos sembrados de hojas y florecillas mustias y cubiertas de lodo. El cortejo de la muerte parecía haber cruzado por aquellos lugares asolándolos á su tránsito. Sin embargo, levantando la vista á los arbustos y matas no se advertía la falta: tan abundante era aquel vergel.

Las rosas parecían más frescas y olorosas, erguidas en sus tallos sin temer la competencia de flor alguna. Como sol del prado la habían saludado los poetas, y hermosa como el rubor que tiñe las mejillas de la doncella. Sería imposible enume-

rar las especies que el amor de Vespilio á esta reina del jardín y luego el de su hija hicieron crecer y triunfar en el suyo. A más de las comunes prenestinas y campanias, veíanse allí la milesia, de encendido matiz, aunque pocas hojas; la de Cirene, olorosísima y preferida en los ungüentos; la del monte Pangeo, de muchas y menudas hojuelas; la grécula, de revueltos y encrespados panículos y anchas hojas; la pálida traquiniana; la de Pesto, roja, olorosa y que florecía dos veces en el año; la egipcia del borde del Nilo, que en pleno invierno se abría en los cajones recubiertos de piedra especular; las blancas, mosquetas y damascenas, y otras muchas. Con ellas hacía Clodia, porque á su ama le gustaba infinito aquel aroma, agua rosada, destilada en alambiques de vidrio; zumo de rosas frescas, y pastillas de rosa, en que este olor estaba mezclado con los del nardo índico, mirra, costo é iris ilírica; pero dominando el primero.

Cerca de las rosas estaban los lirios: los tempranos, como el cárdeno, de noble aroma, y los de Esclavonia, Pisidia y Panfilia, ya floridos y esperando otros á que el calor estival rompiese su cáliz. Seguían las anémonas abiertas desde que Favonio les había dado su amoroso beso, pues sin él permanecen secretas y conclusas y mostraban ahora su flor láctea ó fenicea. Los jacintos, en cuyas hojas leían claramente los griegos escrita la palabra *¡ay!*, eco del llanto de aquel mancebo ama-

do de Apolo. El ciclamino de color sangriento ó colosino, de Cólosis, cerca de Troya, su patria. El adonio, nacido de la sangre de Adonis, especie de abrótano de flor dorada y apacible aroma. El cípiro ó gládiolo, traído de las islas de Creta y de Naxos; aquél semejante al nardo en el olor y blancura de sus hojas. La hésperis, más olorosa de noche, y de ahí su nombre. El meliloto de Atenas. El heliocriso ó crisántemo antiguo, distinto del japonés, con el que se coronaban los dioses, porque sus hojas blanquecinas colgaban como argentería de los ramillos sin marchitarse nunca y á la reverberación del sol resplandecían como el oro; su flor puesta por las damas romanas entre sus ropas les conservaba un olor agradable. Azucenas blancas y rojas, á que los griegos daban el nombre de *crinón,* y en especial las loadísimas de Antioquia y Laodicea, en Siria. El helenio, nacido de las lágrimas de Helena, y así esparce sobre la tierra sus largas ramas y hojas; flor extraordinaria que hacía olvidar las tristezas y angustias del corazón, conservaba la hermosura y poseía aún otras más singulares virtudes. La eurípice, especie de junco de olor, que inspiraba dulces sueños, sobre todo el babilónico y el de la región Nabatea, en Arabia. Y de igual clase eran las juncias más olorosas, venidas de Tracia, patria de Orfeo, y de la isla de Rodas. ¿Quién podría enumerar aún las clases de alhelíes, cerintos, cianos, verbenas, narcisos, flor de Júpiter y las

hierbas olorosas de mayor y continua aplicación en el triclinio y para sazonar frutas y conservas?

Cuando más distraída andaba Aglae, se presentó Herenio, respetuoso como siempre, y á quien ella saludó alegre, diciéndole:

—Apenas han sufrido nada mis florecitas. Vamos á la huerta.

Allí el perjuicio había sido nulo, según autorizada opinión de Cépula el hortelano, que les mostraba con orgullo sus legumbres, algunas aún muy á los comienzos de su lozana vida, como las lechugas gaditanas de troncho y cogollo blanco, celebradas por su paisano Columela y también estimadas de Aglae con preferencia á las de Chipre, nacidas en la vega de Pafos, de hojas encrespadas y muy blancas, á las cecilianas de hoja de púrpura, y á las lacónicas que se conservaban en oximiel, para comer en todo tiempo; los rábanos, sobre todo el siriaco tierno y suave y sufridor del frío, el algidense y el agrión helénico; los nabos de Amiterno, mejores, aunque no tan grandes como los de Nursia.

Ponderábales el afable Cépula entre sus coles, el cogollo de la triciana, el repollo cumano de hojas caídas pero corazón enhiesto; el pompeyano; el aricino, escondido entre capas de hojas ásperas, pero suave y jugoso. La ínula, que sazonada con pimienta y tomillo despierta el apetito, añadiendo que Julia Augusta la comía diariamente. Empezaban á crecer ó madurar las cebollas megaren-

ses; las quersonesas, tan dulces como fruta, y por eso solía comerse crudas; las italianas de Tarento y Amiterno; los espárragos gruesos de Ravenna y los originarios de la montaña tiburtina; habas, guisantes y judías de Pelusa, Aricia y Cartago, y aquella clase de cohombro tan gustoso á Tiberio, que lo comía de continuo, y que para conservárselo todo el año lo plantaban en huertos sobre ruedas, recogidos en invierno dentro de casa para impedir que se helasen y de día los exponían al sol.

De las hortalizas pasaron al cercado de la fruta. Aquí sí que el desastre había sido grande. Por dondequiera se veía fruta esparcida por el suelo, que con esmero recogían en anchas fiscinas de mimbre los hortelanos y sus mujeres, separando la que podía servir y amontonando en pilas la verde para el ganado.

Lo que más sintió Aglae fué la pérdida de sus albaricoques calábricos, próximos á madurar y las ciruelas nuciprunas de Egipto, las damascenas y las melinas de la Bética, que su padre había siempre cuidado tanto. Calmóla el hortícola diciéndole que mirase los árboles y vería que aún quedaban bastantes y serían más hermosas y opulentas.

Fué de paso mostrándole el buen camino que llevaban los pérsicos duraznos y los supernarios de la Sabina, como quien decía de casa. Los perales, tan estimados en Roma, con sus principales clases: las crustuninas, bien conocidas de Aglae,

pues á ella era debido el que las produjese su huerto; las renombradas lácteas de Siria; las decimianas; las pompeyanas ó maniosas; las tiberianas, por ser preferidas de aquel Emperador malvado y cruel, y las amerinas ó invernizas para cocer en vino.

Acercáronse al colmenar, que no estaba lejos, pero en lugar independiente y con su jardín de arbustos, flores y otras plantas, como hierbabuena, melisa, tomillo, cítiso, romero, trébol y cantueso, que tenían para su alimento las incansables obreras de la miel. No entraron, y salió el colmenero á decirles que la tempestad había muerto algunos enjambres, pero que diariamente salían otros y que seguían prosperando la casta de las abejas traídas no menos que del Atica por Marco Vespilio.

Volviendo por otro camino se detuvieron á la entrada del gallinero y vieron andar picoteando gallinas de Numidia, de Rodas y de Tanagra; pavos reales, fenicópteros, faisanes de Colcos; y allá, en otro extremo, revolcándose en sus albercas, patos, estimados ansarones á quienes se arrancaba la pluma dos veces al año, y en lugares especiales engordaderos de gansos, para extraerles el hígado hipertrofiado con arte, y de tórtolas y zorzales que se cebaban con higos secos.

En el palomar y en la pajarera, según declararon los guardianes de estas aves, sí habían tenido algunas defunciones causadas por la borrasca, aunque pronto se verían compensadas con exceso.

Desde aquel día fué recobrando Aglae su humor habitual y aquella dulce y tranquila alegría de los tiempos de su primera mocedad que encantaba á todos los de la villa. Gustaba de visitar los más secretos rincones de su quinta é inspeccionar los trabajos de ella; hasta formaba proyectos de mejoras y arreglos, basándose siempre en ideas y palabras de su padre que recordaba puntualmente.

En estas jiras y excursiones, siempre á pie, la acompañaban de ordinario su ama Clodia y Herenio. Agradábale también internarse en el bosque más próximo á la casa en que no había peligro de alimañas, por estar, aunque en el extremo, dentro de la cerca. Sentábase, en las horas de siesta, á la sombra de un haya ó de un alcornoque, al pie de un arroyuelo de los muchos que por allí se deslizaban silenciosos y entablaba con Herenio diálogos cortados por el patrón de los que antes habían sostenido, cuando aún era vivo Marco Vespilio. Las ideas de Aglae eran ahora más claras y profundas; así que le costaba á Herenio poquísimo esfuerzo el que se penetrara de las más sutiles concepciones acerca del origen y finalidad de los seres, singularmente del hombre, de la formación de las sociedades y de sus defectos, punto este último en que siempre habían estado en desacuerdo. Porque Aglae sostenía que la organización del pueblo romano era la más perfecta que podía imaginarse, y Herenio, que ni aun igualaba á la de los griegos, con ser tan defectuosa y rudimentaria.

Con mayor tolerancia ahora y casi con aplauso oíale repetir que la base de la sociedad romana era el despotismo y la tiranía en todas sus formas. Que á las tiranías orientales de la voluntad de un guerrero ó de un sacerdote y á las brutalmente democráticas de los germanos y otros pueblos del norte habían añadido una desconocida de todos los demás: la tiranía legal.

Pensaba Herenio que las leyes romanas no habían sido dictadas para favorecer el lícito ejercicio de las facultades del ciudadano, sino para esclavizarle y oprimirle en provecho unas veces de los populares y otras de los privilegiados En Roma nadie era libre. Cualquier acto, por secundario que fuese, tenía que someterse á fórmulas y condiciones que la mayor parte de las veces contrariaban la voluntad legítima del que lo ejecutaba. El Emperador estaba sujeto al Senado como agrupación, á los pretorianos y al pueblo. Al primero era fuerza adularle, fingiéndose obediente á sus mandatos; á los pretorianos había de contentarlos con regalos, ascensos y lisonjas, y al pueblo tenía que distribuirle sus raciones de pan y de juegos.

El Senado, siempre desunido, no tenía más fuerza que la de su nombre é historia. Llenos de pavor cada vez que uno de sus miembros caía bajo el hacha de los lictores por injusto decreto del imperante, se apresuraban los otros á aplaudir

aquella tiranía y á infamar la memoria de su triste compañero.

El pueblo, orgulloso con su título de ciudadano romano y señor de tantas gentes y naciones, se limitaba á pasear en los pórticos su raída toga, adular á los ricos por la miserable espórtula ó se embrutecía y degradaba en el Circo y en el anfiteatro. Creía que era libre y no era más que esclavo de su vanidad, de su pereza y de su miseria. Ni aun en las provincias era verdaderamente libre el ciudadano: la toga le perseguía siempre y tenía que nacer, casarse, morir, obligarse, vestir, comer, pensar y obrar siempre como ciudadano romano, con sus fórmulas, trabas y limitaciones de la voluntad, cual si fuese un desdichado incapaz de usar conscientemente de ella.

Abundando ya en estas ideas, añadía Aglae que el prurito de mantener la separación de clases y la conservación de las privilegiadas traía consigo unas veces sacrificios dolorosos (y al decir esto temblaba su voz acordándose de su matrimonio) y otras verdaderos crímenes. Tal senador ó consular, por tener sucesión varonil, rechazaba sucesivamente tres, cuatro y más mujeres, sin motivo justo ni aun por su voluntad, sino por obedecer las leyes que había hecho de su *gens* plantel de senadores ó de cónsules. Tal dama romana, porque su sangre no acabase en ella, suplía las deficiencias de su matrimonio con el fruto de sus liviandades. Tal caballero, por aumentar

el esplendor de su abatida casa con la riqueza, contraía un vínculo á todas luces infame, siempre que uno y otra de los contrayentes fuesen ciudadanos romanos é ingenuos de nacimiento.

—Así —añadía— los lazos de familia se relajan; las virtudes sociales se pierden y las privadas se marchitan y el pudor femenino se ve ajado y ofendido. ¿Qué pudor puede existir en aquellas que en el término de cuatro ó seis años contraen cuatro ó seis nuevos matrimonios, y ninguno por causa de viudez?

—La tiranía de la ley —continuaba Herenio— es tal, que se ve con harta frecuencia privado de la herencia paterna el hijo legítimo, sólo porque fué emancipado ó adoptado por otro y, por el contrario, ser preferido en aquélla al extraño ahijado por ministerio legal. La ley obliga á los hijos á aborrecer á sus padres, y á éstos á olvidar y desconocer á sus hijos, rompiendo los naturales vínculos de la patria potestad, así como el abuso de divorcio suelta y quiebra los que deben existir entre el hombre y la mujer.

. . . .

En el mes de Agosto cumplía años Aglae, sin que en ninguno dejase de festejarse con cierto boato su natalicio, aun en los que estuvo ausente. Ella misma, respetuosa con la costumbre tan seguida en Roma, ofrecía á sus lares libaciones, coronas, presentes de vino y miel, quemaba perfumes de Oriente y cubría su altar de olorosas

flores. Y aún más: se prestaba gustosa á la admisión de los humildes regalos de sus esclavos, que este año, como á señora, tuvieron apariencia de vasallaje.

Vestida con rica estola casi transparente hecha con la más blanca y fina lana de sus añinos, sin arrequives ni franjas como Andrómaca cuando habitaba en la isla de Sérifo; caído sobre los hombros invisible peplo de tela de Cos teñida, antes de tejerse, de verdemar, color amado de las nereidas; anulado su pelo y sujeto detrás con la aguja comatoria y partido delante, como Laodamia, en dos crenchas realzadas y ceñido por el delicado limbo ó filete de oro, que oprimía dos encendidas cariófilas; con inaures ó arracadas en forma de crotalio y sus elencos perlinos colgantes; monil ó collar de oro con máscaras silénicas y hemiesferas alternadas; espínter ó brazalete aurífero y elástico con vueltas en forma de serpiente que oprimía el brazo por sí mismo; sortijas en las manos, y en los pies ricos sandalios séricos bordados con oro y piedras preciosas; sentada bajo el peristilo de su palacio en alto solio y cercada de sus libertas y esclavas vestidas de rojas ó amarillas túnicas y enflorecidos cabellos, parecía Aglae más que reina una diosa del Olimpo.

A sus pies fueron llegando los principales servidores ofreciéndole sus jenia ó presentes rústicos, y ella devolvía á todos una palabra afectuosa con una dulce sonrisa. Herenio, acompañado de

Jantipo, le rindieron á sus pies una tabla pintada y un busto de mármol, ambos con la figura de Aglae, que era lo que en los meses transcurridos había trabajado el siervo ateniense.

Cuando llegó el turno al mayoral del ganado y él y su hija Rósula le ofrecieron de rodillas su dádiva de queso y leche, levantóse Aglae y, puesta su mano diestra sobre la cabeza del anciano, le dijo con acento cariñoso:

—Numidiano. Eres el más antiguo de nuestros servidores; fuiste leal compañero de mi padre: yo te hago libre.

—Ahora soy más esclavo tuyo que nunca—respondió agradecido el viejo.

Aglae prosiguió:

—Quiero que tu linda Rósula se case con Rutilio, el hijo de nuestro vílico, pues me consta que lo desean. Ellos y sus hijos serán también libres.

Un estruendoso rumor de aplauso y alegría salió de todos los rincones del peristilo, en tanto que la joven sierva se cubría avergonzada el rostro con sus manos.

Sentada otra vez la dama oyó con atención el himno que para ella había compuesto Herenio y ensayado Jantipo á dos coros de niños y niñas vestidos como amorcillos con alas, coronados de mirto y acompañados de algunas flautas y panderillos. Mandó que lo repitiesen; dió las gracias á los autores y entró en su gabinete de verano para desnudarse y tomar el prandio.

En los anchos y frescos soportales del peristilo habíanse preparado largas mesas para los convidados que, con sus mujeres é hijos, pasaban de doscientos. Sirvióseles un buen almuerzo y antes de la hora octava fueron volviendo á sus casas alegres y satisfechos de su dueña.

Como fiesta campestre se había hecho la recolección de las mieses, y con mayor alegría aún se hizo la vendimia. Casi todos los esclavos y esclavas de la quinta eran necesarios varios días para las diversas faenas de recoger, clasificar y conducir la uva á los lagares. En todos ellos se dió á los viñadores alimento y bebida extraordinarios. Al caer de la tarde y cesar en sus faenas aquellos infelices, olvidados de sus penas y coronados de pámpanos, como silenos y bacantes, cantaban y danzaban hasta caer rendidos de fatiga.

En todo el verano no había tenido Aglae más noticia de su hermana que una insulsa carta desde su villa de Bayas. Pero al empezar Septiembre recibió de Roma una epístola de su cuñado en que le decía:

"Hermana Marcia: Salud. Mi viejo mayordomo me dice serle ya difícil contraer más empréstitos sobre mis bienes sin vender algunos. Sospecho que más que exceso en mis gastos hay aquí una defectuosa administración de mis rentas. Ahora bien: como tu secretario Herenio, con su habilidad y agudo entendimiento puede únicamente darnos luz en este caos, te ruego me lo

prestes unos cuantos días, que procuraré no sean muchos, á fin de que vea y estudie este enredado negocio y me proponga el remedio. Te besa y abraza tu hermano *Lucio.*"

En el acto comprendió Aglae que, no obstante ser verdadero lo que su cuñado afirmaba no era él, sino Junia, quien había pensado en Herenio y había sugerido el pensamiento á su esposo. Parecióle un atrevimiento mayor que los anteriores, mas no tuvo osadía para denegar desde luego lo que su cuñado demandaba cuando no podía satisfacerle razonando su negativa. Prefirió tratarlo con el mismo Herenio, y en su virtud, una noche al salir del triclinio, breve, como siempre, esta comida vespertina, le envió á llamar para lo más retirado de sus habitaciones, cerca de su dormitorio.

Era la cámara cuadrada y espaciosa, con una ventana abierta que daba á la azotea y luego al jardín, cuyos árboles y flores se veían. El suelo, cubierto de mosaico tricolor, figuraba toscamente hojas y frutas entrelazadas en ancha faja que rodeaba la estancia á guisa de cenefa. El techo estaba laqueado con gusto y colores vivos. Los muros, pintados al fresco, tenían como asunto escenas de la historia fabulosa. La del costado izquierdo entrando, era el descubrimiento de Aquiles en casa de Deidamia, con muchas figuras, armas y mercadurías que Ulises, de buhonero, mostraba al disfrazado héroe. Deidamia se cubre

avergonzada el rostro con las manos, y el engañado padre la mira con severidad. Aquiles, en medio de espadas, lanzas, escudos y venablos, revela su contento y deseo de abandonar los hábitos mujeriles.

Alumbraba la cuadra un altísimo candelabro de bronce en forma de palmera, de cuyas hojas pendían por medio de cadenas cuatro lámparas del mismo metal con adornos esculpidos de murciélagos, lagartos y aves nocturnas que simulaban beber en ellas.

El aceite que ardía en las lámparas estaba impregnado con una mezcla de esencias cardamomo, aspálato y silfio, que aromatizaban la cámara con su dulce fragancia.

Sobre una mesa, cerca de la ventana, había rollos ó volúmenes de papiro y pergamino con obras griegas y latinas que Aglae, famosa lectora, como su padre, tenía de continuo á su alcance, y en otra una cítara pequeña de concha de tortuga, pues la joven, aunque no se picaba de música, sabía tañer en ella algunas melodías de la Jonia ó producía graciosas vibraciones polifónicas con que acompañaba sus cantares sencillos y dulces, que las esclavas lidias y frigias le habían enseñado.

Sentóse Aglae en su ancha cátedra y señaló otra á Herenio, que permaneció de pie. Estaba vestida con el honesto descuido de la comida, sin más adorno que el ramillete de blancos narcisos

sobre su obscuro pelo y la delgada estola, blandamente ceñida casi bajo de los brazos y no muy subida de cuello por lo caluroso de la noche.

Si en esta sencillez clásica de traje estaba hermosa, bien lo decía la suspensión de Herenio, que estaba como embelesado mirándola.

Sin más preámbulo, dijo ella:

—He recibido una misiva de mi cuñado diciendo que lo enredoso de sus negocios y administración exige ponerlos en orden. Desea conocer el medio y que tú, como inteligente, veas cuál puede ser para ejecutarlo. Añade que sólo te ocupará en esto varios días.

—Entonces iré, si lo mandas.

—Yo no hallo razón de impedirlo.

—Pues saldré mañana mismo, ya que por ahora no tenemos aquí trabajos urgentes.

Mostró Aglae un asomo de contrariedad, y con voz temblorosa y cierto encogimiento y dificultad en la elección de vocablos, añadió:

—Aunque mi cuñado firma la carta no debo ocultarte que yo sé no es él, sino Junia, quien desea tu ida á Roma. La prontitud con que has respondido y la brevedad y acucia que pones en ello me prueban que tú también lo deseas.

—¿Yo, señora? —exclamó Herenio sorprendido—. No tengo más razón para anticipar el viaje que la ya dicha. Cuanto antes vaya más pronto estaré de vuelta.

—Eso estaría muy bien —repuso ella— si yo

no tuviese otros indicios de lo contrario; como tu confusión y rubor el día de las Palilias...

—¿Tú has advertido eso?—interrumpió él con apresuramiento.

—Y mucho más. He sorprendido y desbaratado una cita que mi hermana te daba pocos días después para el jardín. En fin: Junia me ha dejado percibir claramente que tú la amas.

—¿Yo? ¿Yo amar á tu hermana? —prorrumpió el joven alzando los brazos—. Pero si lo que yo entendí y columbré de sus ambiguas palabras de aquel día era que había adivinado un secreto que durante doce años he tenido encerrado en mi pecho y que ya es fuerza declarar aunque pierda la vida. Lo que yo creí, señora, era que su malicia ó su penetración admirable habían sorprendido que á quien amaba era á ti, reina de mi albedrío y vida de mi alma; á ti, por quien suspiro desde que puse los pies en esta casa; á ti, por quien he abandonado patria, familia, riquezas y abandonaría hasta la última gota de sangre. ¿Te acuerdas, señora, del día de la tempestad en el prado? Con sorpresa me preguntaste si temblaba. Temblaba sí, de emoción porque te habías estrechado conmigo y me habías tomado la mano; temblaba de miedo de perder lo que en doce largos años había podido, á costa de esfuerzos heroicos, tener oculto y caer derrocado á tus plantas pidiéndote la muerte por haberme atrevido á amarte.

Habíase ido acercando Herenio desde el comienzo de su discurso á la silla en que Aglae le escuchaba anhelante, con la boca entreabierta por la sorpresa ó la emoción y los ojos húmedos, pero alertos, como bebiendo con ellos las palabras ardientes del gentil epirota. Tan fuerte y misteriosa atracción irradiaba el semblante animado y tierno de la viuda, que Herenio, por un impulso irresistible, se inclinó hacia ella y tomando la hermosa cabeza entre sus manos, comenzó á besar su frente, sus ojos, sus labios, su cuello, con una tenacidad y furia que más parecían ultrajes que caricias.

Recibíalas la dama absorta y enajenada sin oponer la menor resistencia, con los brazos caídos y los ojos cerrados, inmóvil como una estatua. Cansado Herenio de besuquear detúvose un momento á contemplarla y creyéndola desmayada, hizo un gesto de dolor y miró en torno como buscando con qué auxiliarla. Abrió ella los ojos llenos de lágrimas y con el rostro encendido, pero sin decir nada, comenzó á arreglarse el cierre de su estola, que en la borrasca se había entreabierto más de la cuenta.

Espantado Herenio de su audacia y demasía arrodillóse respetuoso y humilde ante la dama y besando la fimbria de su veste, le dijo con voz tierna y vacilante:

—Manda matarme, señora, ó perdóname, porque no ha estado en mi mano el contenerme. Re-

bosaba en el pecho este secreto; puedo ya morir contento porque lo sabes, porque sabes que no he amado á nadie más que á ti en el mundo, ni amaré ya á mujer alguna, sea quien fuere.

Y salió ligero de la estancia encaminándose á la suya. Puede decirse que por primera vez en muchos años durmió tranquilo. Bien sabía él que la consecución de sus amores con Aglae era imposible aunque fuese correspondido; ella era mujer honesta y las leyes romanas prohibían el matrimonio de una patricia con un liberto, ó viceversa; pero no quería pensar en lo futuro, satisfecho con que ella supiese cuánto habría sufrido en tantos años de convivencia sin dejar traslucir nada de su amor.

A la mañana siguiente, alegre y casi feliz, cabalgaba en su negro corcel andaluz que, no menos ufano, dando gallardos corcovos y saltos, salió de la villa galopando por la vía de Roma.

¿Y Aglae? Largo tiempo estuvo en la misma postura en que la dejó Herenio. Al salir el galán brotaron de su pecho los reprimidos sollozos, se le desató el corazón y corrieron, al fin, sueltas lágrimas por sus mejillas; pero, ¡cosa singular!; no era aquel el llanto amargo y corrosivo del dolor, sino el dulce y benéfico rocío que tras ardorosa tarde calma el ansia de la flor mustia y abatida. *Est quaedam flere voluptas.* Lloraba sin sentirlo y sin contracción alguna del rostro; antes bien, una sonrisa divina iluminaba su faz y aque-

llas lágrimas dulces y frescas parecían el rocío de la noche que iba á humedecer y atemperar la rosa de sus labios.

¡Qué palabras tan gratas á su corazón las que acababa de oir! Con el pensamiento las iba deletreando una por una, como quien saborea, al fin, néctares y deliciosos manjares que sólo de fama conociese. Y aquel ardor y efusión de sus caricias... ¿Serían esos los besos con que ella soñaba cuando no le satisfacían ni los de su nodriza ni los que pródiga repartía á sus corderitos y palomos?

Muchas horas pasaron. Una joven esclava entró á renovar el aceite de las lámparas, despavesar la mecha y avivar su lumbre mortecina. Vino luego Clodia, y le dijo:

—Señora, menester será que te acuestes; es muy tarde.

—Vamos—le respondió.

Entraron en el dormitorio. Era pieza también espaciosa, con pavimento liso de mármol blanco. Las paredes estaban pintadas al fresco, como todas, sobre paramento de estuco húmedo y luego pulido por el frote. En uno de los cuadros se veía una joven recostada y dormida representando á Flora, y á su lado Céfiro, que se acerca como dudoso, y con dos dedos de su mano derecha levanta el velo que oculta las formas de la doncella.

En otro estaba también dormido un amorcillo

entre flores, y sentada, cerca de él, otra joven tenía puesto el dedo índice de su diestra sobre el labio. Los demás eran pájaros y flores.

Fué desnudando la liberta á su ama, comenzando por desatar la espesa y larga trenza. Perfumóla con ungüento de narciso, que era menos cansado que otros olores, compuesto de aceite balanino, mirra, vino añejo, cálamo, nardo y muchas flores de narciso; la recogió en una retícula de hilo delgado y anudó sobre la nuca. Soltó la cintura de la estola que cayó á sus pies y en seguida quitó los botones de la túnica interior y la despojó de ella quedando Aglae sin más que la subúcula ó camisa, que en aquella estación era de lino sutil, si en invierno era de lana. Púsole por encima un indusio de la misma tela largo hasta cerca de los tobillos, flojo y con mangas cortas y muy anchas. Descalzóle sus pequeñas sandalias deshaciendo los lazos y nudos de las correas ó amentos. Lavóle los pies con agua rosada y acostóse la joven en el blando lecho.

No era este tálamo el de su boda infeliz, sino linda y alegre cama que su padre le había traído cuando Aglae llegó á la mocedad. Era de las que Marcial llamaba pavoninas, por tener en el anacliterio ó cabecera, pintado un pavón con su cola abierta, circuído de sutiles incrustaciones de concha de tortuga y remates de bronce; pies esculpidos con grifos que parecían sostener con trabajo el lecho; respaldo lateral ó plúteo pin-

tado, con flores y genios y la testera inferior terminada por un ave fénix en actitud azorada ó de levantar el vuelo. La cólcedra ó colchón, así como los cervicales, uno y otros eran de pluma de los anades de Villa Marcia y tejida en ella la rica gausapina de felpa, teñida de púrpura que cubría el lecho.

Mas á pesar de su comodidad y blandura no logró Aglae cerrar los ojos en toda la noche, pensando en lo ocurrido y en la resolución que debería escoger. Ninguna le parecía buena, y en esta batalla de ideas le sorprendieron la aurora y el día claro. Oyendo el gorjeo de los pajarillos no pudo menos de considerar cuán felices eran en su natural sencillez de vida. A ellos no alcanzaba la tiranía de la toga romana y podían elegir libremente sus amores. Cansada de dar vuelcos en su lecho levantóse y se bañó el rostro en agua fresca. A poco, oyendo la voz de Herenio, entreabrió discretamente la ventana y pudo entender que Rutilio, á la vez que le enjaezaba su caballo preguntaba á Herenio:

—¿Iré contigo?

—No, porque me quedaré en Roma. Pero irás todos los días á llevarme noticias de nuestra ama ó las enviarás por algún esclavo. Vigila bien para que no tenga ningún disgusto; ya sabes cuánto nos importan su salud y su contento. Nunca salgo de casa sin el temor de que algo le suceda en mi ausencia. Eres la persona en quien más con-

fío de toda la casa, y espero no defraudarás esta confianza, Rutilio.

Enternecióse Aglae oyendo este discurso, y luego viéndole montar ágilmente y salir airoso y erguido, exclamó:

—¡Qué gentil y hermoso es!

Y volviéndose á una estatuita de bronce que cerca de su cama tenía sobre una columna de madera de abeto pulida, dijo:

—¡Oh, Juno!, ¿por qué no me has hecho nacer esclava?

Y se arrojó llorando en su desbaratado lecho.





VIII

EL ENEMIGO

Apenas llegó Herenio á la puerta de Lucio Vespilio, salió un esclavo de túnica verde que le ayudó á descender y recogió su montura, llevándola á la gran caballeriza, unida, pero con indepencia de la parte habitable de la casa.

Era la vivienda del mayor de los Vespilios una vasta construcción que ocupaba entera una ínsula ó manzana, como hoy decimos, bien que tuviese á los lados de la puerta varias tiendas alquiladas por el dueño, y estaba situada en la Vía Lata, cerca de los Septa Julia, extenso pórtico de más de cuatrocientos metros é innumerables pilastras de granito, donde se celebraban los comicios por tribus.

La casa, en lo exterior, no ofrecía cosa que admirase. El vestíbulo estaba reducido á dos columnas jónicas de piedra de Fidenas que, descansando sobre tres gradas sustentaban un liso en-

tablamento y circuían la puerta de ingreso, de madera de encina con refuerzos de bronce y doble hoja que giraba sobre quicios de hierro. Tenía por llamador una armella engarzada en una cabeza de Medusa.

Subió Herenio las tres gradas y entró en el prótiro, solado de mosaico blanco en que, con letras negras, se leía la palabra *Salve*, de buen agüero. A los lados estaban las casetas del perro, atado con cadena, también figurado en la pared como aviso, y del portero ó yánitor que hacía además de ostiario ó encargado de abrir la segunda puerta. La transpuso Herenio y se halló en el atrio de la casa, espacio cuadrado á cielo abierto cercado por ocho esbeltas columnas de estilo corintio, y de ahí el nombre de corintios común á esta clase de atrios. Estas columnas sostenían un tejado ó compluvio inclinado al centro del atrio que dejaba correr el agua llovediza y saliendo por cuatro gárgolas de cabeza de león iba, por canales subterráneos, á parar al impluvio. El borde del tejado se disimulaba con antefijas en forma de palmitos, de barro cocido, pintadas de varios colores.

El impluvio, especie de alberquilla rectangular, tenía en el medio un saltadorcito de bronce en forma de tritón y en el ángulo izquierdo entrando, un puteal con carrillo, por el que sacaban agua para las necesidades de la casa. Cerca del impluvio estaba el cartíbulo, mesa alargada de mármol sos-

tenida por dos pies, cada uno formado por otros dos apareados que terminaban en garras de grifo. Ciertos días solemnes era el cartíbulo como aparador ó repostero en que se mostraban los vasos de gran tamaño, jarros, fuentes y otras piezas de plata labrada que formaban el tesoro de la familia.

Entre las columnas y las paredes de la casa había un ándito ó cavedio espacioso y á su alrededor las puertas que daban á las habitaciones interiores, veladas por cortinas que pendían de los dinteles por medio de barras de hierro y anillas corredizas.

En el suelo, cubierto de losas de mármol, alternando en colores diversos las circulares ó discos, con otras en forma de rombos y polígonos, había bancos de madera con pies de bronce simulando garras. Hasta la altura del pecho estaban las paredes revestidas de placas marmóreas; pero de allí arriba pintadas al temple, sobre el fondo blanco sin más colores que el rojo y el negro. Los asuntos de estas pinturas eran carreras de bigas y cuadrigas; luchas de esclavos y gladiadores; un Apolo guiando el carro del día, y otros semejantes que indicaban harto los gustos del dueño de la casa. El techo, con grandes casetones formados por los maderos cruzados, estaba también pintado, pero al encausto con grecas, meandros y guirnaldas.

En dípticos puestos en torno del atrio veíanse las *imágines* ó sea los rostros de los antepasados

de Lucio, moldeados en cera y ennegrecidos por el humo de las antorchas.

A manera de edículo socavado en un rincón del atrio, estaba el larario, nicho obscuro con revestimiento de estuco polícromo. Del techo pendían lucérnulas y en el altarillo, á más de los dos hombres con el sítulo y el ritón, había estatuitas de otros dioses como Ceres, Venus, Júpiter y Apolo.

Frente á la puerta de entrada, de pie sobre un pedestal cuadrado, alzábase orgullosa la estatua de Lucio, con amplia toga recogida y descansando el brazo diestro sobre los pliegues del pecho. Y en el fondo una de Vespasiano, protector de la familia, con el paludamento y arreos de general: ambas eran de mármol.

Dejando á un lado el tablino pasó Herenio por una de las fauces á la segunda parte de la casa, cuyo centro ocupaba el peristilo cuadrado semejante al de Villa Marcia, pero más reducido, pues sólo tenía diez y seis columnas y menos poblado de arbustos y flores. No por eso carecía de belleza y frescura, porque en los intercolumnios había á trechos plúteos, ó sea muros de poca altura recubiertos de mármol y huecos, para tener en ellos tierra y flores, como las actuales macetas. Los plúteos estaban recortados sin tocar en las columnas para dejar el paso al interior del jardín ó jisto, como le llamaban, en cuyo centro había también una alberca de agua de las fuentes pú-

blicas que por canales de plomo llegaba al peristilo.

Su cavedio era más estrecho que el del atrio y por tanto mayor la cantidad de luz que recibían las habitaciones. Las columnas, del propio estilo corintio, tenían adosados hermes y estatuas sobre pedestales altos y alargados. Los muros del peristilo lucían al fresco perspectivas campestres y boscajes, de modo que semejaban una prolongación del jisto, y el techo, en forma laquearia, tenía pintados sus cajetones en matices brillantes y claros. De baldosas de mármol á dos colores formando jaqueles era el pavimento, y en diversos lugares había taburetes de madera para descansar.

Salió una esclava con túnica de escarlata, pies desnudos y pelo corto y dijo á Herenio que su ama le recibiría en el tocador.

Es de advertir que en aras de la paz y por su mutua independencia Lucio y su esposa habíanse repartido la vivienda, reservándose el varón toda la planta baja y la mujer el piso alto, dónde tenía aposentos para las dos estaciones extremas, dejando á un lado el eco, la exedra y el triclinio, que eran comunes, y el baño, que cada cual tenía el suyo.

Subió Herenio, guiado por la esclava, una empinada escalera de madera excepto los primeros peldaños, que eran de mármol, y luego de atravesar angostos corredores se halló dentro de una habitación bastante capaz alumbrada por dos pe-

queñas ventanas cubiertas por celosías ralas, pero no lo bastante para que los vecinos pudiesen saber lo que en esta cámara pasaba.

El suelo era de mosaico fino representando en el centro dos gallos peleándose y en la bordura tupidas guirnaldas de flores, frutas y carátulas de tragedia. Al pie de las paredes, pintadas al fresco sobre estuco, corría un friso rojo obscuro. Encima estaban los lienzos partidos en muchos entrepaños estrechos por simuladas columnas, y en cada uno de los recuadros sobre fondo claro, figuras aisladas de bacantes, bailarinas, tocadoras de flauta, que parecían estar en el aire y todas con anchos velos flotantes sobre sus cabezas. Por una puerta interior se divisaba otra pieza con armarios grandes de maderas pulidas en que, prensados bajo tablas saturadas de aroma, yacían los vestidos plegados con esmero para que además conservasen su brillo. Era el vestuario de Junia en que varias esclavas trabajaban cortando, cosiendo y aderezando sus ropas.

Volviendo al tocador, veíase sobre mesillas y anaqueles todo el arsenal cosmético de la dama, en cajitas de cedro, plata y marfil, ampollas olearias y tarros de esencias de alabastro y de onix, cuidadosamente cerrados, ungüentarios de vidrio, vasos de cuerno de rinoceronte, nartecios de marfil, y en ellos encerrados los aceites más finos, como el megalio, el sufino, el telino ó de la isla de Telos, el laurino, ó los ungüentos frica-

torios, como el nardino ó foliato, el mirrino, el lirino ó el ungüento real, cifra y compendio de todos, usado por los reyes de Persia y adorado por las reinas de la belleza de Roma. Se formaba con los siguientes *simples*: mirobálano, costo, amomo, cinamomo, cómaro, cardamomo, espiga de nardo, mirra, casia ó canela, estoraque, ládano, opobálsamo, cálamo, junco sirio, malabatro, cípero ó juncia olorosa, aspálato, azafrán de Chipre, miel destilada y vino.

Además de estos perfumes aceitosos, en bujetas de linda hechura había diapasmas ó aromas en polvo fino de flores secas y hierbas odoríficas con que las damas se despolvoreaban el rostro y aun el cuerpo, como hoy hacen las nuestras con los polvos de arroz. Dentífricos de coral y lava mezclados con hojas de rosa quemadas. No tenía más perfumes Nicerote en su tienda cerca del templo de Vertumno.

Y en cuanto á utensilios auxiliares no faltaban peines, crinales y discernidores de marfil, boj y bronce; rascadores en forma de manecilla; delicadas volselas de plata, que arrancaban de raíz el vello rebelde á las unturas del psilotro ó del drópax; pinceles y estiletes para alcoholar los párpados y teñir las cejas, y otros muchos.

Estaba Junia sentada cerca de la ventana rodeada de esclavas que cuidaban de su tocado. Tenía vestida una túnica sin mangas y muy descotada que permitía ver la fascia pectoral con que

las damas romanas metidas en carnes, como Junia, trataban de oprimirlas ó disminuirlas. La parte inferior de su cuerpo envolvía con la cíclada coata, que luego se había de quitar para vestir la estola. En lo que principalmente se afanaban entonces sus criadas era en el peinado. Acababan de enrubiar su pelo, frotándolo y manoseándolo con las espumosas bolas de Matiaco, venidas del fondo de Germania, donde todas las mujeres tienen cabellos de oro. Habíanlo ya impregnado, para afirmar el color sin que el pelo perdiese su brillo sedoso, con el aceite ciperino, traído de Sidón, en el que entraban muchos de los aromas conocidos: cípero, que era la base, cardamomo, aspálato, ligustro, asaro, mirra, abrótano y gálvano de Siria. Las manos ágiles de su esclava Doripa trataban de dar firmeza definitiva al laborioso tútulo, peinado artístico en que las trenzas rizadas con el calamistro y mezcladas con bandas de púrpura, iban elevándose sobre el cráneo, por lo que Juvenal decía que las cabezas de las mujeres tenían pisos como las casas. La pobre Sérvula, rígida como una figura de piedra, tenía ante su ama el espejo de plata y cobre coronario de Chipre y colgando de él la esponja henchida de polvo menudísimo de piedra pómez, con la que de cuando en cuando lo limpiaba y bruñía.

Terminada esta faena sin contratiempos, pellizcos, araños ni estilazos, porque Junia, aunque orgullosa y violenta, no era cruel con sus escla-

vas, ciñéronle por la frente el nimbo bordado de oro, pues una de las pocas faltas que en su belleza tenía la dama era no poseer una *frons mínima* como era *moda* en Roma.

Entonces fué cuando se presentó Herenio. Recibióle con graciosa sonrisa, quitándose de la boca una pastilla de hoja de malabatro de Siria, que daban bonísimo anélito; hízole sentar en un taburete cerca de sí y después de preguntarle tibiamente por su hermana, le dijo:

—Ya comprenderás, Herenio, que la idea de tu venida es mía y no de Lucio, que no piensa más que en sus caballos y vería su ruina total sin acudir con el remedio. Tú lo hallarás, ¿verdad?

—Haré todo lo que sepa. Y si me das tu licencia empezaré desde luego á recibir órdenes de mi señor.

—No está en casa. Dentro de cuatro días son las grandes carreras del Circo Máximo y no sueña ni vive para otra cosa. No sería difícil que le hallases ahora en la vía Flaminia, guiando él mismo su carro, ó dentro de una hora en las tabernas de la Subura, codeándose con la hez y sentina de la república: aurigas, gladiadores, marineros del Tíber, ladrones, enterradores y borrachos, oyéndose llamar de rey y señor por el sucio dueño del inmundo figón, jurando y bebiendo en la copa del siervo fugitivo el vino que le sirve la esclava Ciane, descalza de pie y pierna; pero no te haría

caso. Tampoco podrás verle á la hora del prandio, pues casi nunca lo hace en casa, sino en la de Rútila ó Medulina, cortesanas atenienses más en boga que saben dulces canciones egipcias, tañer la lira y la cítara con cada mano y la nabla con ambas, danzar como las mozas gaditanas y jugar dados, ajedrez y damas, y hasta departen sobre ejercicios militares, filosofía y política: allí almuerza con otros caballeros de su clase. Pero le verás á la cena.

A esta sazón entraron dos galancetes llenos de perfumes y anillos (que también en Roma había esta clase de pisaverdes), ordinarios asistentes al tocado de Junia, acercándose á ella con *salves* y *saludes* enfáticas y encomiásticas ponderaciones de su belleza. Juraban por los ojos de ella, por el fuego de su mirada y por Venus, que nunca les había parecido tan hermosa.

Pero ella, apelando á su vez á sus Junos protectores, porfiaba, con esguinces y arrumacos de su rostro, en que pocas veces se había sentido más desazonada y sin gusto.

Quizá por eso, aunque ninguna falta le hacía, se había untado la cara con el afeite ovidiano compuesto de hinojo, mirra, rosas secas, incienso macho y amoníaco, disueltos en zumo de cebada; y se había alcoholado las cejas con humo muy sutil y azafrán cilicio.

Quiso levantarse Herenio al entrar los mozalbetes, pero Junia le dijo:

—Permanece, Herenio. Estos caballeros son muy de nuestra casa.

Miráronle entonces ellos, y uno preguntó:

—¿Quién es este joven servidor?

—Es secretario de mi hermana Marcia y lo fue también de mi padre.

Hízoles Herenio un breve saludo con la mano derecha, á que ellos no se dignaron contestar. Picada Junia por su desatención, añadió:

—Sirve sólo por su gusto. Ahí donde le veis tiene en sus bosques y campos del Epiro más número de caballos que vosotros dos juntos en cabezas de ovejas y carneros.

—Ayer estuvimos en casa de Claudia Corvina—dijo uno, desentendiéndose de lo que oía—. La pobre tiene que acudir á los más enérgicos remedios de Cosmén para repararse contra los insultos de los años. Casi nada de lo que lleva es suyo: ni pelo, ni dientes, ni color, ni aun carnes, pues las equilibra con blandas almohadillas. Sin embargo, sigue cada día más infatuada con su pretérita belleza.

—Se la tolera por su clase y riquezas —añadió el otro—; que su belleza, á lo que pienso, debió de haber sido como el ave fénix, pura fama. Yo siempre la he conocido igual. Flaca como un filósofo cínico y pálida como una máscara de tragedia; balbucea como un tartamudo y anda como las aldeanas de la Umbría, abriendo desmesuradamente las piernas.

—Habéis olvidado lo mejor—añadió Junia—. Tiene que untarse con lomento de habas cada vez que en pleno día entra en los baños de Estéfano.

Soltaron los jóvenes la carcajada al oir el estilazo con que la Vespilia puso fin y corona á las burlas pungentes sobre la bien carmenada señora Corvina que, por lo que se supo, era gran contradictora de la lindeza de la otra.

Trajo una esclava la maluvia en que la dama se lavó manos y brazos; aderezáronle brevemente las uñas y comenzó á vestirse. Calzáronle unas crépidas de dos ligeras suelas sin machacar, teñidas de rojo y con su lígula bordada encima del pie para que los amentos del calzado no la molestasen. Pusiéronle sobre la túnica la estola teñida de azul claro con ancha y rozagante instita bordada de oro; en las orejas, arracadas en forma de mariposas con rubíes en las alas; lindas manillas formadas de soles unidos por bolitas y anillos á cada lado, y un collar de pámpanos del que, en medio pendía una gruesa esmeralda. Echáronle sobre los hombros la blanca pala que plegaron con mimoso estudio y recogieron hasta la rodilla, porque no ocultase la instita; cubrieron ó intentaron cubrir su cabeza y hombros con uno de aquellos sutiles velos que los poetas llamaban nubes de tela ó viento tejido, y quedó la dama hecha exacto modelo de una hermosa y olímpica Juno. Tomó una bola de ámbar que había de llevar en

las manos para refrigerarlas y perfumarlas, y dijo á sus amigos:

—Voy al templo de Isis, en que hay concierto de sistros en honor de la diosa. Como está cerca os permito acompañarme. Ven tú también, Herenio.

—Iremos hasta la hora de foro —dijeron ellos.

Bajaron todos. A la puerta esperaba la litera de Junia. Era descubierta por estar recogidas las plágulas y sólo de cuatro lecticarios; pero en vez de ser conducida apoyados directamente sobre los hombros los palos de la litera, que así iba muy alta, la llevaban suspendida de dos correas que se unían y ataban á un travesaño que, más alto ó más bajo, graduaban los conductores, y era el que apoyaban en sus hombros. Así podía ir la dama cómodamente hablando á los que fuesen á su lado, como Junia que, sin cuidarse de los dos caballeros, hizo que Herenio se acercase y con él platicó todo el camino. Terminado el concierto fué todavía Junia al templo de la Buena Diosa, que estaba no poco lejos, en el Aventino; y por esta razón y por la de que en él no entraban hombres, se despidieron los galanes y Herenio se volvió á la casa.

Sentía impaciencia de salir con brevedad del empeño en que le había puesto Aglae; así es que se avistó con el viejo mayordomo de Lucio, y pasaron al tablino, espaciosa habitación en medio de la casa, entre el atrio y el peristilo. Como no

tenía más luz que la que podía recibir de estos dos patios, era casi abierto por delante, velado por cortinas que se descogían al entrar y daba salida al peristilo por medio de anchas puertas de corredera. El suelo era de mármol blanco, y en los muros parecíanse los armarios que encerraban el archivo de la casa. A veces, como en la de Lucio, el tablino servía también de biblioteca, en que se guardaban los escasos volúmenes y libros propiamente tales que poseía su dueño.

A poco que habló con el mayordomo, pudo Herenio hacerse cargo de cómo andaba la hacienda del cuñado de Aglae. Indicóle el anciano las pérdidas que su amo sufría en las apuestas del Circo y sostenimiento de carros y caballos, que el año anterior habían llegado á trescientos mil sextercios; el mucho dispendio de la casa, y eso que para los demás era Lucio harto escaso y tal vez avaro; la profusión y locos gastos de su mujer, á quien no alcanzaban sus rentas á soportarlos. Manifestóle que de orden de Vespilio irían llegando todos los encargados y mayordomos de sus tierras y heredades, añadiéndole de paso que su gestión no era muy satisfactoria, porque él, como viejo, no podía enmendarlo. Que había ya pedido su reemplazo por otro más joven, pero en vano, porque Lucio no atendía más que á sus vicios y placeres. Franqueóle los pergaminos y cuentas de la casa desde muy antiguo, que fué la mina principal que para enterarse explotó Herenio, enfrascándose en su

lectura mientras llegaban los apoderados forasteros.

Leyendo se hallaba cuando Junia, entrando, le dijo:

—Herenio, vamos á tomar el prandio.

Almorzaron solos, porque en casa de Lucio no existían las familiares costumbres que en Villa Marcia, y los criados, por importantes que fuesen, no comían nunca con los amos.

Estuvo alegre, gárrula, acariciadora y felina. Díjole mil blanduras y regalos. Rióse de la mejor gana de los dos mozalbetes del tocador, diciendo que eran sus enamorados; pero que á ella no le agradaban tales alfeñiques; que su corazón sería sólo del que fuese digno de él. Añadió que los suponían amantes de la madura Corvina, no por ella, mas por sus denarios, y que por eso conocerían tan bien sus interioridades. Para su marido no tuvo más que burlas implacables y sarcásticas, concluyendo que no era más que un cochero brutal, oliendo á vino y á caballeriza. Contóle cómo había nacido y crecido su total separación de voluntades; el convenio que tenían de ir cada cual por su lado, sin estorbarse ni celarse. Ella, sin embargo, añadió hipócritamente, había guardado el decoro á su nombre, mientras que él le daba en rostro con sus mancebas, y las traía á casa, como Herenio lo vería aquella noche: bien que eso le servía á ella más de placer que de disgusto. Que no se divorciaban: él, porque se aprovechaba de

los bienes de ella, y ella, porque no veía en Roma á quien dar su honesta mano; tan corrompidos y viles eran todos los patricios y caballeros.

Herenio se mantuvo entre aquel diluvio de zalemas y roncerías atento, pero grave, fingiendo no entender alusión ninguna que á él pudiese referirse. Enderezaba su plática á lo que allí le había traído y acabó por levantarse de la mesa, sin orden de Junia, pretextando la necesidad de adquirir antecedentes antes de lidiar con los rusticanos, y se encerró en su tablino.

Fué también ella quien, á más de media tarde, fué á sacarle de su encierro. Constante en aliñarle sus gustos, díjole que si quería bañarse en casa bien podía hacerlo; pero que le aconsejaba fuese á los baños públicos, donde hallaría más distracción y contento. Que también ella lo hacía, porque en ellos se topaba amigas y temas chistosos de murmuración sabrosa; y que su marido años hacía que no se bañaba en casa.

Discutieron algo sobre cuáles de los infinitos baños ó termas, como ya se les llamaba, preferir y optaron por las de Agripa, en que había separadamente baños de hombres y mujeres.

—Iremos á pie —agregó Junia—, pues están á un paso y luego daremos unas vueltas en los pórticos, sitio de pública y numerosa concurrencia.

Estaba ya la dama vestida con su pala y su velo, más tupido que el de la mañana, y una esclava le aguardaba en el atrio. Púsose la toga Herenio, y

acompañados de un esclavo que llevaba las redomas de los ungüentos, el estrígilo y demás necesario, salieron. Cada uno por su puerta hizo luego su ingreso en la terma.

Herenio pasó á prisa, dejando á un lado el bautisterio, estanque al descubierto y muy extenso en que se tomaba en común el baño frío, especialmente los jugadores de la palestra, el trígono, el harpasto y los púgiles, y llegó al reducido apodíptero ó espoliatorio donde se desnudó y entregó su ropa al capsario encargado de guardarla, quien la puso en uno de los plúteos cavados en las paredes.

Entró al frigidario, sala espaciosa, decorada con pinturas y estatuas en nichos y alumbrada por el techo; y descendiendo por anchas gradas á una alberca circular sumergióse en ella unos minutos, pero no tardó en salir con paso vivo y tiritando para el tepidario, á fin de provocar la reacción, aumentada al entrar luego en el caldario ó sudatorio. Todo en esta pieza producía calor. Del agua del depósito central se levantaba espeso vapor que subía al techo, dispuesto en figura de cono, y cuando era conveniente se le daba salida por una válvula que por su forma redondeada recibía el nombre de clípeo. Las paredes emanaban también fuerte calor que recibían por tubos interiores de barro cocido. El sudor copioso de Herenio se le hizo pronto intolerable y no pudo menos de reir cuando el bañero le preguntó si quería

ir á otro sitio más caliente y sin agua, que se llamaba el lacónico.

Volvióse á toda prisa al tepidario, donde sus pulmones y corazón se reposaron. Prestóse á que los balneatores le rascasen suavemente con el estrígilo y aceite aromático, provocando en su piel una deliciosa transpiración á que puso término el esclavo limpiándole con cuidado y envolviéndole en la fina gausapa de felpa de lana. Renunció á que los alípilos le despojasen del vello, por creerlo afeminado, así como á los manoseos y untamientos del eleotesio y volvió al apodíptero á vestirse.

Salió fresco y ágil y aún tuvo que esperar á que la mujer de Lucio terminase, porque esta refinada voluptuosa no perdonaba deleite alguno de los que el baño ofrecía.

No se había puesto el sol, y determinaron ir al pórtico de Pompeyo, allí cercano, unido á la escena del teatro del mismo nombre. Era un vasto rectángulo de más de 160 metros de largo por dos terceras partes de ancho, dividido en varios paseos, limitados por columnatas de granito rosáceo, sombreados de plátanos y embellecido con estatuas de animales gigantescos y fuentes saltadoras. Constituía este pórtico, no sólo paseo cubierto, sino cerrado, con paredes al exterior, que en su paramento ó superficie interna ostentaba famosas pinturas de artistas griegos. Cerca de la pared había cómodos bancos para descansar y

del entablamento pendían velos ó cortinas de lana bordados, que resguardaban á los paseantes del ardor del sol y mitigaban con dulzura la intensidad de sus luces. Esta inmensa galería que no tenía menos de trescientas columnas, estaba medianera de otra, igualmente bella, de un centenar de ellas, por lo que llevaba el nombre griego de hecatonstilo.

Todavía cuando llegaron nuestros paseantes estaba rebosante de gente el pórtico. Muchas personas conocían á Junia Vespilia y sonreían de verla cortejada por tan galán mancebo como el epirota, y algunos caballeros y amigas se le acercaron más por curiosidad de quien él fuese que por otro al. Cuando ya la luz escaseaba comenzó á retirarse la gente y con ella Junia y su acompañante, que llegaron á casa á la vez que el noble dueño de ella, á quien corrió á saludar Herenio.

Subió la dama á cambiar de traje para la comida y Herenio pasó al eco ó sala en que ya se hallaban aguardando los convidados. Era una pieza con suelo de mosaico de colores imitando la persecución de una enorme liebre por tres perros de la Galia, ó sea galgos, que sin duda por efecto de perspectiva parecían más pequeños que ella. Los muros ornados con pinturas de asuntos campestres, siegas y vendimias, y el techo decorado de azul con estrellitas doradas en los cajetones. Alrededor había bancos y sillas, que en España se llamaron muchos siglos después, de caderas.

Vino á poco el triclinarca, cabeza de los esclavos que servían á la mesa ó maestresala á advertirles que ya Lucio estaba en el triclinio, y á él les fué guiando.

Pasaron por delante y Herenio se detuvo á la puerta de la exedra, que no había visto: vasto salón de elevado techo destinado á las solemnidades y recepciones magníficas, con su pavimento baldosado de grandes cuadros de mármol blanco y sanguino alternados y paredes que daban la ilusión de un foro ó plaza por estar pintados con temas arquitectónicos: arcos, palacios, templos, estatuas y obeliscos. A uno y otro extremo había apartamientos semicirculares con bancos en torno para conferencias secretas y en todos lados cátedras con escabeles, taburetes y mesas de preciosas maderas. Adornábanle también bellas esculturas, como una de Tito, de pie vestido á lo soldado, con ancho cinturón de rayos, espada terciada, coturno bordado hasta la pantorrilla y pénula al hombro sujeta á la derecha con un camafeo. Enfrente, sobre un pedestal formado por un trozo de columna estriada y ornada con ramos de vid, un busto de la hermosa Julia, hija de Tito, con imperial diadema sobre la frente. Recuerdo de gratitud á la familia de los Flavios, á quienes tanto había debido la Vespilia.

Llegaron al triclino, que era espacioso, rectangular y alumbrado en el fondo por dos ventanas, entonces cerradas por ser ya de noche. Del

techo pendía una lámpara polimixa ó con diversos mecheros y alimentada con aceite oloroso. El suelo era de mosaico, y, por extraño mal gusto, imitaba los despojos y desechos de una comida como si realmente se hubieran caído de la mesa.

Las pinturas de las paredes laterales eran una de Meleagro y Atalanta. Sentado el primero en el suelo, apoyado sobre el codo y teniendo á un lado dos perros de caza y su lanza al otro contempla á la virgen Atalanta de pie y con la planta sobre el muerto jabalí de Calidonia. Dos cazadores algo separados y descansando sobre sus venablos miran el grupo, y á un extremo se divisa una columna con la estatua de Diana. Enfrente de esta pintura había otra con una bacante cubierta apenas con un ligero velo flotando sobre su cabeza y el pelo destrenzado, á la grupa de un centauro galopando, al que golpea con su tirso. En el fondo, entre las dos ventanas, figuras de funámbulos disfrazados de sátiros ejecutaban en la tirante maroma saltos y actitudes extrañas, vertiendo á la vez unos en las copas de otros vino á chorros; y en los rincones, en pinturas de reducidas dimensiones, peces, frutas y caza en cestillas, platos y vidrios de beber, dos gacelas en reposo y un ánade corriendo asustado con las alas abiertas. En el medio y cerca del fondo de la sala estaba la mesa ancha y redonda, de limonero del Atlas, de las llamadas panterinas por los extraños visos, manchas y nudos de la preciosa ma-

dera, antes carísimas, pero que el afán de lujo de los romanos había hecho más asequibles. Descansaba sobre tres pies figurando sirenas con pechos y colas de bronce, y cerca de ella, más hacia la puerta, otras mesillas (trípodes y monopodias) ábacos y aparadores para la vajilla, jarros, copas y otros utensilios.

Unidos á los muros de la sala y rodeando la mesa estaban los verdaderos triclinios, estibadios ó lechos; todos de forma encorvada, á la altura de la mesa; de bastante fondo para que una persona pudiese extenderse hacia la pared y bastante largos para que en cada uno pudiesen acostarse tres personas paralelamente y con el pecho frente á la mesa. Eran de maderas finas con incrustaciones y remates de plata y bronce, sobre todo en las cabeceras; tenían pies de adorno que durante la comida quedaban ocultos por cubrir el lecho, á modo de colgadura, el blanco toral que llegaba al suelo.

Encima se extendía el grueso pulvinar ó colchón de pluma ó lana y sueltos había además cubitales de plumón de cisne de Amiclea para el codo, mientras se comía. Alrededor del triclinio, á la altura de las cabezas de los comensales, extendíase la plágula larga, faja ó cortina recogida á trechos con nudos artísticos y flores para evitar el contacto inmediato con las paredes.

Cuando entraron los convidados estaba ya Lucio sentado en el lugar preferente: la cabecera

izquierda del estibadio central. Díjoles que se acomodasen, pues su mujer aun tardaría en bajar. El triclinarca fué indicando su puesto á cada cual: la cabecera del estibadio primero de la izquierda á Fulvia, mujer de un caballero llamado Licinio Pansa, arruinado en el juego, muy amigo y protegido de Lucio Vespilio. El triclinarca le colocó al lado de éste en el mismo estibadio.

Como Vespilio andaba aquellos días absorto su pensamiento en las próximas luchas del Circo, no gustaba de tener mucha gente á su mesa. Por eso no invitó á nadie más que los dichos, al auriga que había de guiar su carro y á un parásito, eterno voceador de las virtudes y excelencias de Lucio. El auriga era para éste el personaje principal y así deseaba traerle contento y le mimaba de todas maneras. Acostóse en la cabecera del primer triclinio de la derecha al lado de Pansa y al otro extremo del mismo se colocó el cliente parásito. Herenio ocupó la cabecera del segundo lecho de la izquierda sin compañía alguna.

Antes de acostarse, una esclava quitó el velo y la estola á Fulvia y la revistió la síntesis, túnica delgada de color violado, suelta y con amplias mangas que no bajaban del codo. Casi al mismo tiempo otra esclava le descalzó las sandalias, lavó ligeramente y perfumó con esencia de rosas los pies, y entonces se vió que sobre el tobillo traía la dama ajorcas de oro con piedras sardónicas y amatistas. Otra esclava le presentó la maluvia con

agua perfumada para las manos, que le secó con fina tohalla de xilón egipcio. Venía ricamente ornada con inaures de perlas piriformes, collar de bayas y cabezas de Medusa alternadas, brazaletes y manillas figurando el cuerno de la Abundancia y sortijas en los dos últimos dedos de cada mano. Era joven y hermosa, aunque no tanto como Junia; cenceña y pálida, pero de ojos lucientes, expresivos, grandes y de color azul muy obscuro. Las facciones correctas y dulces y se teñía de rubio y encrespaba el cabello.

Saludóla con mucho afecto el dueño de la casa y prosiguió hablando con ella en tanto que los esclavos ponían la veste cenatoria, descalzaban y lavaban manos y pies á los hombres, ungiéndolos antes de tender sobre cada uno de ellos el peristroma ó manta de fina lana teñida y con recamos en los bordes.

Presentóse luego resplandeciente de vanidad y belleza Junia, recibiéndola con *salves* y calificativos hiperbólicos los hombres. Traía ya puesta la síntesis de color azul celeste, que parecía desprenderse de sus hombros y sin ceñidor ninguno caía hasta los pies. Acostóse en el triclinio de Fulvia y á su lado dejando vacío el tercer puesto que tocaba con el de Herenio. Descalzáronle sus esclavas los preciosos socos de seda bordada que traía puestos; laváronle y ungiéronle los pies; hizo también sus maniluvios con agua saturada de

esencias y abrazó y besó con expresivo gesto á su compañera de lecho.

Venía adornada con sus más preciosas joyas. Filete de oro ceñía y sujetaba la mistela en que había encerrado su cabello para que no se desordenase en el triclinio; pendientes de las orejas artificiosas arracadas representando genios alados; en la garganta un ancho monil con estrellitas y perlas separadas por lágrimas ó gotas de oro. Oprimía su desnudo brazo un rico dextral de seis vueltas en forma de serpientes entrelazadas con los ojos de rubíes, y en las muñecas pulseras con esmeraldas talladas en hexágonos. No hay que añadir que en sus dedos brillaban lindas sortijas. Cubriéndolas á ella y á su compañera extendió la esclava el peristroma de púrpura.

A uno y otro lado de las damas arrodilláronse dos esclavas libias con sendos flabelos de plumas de pavón que agitaban para refrescarles el aire.

Ceñidas ya al cuello y anudadas las cumplidas mapas ó servilletas, á una castañeta con los dedos del anfitrión aparecieron los criados trayendo en argénteo repositorio ó armario portátil lo que había de constituir la promulsión, ó sea el primer servicio de la cena.

Fueron colocando delante de cada cual sus platos y sirviéndoles lechugas, coles en vinagre, aceitunas, setas, hígado de mustelo en escabeche, intestinos de escaro del mar Jónico curados y ahogados en garo, anchoas saladas del mar de

Britania y huevos cocidos en salmuera: todo ello como aperitivo.

A la vez esclavillos imberbes, vestidos con túnicas de escarlata que no llegaban á sus rodillas y con el pelo hasta los hombros, unos con lacernas de agua casi helada y otros con cálatos de buen tamaño iban distribuyendo el mulso ó sea vino endulzado con miel, bebida ligera que predisponía á otras de más poder.

Vino luego el férculo, servicio principal de carnes, aves y pescados, y sucesivamente fueron pasando por la mesa: vientre y ubres de cerda impregnados en su propia manteca, salmonetes que habían llegado vivos en agua salada desde las rocas de Taurominia en Sicilia, liebres guisadas al modo paseniano, oropéndolas rellenas, aves comedoras de uvas con que engordan, murena pescada en el remolino de Caribdis y aderezada con salmuera extraída del atún de Anfípolis.

Al llegar aquí habían los comensales bebido vino de Alba y de Setia; pero ante la murena exclamó Lucio Vespilio:

—¡El falerno!

Aparecieron dos esclavos trayendo al hombro, colgada de dos garrotes metidos por las asas, un ánfora recubierta de tierra y humedad.

—Falerno de ochenta años, cosechado el mismo en que nació mi abuelo. Ahora verás, joven epirota —añadió hacia Herenio—, si estaba en lo cierto prefiriendo este néctar á vuestro agrio no-

mentano. Pero cuida de añadirle dos tercios de agua, si no te sería imposible beberlo.

Destaparon el ánfora, que derramó por la sala un suavísimo perfume, y los efebos de las melenas comenzaron á distribuirlo, después de haberlo mezclado con agua fría en anchos vasos de Sorrento, que le conservaban todo su perfume.

—De antemano —dijo Herenio— te doy la razón, y siento que hayas decentado un ánfora sólo para convencerme.

—Mil hay enterradas bajo nuestros pies, traídas de distintos lugares de Italia, España y Grecia, esperando quien las agote para renovarlas. Bebe á tu placer.

Los esclavillos trajeron sendas coronas de hiedra, con narcisos y hojas de nardo entretejidos que fueron ciñendo á todos los convidados, hombres y mujeres, á la vez que otros hacían aspersiones con infusión olorosa de verbena y azafrán de Cilicia.

Desde los comienzos del banquete, Junia, que tenía que guardar silencio á causa de los continuos y prolongados apartes que Fulvia hacía con su esposo, acabó por tomar su acerico cubital y volverse al lado en que Herenio miraba también sin hablar la escena.

—Ya ves —le dijo en tono bajo— cómo tenía yo razón. Todo ese lujo y esas joyas son dádivas de Lucio, pues el pobre Licinio no tiene un as sobrante para comprárselas. Esta mujer es lista y

quizás engañe mucho tiempo á Lucio, si no descubre otros amores que tiene hasta con su propio auriga, que es aquel que está echado al lado del marido de Fulvia.

Continuó la cena, sirviéndoles unos lirones criados en los viveros de la quinta de Vespilio, en el Miseno, redondos como bolas por estar rellenos con un picadillo de sus propias entrañas, carne de puerco, mostaza, almendras, jengibre y salmuera. Después de bien cosido el vientre se habían asado suavemente en el clíbano.

—Observa, joven epirota —exclamó Lucio—, la suavidad y gusto de estos lirones y dime si los de vuestras tinajas de Nomento salen tan gordos y apetitosos. Nota igualmente cuánto más refinada preparación les da mi cocinero, siguiendo con estricta nimiedad las reglas de mi amigo Apicio Celio, en el libro que prepara con el título *De opsoniis et condimentis* y será un monumento del arte coquinaria. Vosotros os limitáis á empaparlos rústicamente con miel y zumo de adormideras, como en otro tiempo recomendaba Petronio. ¡Qué rudeza!

Como Lucio no tenía curiosidad en conocer el juicio de Herenio, sin atender siquiera á la inclinación de cabeza que le hizo, siguió hablando con Fulvia. Vino una dorada que se había cebado con ostras del lago Lucrino; unos perdigoncillos asados con menta, ligústico, pasas y vino, y al fin el suculento hígado de ganso, hecho crecer hasta

un desmesurado tamaño á fuerza de industria por los cebadores de estas aves. En los intermedios un esclavo que llevaba un hornillo de plata encendido iba ofreciendo bollos de pan caliente á los que habían concluído los suyos.

Los adolescentes habían puesto repetidas veces las cinceladas copas de plata en manos de los convidados, así es que la conversación era ya continua y alegre como las cabezas de los comensales. Fulvia charlaba y reía á carcajadas con Lucio; el marido de la dama procuraba enterarse con minuciosa puntualidad del cochero sobre el color de los caballos que había de guiar en la cercana lucha, sus probabilidades de triunfo, que él daba por seguro siendo los caballos de Lucio. Junia se divertía por extremo narrándole á Herenio satíricas ó picantes aventuras de sus amigas y amigos romanos. Entre otras le contó la más reciente, como era que una matrona, hija y nieta de cónsules y esposa, aunque divorciada, de dos senadores, llamada Valeria Rubina, había huído á Alejandría de Egipto con un gladiador, abandonando su casa, familia y comodidades, para vivir en la pobreza con un ser que casi no tenía de humano más que la figura.

—Habíamos visto —añadió Junia— á la Emperatriz Domicia Longina descender hasta el histrión Páris, cuya muerte ocasionó por celos de Domiciano. No es muy de alabar la conducta de nuestra actual soberana Plotina, en este punto;

pero el hecho de Valeria es el último ultraje que pudo hacerse á la sangre patricia de las Cornelias y Porcias.

Y Junia celebraba con sus risas estas y otras anécdotas, sin duda por considerarse ella muy encimada sobre las emperatrices y grandes señoras romanas.

El contento reinaba en todos los semblantes. Sólo el parásito yacía silencioso, haciendo de continuo señas á los jovencillos que le diesen de beber, y ellos fingían no entenderlas, riéndose so capa y reprendiéndole, en cambio, que en otra servilleta ó mapa que traía bajo la túnica fuese deslizando lirones, perdigones y trozos del hígado que ya no podía comer por falta de ganas.

Junia y su amiga, con sus trebejos incesantes y cambios de postura habían concluído por arrinconar contra la pared, arrugada y maltrecha, la cobertura de sus pies, que salieron á la vista de todos. Y entonces pudo verse que también Junia llevaba preciosas ajorcas ó pericelios en los tobillos.

El tercer servicio, ó sean los postres, se compuso de frutas, como uvas duracinas; higos de Quios, servidos en sirpículos ó cestillos de junco; dátiles frescos venidos de Egipto; azufaifas de Libia; peras de Segui y de Tarento; manzanas de Piceno, olorosas y dulces, y las melapias de Perusa. Pero lo que más agradó fueron las escriblitas de harina, queso, miel y mostaza, salidas del horno y la gran placenta de avena y mulsa.

Las damas, como más golosas, prefirieron la tiropátina de leche, huevos, miel y vino dulce, cocida á fuego lento en olla cumana. Todas, sin embargo, honraron la sorprendente habilidad del *pistor dulciario* de Lucio Vespilio.

Al empezar este servicio mandó cambiar de bebida, diciendo:

—Traed vino de Lesbos que huele á flores, es grato al paladar y no embriaga.

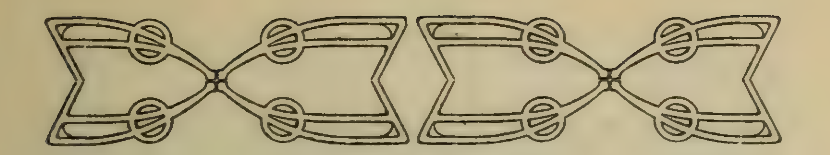
Sirviéronlo en vasos signinos, perfumados con mirra que en algún modo imitaban á los ya entonces ignotos vasos murrinos.

Trajeron los mozalbillos unas coronas mucho mayores que se ciñeron al cuello los comensales para refrigerar sus gargantas. En medio de la confusión que ya reinaba arrojóse la Vespilia á una gran temeridad ó mejor dicho increíble desenvoltura, aunque no tanto como las que atestigua Horacio de los banquetes de su tiempo. Tenía Herenio torcida y medio suelta su corona y se ofreció Junia á reanudársela. Pretextaba el joven ser ya innecesario, pero insistió ella y entonces levantó él dócilmente su cabeza. Acercóse la dama cuanto pudo y mientras con los brazos le ceñía y ocultaba la cabeza, que Herenio tenía á la altura de la suya, aproximóse aún más ella, presentándole los labios para que se los besase. Retiró disimulada y prontamente su rostro el joven, fingiendo no haber comprendido su intención, pero harto

comprendió Junia lo que Herenio pensaba y sentía acerca de ella.

No hubo que traer *mola salsa* para excitar la sed, ni el cráter de cabida de media ánfora, ni elegir rey del banquete, porque al dueño de la casa no le gustaba prolongar estas fiestas más allá de la media noche.

Lucio tenía todos los vicios, pero de tal modo contrapesados y limitándose unos á otros, que á veces parecía hombre razonable. No era de aquellos glotones cuyos dientes no conocían más ocio que el del sueño, ni con salsas irritaba el apetito ya cansado de manjares, porque eso le dejaba inútil para otros excesos. No se embriagaba casi nunca, por saborear los últimos deleites de la orgía; no jugaba hasta el amanecer, porque necesitaba que el sueño le devolviese útil á la mañana y asistir á sus cuotidianas tertulias de cocheros, púgiles y gladiadores; no se irritaba contra nadie, porque su altiva soberbia le movía á despreciar á todos; era pródigo y disipado para sus vicios y escatimaba lo necesario á sus esclavos y servidores; aunque frecuentaba el trato de las cortesanas no era amante de ninguna, porque prefería el amor de las matronas: en suma, no le dominaba ningún vicio en particular, porque era esclavo de todos.



IX

LA VENGANZA

Al día siguiente por la mañana temprano hizo Junia avisar con urgencia á una mujer tesaliota llamada Ságana, á quien, aunque sólo de nombre, conocía de mucho antes. Sin cuidarse de su ordinario y esmerado aliño, recogida su revuelta crencha en la vésica de seda, y sin más vestido que una túnica talar, hallábase á las diez de la mañana en su reducido sacrario esperando impaciente la visita.

Era un cuartito hecho para cubículo ó dormitorio de una de sus esclavas, y Junia, que era muy supersticiosa, lo había convertido en almacén de cuantos ídolos deformes, amuletos, abraxas, higas, escarabajos egipcios y criptografías habían llegado á su noticia. No pocos le habían vendido harto caros, haciéndole creer que procedían de Caldea, Babilonia ó de la India. Tenía además culebras vivas con las que se entregaba á

extrañas experiencias, juzgando, por el modo de enroscarse y desenvolverse y ondular de estos reptiles, el resultado de las acciones que ella ú otras personas ejecutaban. Pero su vanidad nunca se había visto en el caso presente de amar y no ser amada, pues su evidente hermosura había sido el mejor filtro y amuleto para mover la voluntad cuando quiso lograrlo.

Al fin apareció, llevada de una sierva la esperada tesaliense. Era una vieja de más de sesenta años, flaca, pero erguida y vigorosa. Introdújola Junia en el sacrario y le dijo sin más proloquio:

—¿Eres tú, Ságana, la que sabe dar hechizos de bien querer?

—Traigo sin falta los galanes á las plantas de las doncellas, viudas ó casadas; y más si son jóvenes y hermosas como tú, reina del amor, hija de Venus.

—Pues bien, necesito uno, pero que obre con rapidez, en dos días ó menos.

—Dificililllo será, puesto que el galán se ha enfriado...

—Todo lo contrario; nunca tuvo amores conmigo.

—Entonces, ¿cómo sabes que no te podrá querer, ó que no te quiere?

—Por todos los indicios y pruebas indirectas que una mujer puede obtener sin declararse abiertamente. Es manifiesto para mí su corazón esquivo y desamoroso.

—En ese caso todavía podemos obrar con éxito; pero ya sabes que estas cosas son caras y que exigen algunos gastos previos.

—Te daré mil, dos mil sextercios si haces lo que te pido.

—Bien, me darás mil sextercios cuando te traiga el bebedizo y otros mil cuando el desamorado galán caiga á tus pies.

—Corriente.

—Ahora necesito saber cómo se ha de lograr que el joven (porque supongo lo será) trague el anzuelo. ¿Tienes facilidad de verle?

—Vive en esta misma casa.

—¿Come en compañía tuya?

—Sí.

—Bueno; entonces haremos el hechizo duplicado. Dame sólo un par de horas para disponerlo; tengo en mi casa algunos simples é ingredientes, pero necesito proveerme de otros caros en las tabernas de la Subura y en casa de Nicéforo el destilador de ungüentos. ¿Puedes adelantarme un centenar de sextercios?

—Aquí los tienes —contestó Junia, tomando las monedas de una píxide de madera de cedro que allí tenía.

—A la hora séptima después del prandio aquí estaré con las drogas. Tendré que darme prisa, porque los conjuros é imprecaciones también me absorberán tiempo.

Salió conducida por la misma esclava y Junia

se entregó á las suyas para el aderezo de su tocado. Pero no se vistió ni bajó á almorzar con Herenio.

El cual pasó una mala noche. Cada vez le inspiraba mayor repulsión aquella mujer tan viciosa y corrompida de espíritu, aunque no lo fuere de cuerpo, cosa que él, inclinado á pensar bien, no ponía en duda. Mas el continuo cerco y obsesión en que le tenía se le hacían tan insufribles que ya pensaba en alejarse de cualquier manera. Sin ser virtuoso en extremo veía claro que no podía compartir el amor único de Aglae que señoreaba su alma con el de otra mujer, y menos con Junia. Pero tampoco por aquel lado era muy claro y placentero su cuidadoso discurso. Después de lo ocurrido, ¿cómo volvería á Villa Marcia? Bien que la primera entrevista con Aglae fuese ante gente, pero, ¿y después? Esforzábase en vano por adivinar la resolución que su ama tomaría; ni aun sabía la que él mismo tendría que adoptar si ella no le despidiese. Insistir le parecía pasar ya de loco á delincuente; dar por no sucedido lo hecho y continuar como antes lo consideraba superior á sus fuerzas. ¿Por dónde vendría la luz? ¿Quién le abriría camino en la selva inextricable y obscura en que su insensato amor le había encerrado? En tanto, sentía acrecerse su pasión estéril; ardía en deseos de ver el divino semblante de Aglae y temblaba con el solo acuerdo de hallarse en su presencia.

Rendido con esta cruda pelea de su espíritu durmió algunas horas. Madrugó y le dijeron hallarse ya en casa algunos de los intendentes esperados. Encerróse con ellos y comenzó el estudio de este negocio con el ansia de quien desea ponerle rápido término.

A la hora sexta fué al triclinio, sorprendióse cuando le dijeron que Junia no bajaba y se alegró de almorzar solo. Volvió nuevamente al trabajo y antes de la hora del baño pudo despachar los cuatro mayordomos, de los cuales uno era de bienes pertenecientes á Junia.

Salió con propósito de esparcir su ánimo, más que del cansancio del trabajo, del propio batallar de su confuso pensamiento. Conocía bien á Roma, por las muchas veces que había venido con asuntos de sus amos, y se encaminó á la Subura, que empezaba á llenarse de gente, pasada la hora de siesta. Acercóse luego á las termas de Tito, donde tomó su baño, sintiéndose más descansado de cuerpo y de espíritu. Por hallarse cerca fué á pasear al viejo pórtico de Livia, mujer de Augusto, que era el más fresco en verano, y siempre concurrido. Formaba como todos un cuadrilátero cerrado al exterior y en sus paredes internas estaba adornado con excelentes cuadros antiguos, en especial uno de las crueles Danaides, llenando constantemente el tonel sin fondo.

En tanto, en el palacio de Lucio, la vieja Ságana, cumpliendo su promesa, entregó á Junia dos

ampolletas llenas de un líquido viscoso y negruzco, diciéndole:

—Este es el zumo de la hierba cantanance ó uña de milano, preparado ya de antiguo conocido en Tesalia, mi tierra, mas no con la perfección que yo he sabido darle. No puede emplearse con los líquidos, porque, á pesar de otras hierbas y jugos que se le añaden para quitarle su mal gusto siempre se trasluce. Pero ya que puedes administrárselo á tu ingrato en guisados ó cosa sólida no hay peligro ni remoto de que lo descubra por el sabor. Este otro es el extracto de la raíz del piteuma, bien machacada y tamizada con hojas secas de helenio, que Paris no vaciló en utilizar para rendir la voluntad de la esposa de Menelao, y de ahí su nombre. Todos los poderes de la sabia Medea van refundidos y epilogados en este ineluctable elíxir amoroso. Las Parcas y las Euménides han sido aplacadas y contentas de los temerosos conjuros y horrendas imprecaciones que acompañaron al propiciatorio sacrificio que hube de ofrecerles, así como á la infernal Hecate. Lleva ya aromas suficientes, pues aunque no da gusto al líquido con que se junta, deja sí un olorcillo particular que desaparece con el perfume. Basta poca cantidad en cada vez y tampoco hay inconveniente en mezclarlo con el vino que beba el desamorado mancebo. Ahora te indicaré el modo de aplicar estos bebedizos. Las porciones serán por terceras partes. Quizás obren ya desde

el principio, pero es más seguro consumirlos todos. En los días que dure la prueba hablarás con tu galán aparentando indiferencia, pero terminado que sea el licor procura tener con él una conversación á solas y verás cómo se arroja en tus brazos. Los espíritus que ligan y funden los corazones han respondido propicios y acordes con tus deseos; nadie podría resistirte; tienes el mismo encanto que la ciprina diosa, tu madre.

—¿Es verdad lo que dices?

—Absoluta.

—Míralo bien, porque si me engañas te juro por los rayos de Júpiter Tarpeyo que haré te busquen y azoten mis esclavos. Aquí tienes los mil sextercios, te perdono el anticipo.

—Gracias, reina del Olimpo. Dentro de tres días volveré por los otros mil; pero no te olvides, sobre todo, de la conferencia en lugar secreto: es condición indispensable de triunfo.

Aquella misma noche pudo Junia, por intermedio de los esclavos que servían á Herenio, mezclar el primer tercio de los líquidos amatorios.

Mostróse reservada y silenciosa la dama, con gran contentamiento del hijo del Epiro. No tuvieron más convidados que el auriga de Vespilio, personaje grosero y audaz, pero que monopolizó toda la conversación de su amo, quien graciosamente le perdonaba sus insolencias para que estuviese contento y guiase con acierto y voluntad su

cuadriga. Junia salió del triclinio antes de acabarse la cena bajo pretexto de cansancio.

Al otro día llegaron de Campania los administradores que faltaban entre los de Junia y Lucio, que eran cuatro, y dos de Etruria. A todos oyó y despachó Herenio.

Los primeros en la mañana; y mientras esto pasaba, Junia, llena de esperanzas, se fué á sus visitas y á mediodía hizo advertir á Herenio que almorzaría con él. No hubo medio de darle al joven líquido ninguno; pero como á media tarde cansado de hablar, pidiese un vaso de clarea, se le propinó el segundo tercio de la poción amorosa y á la noche la otra, en unas delicadas escríblitas á que Herenio era inclinado, y, en fin, al otro día el resto del filtro erótico.

Al siguiente, dos después de los idus de Septiembre, comenzaban los juegos romanos, con las carreras en el Circo Máximo de cuadrigas y bigas, y desde el amanecer las procesiones y sacrificios. Necesario fué abreviar la cena, levantándose primero de la mesa Lucio con su cochero. Entonces Junia, al pasar junto á Herenio. le entregó un billete de pergamino cerrado, diciéndole hiciese lo que en él se le ordenaba. Era una cita para su gabinete, adonde le conduciría una esclava luego que la casa estuviese en silencio, cohonestada por la necesidad de hablarle del asunto en que Herenio entendía. Tan alegre y confiada estaba en los efectos del hechizo licor que

aguardó muchas horas sin grande impaciencia, y al fin ordenó á su esclava fuese á llamar al joven. Dió éste á la sierva otro billete en que, á más de execrar la felonía de violar la honrada hospitalidad de Lucio, traía Herenio á la memoria de la joven el recuerdo de quién era y de donde venía, la buena memoria de su padre Marco Vespilio y acababa negándose á todo coloquio reservado con ella.

Bramó de cólera y despecho Junia al leer el billete. Viendo ajado su orgullo de mujer hermosa y de patricia, pasó del amor vehemente á un odio tan cruel y furioso que no pudo cerrar los ojos en todo el resto de la noche ni aquietar su corazón, requemado con el deseo de la venganza. Deleitábase gustando el amargo lepor de la saña que invadía su pecho y se regalaba con la fruición que por adelantado sentía al pensar cómo satisfacer su encono. Por la mañanita, al salir para los juegos circenses, no pudo menos de silbar al oído de Herenio:

—¿Sabes, ruin esclavo, lo que has hecho? ¡Por las furias del Averno te juro que me he de vengar con tu sangre!

Bajó tristemente la cabeza Herenio sin responder palabra, y ella se alejó altiva y engallada como de costumbre.

Casi todo aquel día lo pasó el pueblo de Roma en el Circo. No salió en los primeros sorteos el carro de Lucio, que era del partido de los azules

ó venetos, pero sí en la tercera pugna. Al arrancar las seis cuadrigas, pues Domiciano había añadido dos partidos más, el violeta y el amarillo, á los antiguos cuatro á que forzosamente habían de afiliarse los que hubiesen de luchar en las carreras, pudo verse la superioridad y ventaja que la cuadriga de Vespilio hacía á las otras cinco que la suerte le daba por competidoras. Tiraban su carro cuatro arrogantes caballos de Tesalia, de color blanco, que era el de mejor agüero en estas luchas. Hasta el auriga parecía haberse transformado; ya no era aquel personaje insignificante y soez, de color cetrino y aire insolente, del banquete. Grave, erguido, atento, fijos los ojos, que brillaban como chispas, en sus corceles, guiábalos tranquilo, sin gritos ni latigazos y Herenio no pudo menos de admirar la cantidad de energía que atesoraba aquel cuerpo delgado y mediano.

Conocíanle muchos porque había sido vencedor y obtenido la palma simbólica más de veinte veces. Aunque ya pasaba de los treinta y cinco años parecía más joven por la gran flexibilidad de sus movimientos y el aspecto aniñado de su rostro. Siendo esclavo, su primer triunfo le valió la libertad que le dió su amo, y muerto éste quedó como auriga libre, alquilándose á quien mejor le pagaba. A su paso exclamaban las gentes:

—¡Qué cuadriga tan hermosa!

Y otros:

—Es de Lucio Vespilio y su auriga el famoso

Danisco, mesenio, digno de estatuas como Escorpo. Sin duda logrará la palma.

Iban ya corridas tres vueltas sin que Danisco pareciese encenderse en la lucha; frío y sereno cuidaba de mantener su puesto, el tercero en la carrera, viendo cómo los delanteros procuraban destruirse con sus tretas y sobrepujarse excitando con la voz y el látigo á sus caballos. Momentos hubo en que se creyó ver hechos añicos los dos carros enemigos; pero los aurigas sabían tan bien esquivarse y evitar el choque que causaban asombro y maravilla tanto su habilidad innegable como la inteligente docilidad de las pobres bestias. Pero tal pugna no podía menos de favorecer á los que venían en pos de ellos. Al acabar la cuarta vuelta ya todos comprendieron que ni blancos ni rojos vencerían, porque los caballos espumeantes y rendidos del giro tortuoso y violento á que se les había forzado cedían en el galope. Ya Danisco les iba á la zaga y no lejos de él las demás cuadrigas, especialmente una de caballos negros como la noche, andaluces, que guiaba Palestrio, auriga de un español de Córdoba, pariente de los antiguos Sénecas.

Las apuestas habían ido cambiando según los lances de la carrera. Nadie jugaba por los delanteros y las ventajas de la oferta eran casi todas por Danisco. Así causó sorpresa entre los que estaban próximos á una dama ver que aceptaba

cuantas apuestas se hacían yendo ella en contra del mesenio. Hallábase Junia cerca y le dijo:

—¡Por Juno, amiga Fulvia, que me asombra apuestes contra Lucio!... Y menos con su dinero —añadió por lo bajo—. Yo, por ir, como siempre, al revés de su gusto, he apostado por la cuadriga negra.

A la sexta vuelta, Danisco, que se había enardecido un poco, dejó tres pasos atrás á los delanteros y sólo la cuadriga hispana le venía á los alcances, pero nadie creía que en la vuelta restante, y más siendo caballos de corta alzada, lograsen acercarse siquiera á los poderosos tesalianos de Vespilio.

Voceábanse las apuestas y también sorprendió á muchos la precipitación con que un togado de mediana edad aceptaba contra el mesenio las que se ofrecían con grandes ventajas.

Iba á comenzar la séptima y última vuelta. El orden era: Danisco delante, cerca de él por un último esfuerzo de los nobles brutos la cuadriga de los rojos, á veinte pasos los caballos andaluces y cerca de ellos los demás, excepto los del partido blanco que, rendidos del todo, ya no corrían sino por no estorbar el paso á los otros.

En medio de la carrera se vió de pronto que Danisco hacía gestos extremos de rabia y voceaba con desesperación, á la vez que su carro ondulaba en lugar de seguir, como hasta entonces, su curso inflexible y recto. Era que se le había caído el

látigo y no podía dirigir sus corceles. Un grito general, mezclado con denuestos y silbos se levantó entre las ciento veinte mil almas que asistían á las carreras. Al doblar la segunda meta los caballos de Vespilio, en su giro tortuoso, alejáronse de la espina, descuido que Palestrio aprovechó para deslizarse entre ella y la cuadriga contraria, y animando con la voz y la fusta á sus velocísimos andaluces llegó el primero al término de la carrera.

Siguieron los gritos y disputas en el público, hasta que limpia y aderezada la pista el interés de una nueva carrera disipó el que había despertado la del carro de Vespilio. Asistía á ella y se mesaba el cabello por la derrota, aunque á voces pregonaba que, á no haber sido por la torpeza de su cochero, la victoria era suya. Hizo seña á Herenio para que le acompañase y salieron juntos.

—Aun tengo ahí una biga que no sé si le tocará correr, pero no quiero ver más este odioso espectáculo. ¿Qué opinas de Danisco?

—Bien creo que la pérdida del látigo fuese involuntaria, pero también aseguro que si hubiera dejado en libertad á los generosos brutos habían llegado el primero.

—¡Por Epona! Lo mismo aseguraba mi amigo Sergio, y añadía que también eso lo hizo el traidor mesenio con malicia.

—Puede ser; mas yo presumo que ciego con la

falta del azote creyó que manejando las bridas con vigor los animales no advertirían la falta.

Pasearon algo por las desiertas calles y al caer la tarde dijo Lucio:

—Voy al baño y luego cenaré en casa de Fulvia. Adviértelo así en casa.

Regresaba á ella, después de su baño, Herenio, cuando atrajo su atención ver á Junia cerca de la esquina con un hombre de altivo ademán conversando en puridad y alejada la sierva de compañía. Entró, después de hecha la reverencia á la dama y supo que tampoco Junia asistía al triclinio aquella noche. Comió solo y se retiró á su dormitorio.

Antes habíase Junia despedido de su interlocutor diciéndole:

—Mañana en los jardines del templo de Isis á la hora tercia.

—Allí te aguardaré, señora mía.

Con paso lento se encaminó Lucio Vespilio á la casa de Fulvia, que estaba en el Esquilino y era uno de aquellos edificios altos é incómodos en que se albergaban las gentes cuya fortuna no les permitía tener habitación propia. Ocupaba el piso segundo é iba ya Lucio á llamar cuando salió á la puerta un criado que hizo un gesto de sorpresa al verle y se interpuso diciéndole:

—¡Por tu genio natal que no entres, señor!

Dióle un empujón diciéndole:

—¡Quita, bestia! ¿Por qué?

—Está Danisco, el auriga...

—Bueno, ¿y qué?

—Es que... Prométeme, señor, volverme á tu casa y te diré la gran traición que te hacen.

Este esclavo era regalo de Lucio á Fulvia.

—Prometido—respondió él.

—Entonces ven y juzgarás por ti mismo.

Y secretamente le introdujo en un cubículo desde el cual oía y por la cortina veía lo que en la pieza contigua pasaba. En torno de una mesa estaban sentados Fulvia, su esposo y el auriga Danisco.

—Cincuenta mil sextercios te corresponden á ti, Fulvia —decíale su marido— por tus apuestas. Veinte mil á mí por mis ganancias y corretaje en las apuestas con dinero del generoso Danisco. Y doscientos ochenta mil á éste. ¡Buen golpe, amigo mesenio! ¡Ya no necesitarás correr más!

Recogió Pansa su dinero y el de su mujer y salió á encerrarlo. Levantóse también el auriga y empezó á guardar sus monedas. En el momento en que traspuso la puerta el marido, Fulvia, colgándose del cuello de Danisco, le dijo:

—Ahora sólo falta que me libres del imbécil de Lucio.

—De eso te libraré yo —dijo para sí Vespilio, saliendo del escondite y de la casa—. ¡Chusma despreciable! —añadió con gran tranquilidad—. Vamos á cenar á casa de Sempronia.

. . . .

Antes de las nueve de la mañana paseábase impaciente entre los álamos y acacias del jardín unido al templo de Isis, el hombre altanero citado por Junia, cuando al pasar á su vera le habló un togado, diciéndole:

—Salud, Publio Eutico. ¿Qué noticias tienes de tu amo Publio Livino? ¿Sigue aún en las Galias?

—Cerca de un año hace, señor, que no tengo noticias suyas.

Alejóse el otro sin oir más y Eutico siguió paseando.

Sus relaciones con la mujer de Vespilio nacían de lo que sigue: Publio Livino era un patricio romano arruinado por sus prodigalidades, á quien Trajano había dado un gobierno para que repusiese su fortuna. Eutico, esclavo favorito suyo, había logrado que Publio le diese libertad (y de ahí el prenombre que, como liberto, había adoptado) y le nombrase su mayordomo. Como tal intervenía y cobraba gajes en todos los préstamos usurarios que á su amo se hacían. Al cabo de pocos años era ya el propio Eutico el único prestamista y así logró ir quedándose con lo mejor de la hacienda de su patrono. Livino anduvo en algún tiempo enamorado perdido de Junia, y estos amores le arrojaron, para obsequiar regiamente á su ídolo, á nuevos y enormes gastos, que no desaprovechó su mayordomo Eutico y precipitáron la ruina del amante. El liberto, que había sido

tercero en aquellos amoríos, acabó por enamorarse locamente de Junia, y pensando que ya que todo lo que su amo tenía iba pasando á sus manos, lo mismo ocurriría con la mujer amada, no vaciló en tentar de conseguirlo.

Pero Junia, sin rechazar sus obsequios, pues no desdeñaba ningunos, ni por un instante soñó en corresponder á aquel liberto mal encarado y ladrón de su amo. Andaba Eutico, al que la nieve del desdén producía mayores incendios, desalado tras la matrona, haciendo méritos y obligando con su rendimiento sin poder ablandar aquella dura peña cuando, la tarde antecedente, al salir del Circo, se vió, más que sorprendido, asombrado con la cita.

No tardó en aparecer la dama muy recatada bajo el espeso velo que le cubría, excepto los ojos, todo el rostro. Hizo que la esclava permaneciese lejos y de pie y ella, sentándose en un banco de mármol, medio oculto por una grande y ramosa adelfa, llamó á sí al enternecido liberto.

—Te he hecho observar ayer, Publio, aquel joven que entró en mi casa, porque necesito que me vengues de él. Es un infame que, abusando de la hospitalidad que goza y de la confianza que le otorga Lucio, ha atentado á mi honor y me asedia y persigue de continuo, sin que en mi notoria indefensión y abandono me quepa recurso ninguno. Mátalo y seré tuya.

Mudo y suspenso quedó largo espacio el liber-

to. Harto se le alcanzaba que no era Junia mujer de sentir con tal extremo los atentados de un mozo gallardo como el de la víspera. Juzgó, pues, que sería al contrario, y que la víctima del acoso sería él y no ella. Pero esto mismo levantó en el pecho de Eutico una tempestad de celos contra el joven que le arrebataba el corazón que tanto él deseaba poseer y asentó en su ánimo el contribuir á la venganza que se le proponía.

Sin discutir, pues, la verdad de las premisas, dijo á la Vespilia:

—Si cumples lo que prometes y tu amor es en adelante para mí solo, haré tu gusto. Puedo disponer de dos esclavos fugados y otro mío; pero necesito me digas cómo se puede hallar modo de ejecutar nuestra venganza; en la calle es difícil, y en tu casa, peligroso.

—Te reitero y confirmo, Publio—dijo ella—, la promesa, y no faltaré á ella como tú hagas lo tuyo. La ocasión no puede ser más propicia. Este joven vive en Villa Marcia, con mi hermana, de quien es liberto. Hoy á la tarde regresa á la quinta en un caballo negro por la vía Nomentana; yo me encargaré de retrasar su partida y en el camino podéis hallarle.

—Tienes razón; pero necesito que mis hombres le conozcan, no sea que yerren el golpe.

—Que ronden la casa á la hora del prandío y miren al solario ó azotea de ella y le verán.

—Convenido; voy sin pérdida de tiempo á prevenirles sobre lo que han de hacer.

Separáronse. Junia había enviado á decir á su marido que Herenio se marcharía aquella tarde, y, por tanto, teniendo que conferenciar antes sería bien que almorzase con ellos. Accedió Lucio, abatido por la derrota de la víspera, á que se unía la pérdida de muchos miles de sextercios de apuestas y la vileza de su cochero; así que no tenía gusto ni humor para nada.

Sin emhargo, no compareció hasta la hora séptima. Hicieron el almuerzo con desesperadora lentitud para Herenio, que temía no poder salir en aquella tarde. Al concluir apuntó Junia á su esposo:

—¿No habías resuelto, Lucio, enviar á Marcia algunas matas de los narcisos de Piceno de gran tamaño obtenidos por tu jardinero?

—Es verdad; y aprovecharemos la ocasión de escogerlas para que este joven vea nuestro solario.

Subieron á lo alto de la casa donde, sobre el tejado plano, como todos los de Roma, había un jardín con flores, arbustos, pajarera, estanque y agua corriente. El efecto que desde el suelo hacían estos vergeles en el aire era fantástico y no menor la sorpresa del que por vez primera veía sobre el techo de una casa tierra cultivable y plantas á veces de tallo muy alto como si fuese en lugar terreno.

Eligieron las matas, que el jardinero envolvió cuidadosamente en lana con algo de tierra. Asomáronse repetidas veces al antepecho de la azotea para satisfacer las preguntas de Junia sobre tal edificio ó bosque que se divisaba lejos ó cerca.

A la hora nona descendieron. Encerráronse los dos hombres en el tablino, donde Herenio entregó á Vespilio un rollo de pergamino en que exponía la causa y el remedio del malestar económico de su casa, diciéndole:

—Aquí declaro, señor, para que lo veas cuando tengas vagar, lo que, respondiendo á la confianza que en mí has depuesto, alcanzo para volver tu casa al esplendor y riqueza antiguos.

La causa principal del daño, como no ignoras, son los ruinosos empréstitos que contraes para cubrir tus gastos. En esto, si no hay moderación, toda salud será imposible.

Hay que mejorar la administración de tus bienes, que no te producen la cuarta parte de lo que recogía tu abuelo. Mientras estuvieron confiscados el emperador no se cuidó de ellos y los arrendadores daban lo que querían. Tu padre emprendió la reconquista de su patrimonio; pero falleció prematuramente y en tu niñez se reprodujo el despojo. Es menester que por ti ó por otras personas continúes la interrumpida obra de tu padre.

Debes empezar por relevar á tu mayordomo general y concederle el retiro que desea. Es hom-

bre honrado y, al fin, lo mejor administrado que tienes, que son tus casas y fincas de Roma, es lo que él gobierna; pero está muy anciano y no puede visitar tus extensos dominios señoriales; para eso necesitas un hombre joven y robusto.

—Tú podrías serlo—exclamó Lucio—. Hace ya tiempo que Junia me sugirió la idea.

—Perdóname, señor. Yo sirvo á tu cuñada, por ser hija de su buen padre que lo fué para mí como ningún otro. El día que no me necesite me volveré á mi país con los míos. Pero no desconfíes de conseguir lo que necesitas. Bonoso, que conoce á tanta gente, lo hallará. Este hombre visitará á tus mayordomos, en quien me figuro hay de todo, y separará los que no cumplan. Yo no conozco las mil trapacerías de los capataces porque en Villa Marcia todos son honrados; pero las hay; porque he creído notar buena fe en algunos de los administradores al saber que los bienes de su cuidado deberían rendir el doble. Hay que exterminar otras corruptelas. Tus amigos se van á tus villas más deleitosas y comen tu pan, tus aves y peces y beben tu vino. La villa del Miseno, apenas da para su entretenimiento, siendo así que á tu padre le producía cien mil sextercios. Los bienes de tu mujer están mal atendidos; y es tanto más necesario el remedio cuanto que sus gastos son también excesivos. En resumen, si haces esto que digo y en tres ó cuatro años no contraes nuevas deudas, podrás salvar tu hacienda y ser más rico

que tus antepasados, pues cuentas además con la opulenta dote de Junia. Y ahora, permíteme que monte á caballo, para llegar á la villa antes que cierre la noche.

—Está bien, joven. Te agradezco y seguiré tus consejos. Ahora sólo falta recompensar tu abrumador trabajo de estos días.

—El padre de tu mujer me ha pagado de antemano cuantos servicios, mayores que éste, pueda hacer á su familia.

Entonces quitándose Lucio una sortija del dedo se la entregó.

—La recibo y conservaré—dijo Herenio—como prueba de tu amistad y benevolencia.

Herenio mandó ensillar su caballo y se vió que no se hallaban los aparejos. No se inquietó porque confíaba en las buenas piernas de su Belicoso y otras veces había ya llegado á la quinta de noche.

Al fin, después de muchas buscas, parecieron los arreos y Herenio pudo montar pasada la hora undécima, cuando el sol estaba próximo á ocultarse tras el monte Janículo.

Volaba el caballo por la vía de Nomento, cuando á una milla, poco más de la ciudad, tuvo que refrenarlo por haberse interpuesto y atravesado en el camino un pequeño sarraco, carro que los aldeanos de las cercanías utilizaban para traer sus legumbres al mercado. Tiraba de él un jumento y el conductor hacía esfuerzos por enderezar su posición sin que el pollino se diese prisa á obe-

decerle. Cuando Herenio buscaba salida por uno de los costados del camino, el jumento avanzó en la misma dirección. Nuevamente se retrajo el joven, y el conductor del sarraco, con intención, al parecer de guiar el caballo, le tomó por la brida y lo mantuvo quieto.

En el mismo instante salieron por detrás del camino dos hombres. Uno de ellos lanzó sobre la cabeza de Herenio una red, como la que usaban los retiarios en el anfiteatro; con ella le envolvió hasta la cintura y tirando los dos hombres fuertemente dieron en tierra con el mísero joven que se revolvía y esforzaba en balde para desasirse de sus lazos y ataduras. A la vez, el falso conductor del sarraco ayudaba á sujetar á la víctima, en tanto que los otros con agudos puñales le dieron heridas hasta cansarse y ver que no se movía ni respiraba. Quitáronle rápidamente la red y emprendieron la retirada hacia Roma, siguiéndoles á poco el del sarraco entonando, con dejo perezoso, una canción rústica. Un kilómetro habrían caminado y ya apenas se veía la luz crepuscular, cuando uno de ellos dijo:

—¡Por Sileno, que hemos hecho mal en dejar el cadáver en el camino! Publio nos había ordenado que le enterrásemos ó por lo menos le ocultásemos. Cuanto más tiempo tarde en parecer mejor para la seguridad de todos. Volvamos allá.

Así lo hicieron; pero cuando llegaron al lugar del crimen, el cadáver había desaparecido. Busca-

ron arriba y abajo creyendo haberse equivocado en el sitio, escudriñaron los bordes del camino y nada; parecía habérselo tragado la tierra. En el suelo vieron manchas de la inocente sangre vertida y las hollaron con los pies hasta hacerlas desaparecer del todo. Entonces el que primero había hablado dijo:

—Sin duda que el águila de Júpiter lo arrebató para ser constelación celeste. Démosle gracias por habernos ahorrado la fatiga y no digamos nada á Publio.

Mostraron asentimiento los otros y no sin alguna preocupación tomaron de nuevo el camino de Roma, á cuya entrada los aguardaba el malvado instigador de aquella felonía.

¿Qué había sido de la víctima?

Apenas los criminales desampararon el cuerpo de Herenio dos hombres salieron por la puertecilla de un huerto y jardín que había al otro lado del camino. Era uno de ellos de elevada talla, mayor de cincuenta años, enjuto de músculos y recia contextura, con barba crecida y canosa y vestido modesto á lo filósofo. El otro, mucho más joven, no pasaría de los veinticinco años, era bajo de estatura y como sólo vestía túnica de lana que poco bajaba de la rodilla, tenía aspecto de artesano ó de esclavo.

Miraron á una y otra parte, y viendo solo el campo acercáronse á Herenio, diciendo el joven:

—Si me hubieras dejado salir...

—Ya era tarde —respondió el hombre maduro.

Y sin hablar más siguió examinando con mucho cuidado al herido, acabando por decir:

—No está muerto; vamos á conducirle.

Quitóse su toga, de lana obscura y la plegó en cuatro partes. Con mucho tiento fueron colocando el cuerpo sobre la manta y tomándola por las cuatro puntas llevaron con trabajo al inerte mancebo. Pasaron la puerta del jardín que cerraron con el pie y, sin detenerse, penetraron en la casilla del guarda de la finca, donde en medio de almocafres, escardillos, picos, palas y otras herramientas había en el suelo una trampa grande, abierta á la sazón, por la que asomaba el comienzo de una escalera bastante cómoda. Bajaron con dificultad y fatiga hasta una veintena de escalones; siguieron una galería apenas alumbrada por unos tragaluces del techo y penetraron en un cuartucho, cavado en la tierra, de poco más de tres varas de lado, y depositaron el cuerpo en una pobre cama hecha con tablas puestas sobre dos poyos de la misma tierra, socavada con ese fin ó el de utilizarlos como asientos, sobre un jergón de borra y paja y una almohada algo más blanda y limpia. Enjugáronse ambos el sudor copioso que bañaba su faz; extendieron el cuerpo y á la luz de una lámpara de mano colocada sobre una repisa de tierra comenzaron, después de desnudarlo, el examen del malherido joven, no sin que el hombre dijese:

—Temo que expire al tocarle las heridas.

Fué contándolas, hasta nueve, entre grandes y pequeñas. La mayor parte estaban en el antebrazo derecho, que el desdichado opuso en los primeros momentos como escudo y defensa de su cuerpo. No eran mortales, pero sí dieron cuidado al examinador otras dos profundas á juzgar por la abertura: una en el cuello y otra en el pecho.

—Trae agua y esponja, Reparato —dijo al mancebo y prosiguió su examen—. ¡Pobre mozo! —añadió—. Tiene además roto el brazo izquierdo, sin duda lo quebró al caer del caballo.

Salió él mismo, volviendo á poco con vendas y ampollas de vidrio obscuro que fué poniendo en los salientes que el muro ofrecía, al alcance de su mano. Entró el joven llevando una pátina de barro de Adria y esponjas. Lavaron suavemente las heridas con agua y vinagre para contener la hemorragia, que por dicha no era grande. Sobre las heridas puso vellones de lana sucia, ó sea sin lavar, y trocitos de esponja empapados en aceites acres, miel y polvos de caracoles que pasaban por cicatrizantes y lo que hoy llaman antisépticos, y las vendó cuidadosamente con fajas de lienzo de Liguria. Veíase por la destreza y seguridad con que procedía que aquel hombre no era ajeno á la práctica de curar. Redujo luego á sus sitios los huesos del brazo descoyuntado; remojólo copiosamente con vino y un bálsamo astringente que tenía en una de las ampollas; vendólo con fuerza por medio de

tiras gruesas de lienzo y lo sujetó por encima con una de lana. Acomodó luego la cabeza y pecho del joven para que respirase mejor cuando recobrase el sentido, y con una esponja mojada con vino y agua empezó á frotarle y humedecerle frente y boca.

Abrió los ojos Herenio y suspiró levísimamente. Sonrióse el curandero y prosiguió refrigerando las sienes y resecos labios del paciente; y luego, acercándose más á su rostro le dijo con voz dulce y reposada:

—No te muevas ni hables, que te va la vida en ello; tienes la mano derecha libre y con solo su presión contestarás á las preguntas que yo ó este rapaz te haremos previniendo tus deseos. Procura descansar y dormir si puedes.

Como si contestase cerró de nuevo los ojos Herenio y continuó respirando, si bien con extrema dificultad y congoja.

—Voy á Roma —dijo el hombre, á quien ya daremos el nombre de Antistio—, pero volveré antes de media noche. Luego avisarás á Valerio para que nos ayude á salvar á este infeliz y desconocido hermano nuestro.

Y tomando su raída toga de paño canusino que se recogió sin afectación ni esmero, salió con paso tranquilo; subió la escalera, cerró la trampa, colocó cerca de las aberturas los aperos de trabajo y con paso ligero tomó la vía de la ciudad.



X

AMOR Y DOLOR

En tanto que esto pasaba en Roma ó sus cercanías, el caballo de Herenio, al verse libre, siguió el camino, que bien conocía de la quinta. Dos veces unos viandantes quisieron detenerle, pero supo de tal suerte defenderse con saltos y corcovos que sin más dificultades pudo acercarse á la Villa con solo dos horas de noche. Esperaba Rutilio á su amigo y vió, con la mayor sorpresa, llegar sin él á su caballo. Recogiólo y fué á dar cuenta á su ama. Alarmada Aglae, hizo que gran número de esclavos saliesen con linternas á recorrer la vía hasta llegar á Roma si era preciso ó á donde pudiese haber caído Herenio, que era lo que suponía.

Emplearon toda la noche en pesquisas inútiles y á la madrugada un mendigo que pedía en el puente de piedra sobre el Anio, á unos cuatro kilómetros de Roma, les dijo que al retirarse al anochecer le había sorprendido ver cruzar el puen-

te un caballo sin jinete. Los vecinos de las últimas casas fuera de la Puerta Nomentana recordaban haber visto galopar un caballo negro montado por un hombre á la hora que se les decía.

Con estas noticias volvieron á la villa y se comprendió que el lugar de la desaparición del joven estaba en un trozo de vía relativamente corto, y que allí podría buscarse. Bonoso se ofreció á ir á Roma al día siguiente y allí hacer las pesquisas convenientes. Pero Aglae, en quien repentinamente había germinado una sospecha, dijo que nadie más que ella iría á ponerlas en práctica. Y lo hizo sin perder tiempo, con los esclavos y esclavas de su servicio y más Rutilio y Jantipo, que estaban afligidísimos con la desaparición misteriosa de su protector y amigo.

La casa de Aglae, en Roma, situada en el extremo de la vía Nova, cerca del cruce de la célebre vía Sagrada y detrás de la antigua basílica Opimia, no era tan grande ni lujosa como la de su hermana, pero estaba ornada con más gusto y arte. El atrio era tetrástilo, con su impluvio de mármol y fuentecilla representando un amorcillo alado erguido sobre un delfín que por su boca arrojaba el agua que recibía una concha. Al pie de las columnas del atrio había estatuas de diosas, una Diana con su túnica á media pierna, el carcaj á la espalda y venablo en mano; una Venus púdica, ó sea vestida; Juno sentada, con la estola ceñida en graciosos pliegues

y un velo diáfano en la cabeza, y la de Minerva, con peto guerrero y casco en la cabeza. Capricho femenil de Paulina, tantos años viuda, fuera el sustituir las estatuas de antiguos héroes y dioses que antes ornaban el atrio.

Las pinturas del cavedio que eran muchas, aunque pequeñas, formaban historias mitológicas seguidas que entretenían agradablemente al que entraba hasta dar vuelta á todo el patio. El pavimento era de mármol blanco con cenefa de colores alternados alrededor. El peristilo cercaba un precioso jardinillo con doce columnas de mármol sinádico rojo, basas y capiteles blancos; y en el centro veíanse estatuas de mármol y taburetes de pies broncíneos. Las paredes estaban cubiertas de escenas de caza y juegos; y tanto en este patio como en el primero los entablamentos y techos pintados al encausto con graciosa y clara combinación de los colores azul, blanco, rojo y dorado.

Desde la muerte de su marido habitaba Aglae la planta baja, donde tenía para invierno un primoroso invernáculo que bañaba el sol casi todo el día, y además por tubos de barro recibía el calor solar acumulado en una estufa cubierta de vidrios. Esta parte del edificio contenía, amén del dormitorio con tocador, zoteca y alcoba, un triclinio reducido, para cuatro ó seis personas, que era donde ella comía de ordinario.

Al día siguiente fué Aglae á ver á su hermana, á quien halló preparando su tocado. Sorprendié-

ronle el color pálido y la tristeza del rostro de Junia; pero como su impaciencia no daba lugar á otra cosa, luego de alejar las esclavas, le dijo:

—Hermana: mi liberto Herenio ha desaparecido al salir de tu casa. Presumo que tú le hayas preso ó secuestrado. No pretendo que me lo devuelvas, pues cuando te has arrojado á acción tan ruin y temeraria no será para renunciar tan pronto á lo que te hayas propuesto. Sólo vengo á saber de ti si es esto cierto; así quedaré tranquila con la certeza de que ningún mal le ha sucedido.

Paróse Junia todavía más blanca y grave; pero con voz entera é indiferencia en el tono, respondió:

—No sé, hermana, en qué puedes fundarte para abrigar tan absurda sospecha. Exacto es que hace tres días salió de aquí tu liberto, por cierto sin haber cumplido más que á medias lo que de él queríamos: tal prisa tenía de volver á tu casa, pero desde entonces ni le he vuelto á ver ni sé en dónde pueda hallarse no siendo contigo.

Creyó Aglae á su hermana, y más cuando se ofreció á ayudarle á buscar al perdido joven.

Entró en este acto, con aire risueño y jovial, el cómplice de Junia; y sorprendido ante la presencia de la viuda, exclamó, con su presunción y jactancia habituales, luego que supo quién era.

—Mucha fama de hermosa tuviste, señora, cuando eras mujer de Cayo Vespilio, pero ¡así me sean propicios los genios de mi casa! que se

quedó corta la fama y que en adelante tendrás ya en mí un pregonero incansable de tu soberana belleza.

—Ni yo aspiro á ser alabada por ningún concepto —respondió con desdén la joven— ni menos autorizaré á quien ni siquiera conozco para traerme ó llevarme en sus labios.

Iba á replicar Eutico con su ordinaria llaneza, cuando Junia le dijo con voz suave, pero en la que se traslucía el ligero temblor de la ira represada:

—Te ruego, Publio, que nos dejes solas. Mi hermana, á quien no veo con frecuencia, ha venido á tratar asuntos de interés y no debo robarle los momentos necesarios para ello.

Levantóse el liberto y saludando á las damas con galantería y afectada dignidad, salió de la estancia.

—¡Qué hombre tan repulsivo! —exclamó Aglae—. ¿Cómo le permites llegar á tu camarín y tocador?

—Te aseguro —respondió Junia— que por antipático que te parezca lo es mucho más para mí. Se ha hecho camarada de Lucio, cuyo humor frisa con el suyo, y se cree autorizado para todo.

Entró una esclava, diciendo á Junia:

—Señora. La vieja hechicera del otro día está ahí. Le he dicho que no podía verte, pero insiste y dice que no se irá sin lograrlo.

Levantóse Junia y entró en otra pieza vol-

viendo con un saquito de dinero, y dijo á la esclava:

—Dale eso y si porfía manda á Ticio que apreste las varas y la azote mientras pueda ir por su paso.

Admirada Aglae iba á preguntar á su hermana por la novedad de ver tales gentes en su casa, antes tan digna y respetable; pero vióla con el rostro tan sombrío y huraño que sólo se atrevió á decir levantándose:

—Repíteme, hermana, que no has hecho prender á Herenio, ni le ocultas, ni conoces su actual paradero.

—Te lo repito una y mil veces, y que Isis hiera mis párpados con el sistro si sé cuál es el lugar en que se halla ese joven.

—Entonces voy á proseguir en su busca.

Llegada á su casa ordenó al mayordomo que fuese ante el tribuno á presentar la querella contra quien hubiese detenido, herido ó muerto á Herenio, y se comenzaron las pesquisas judiciales. Por la declaración de unos jóvenes que vieron el sarraco parado pudo concretarse más el lugar de la desaparición misteriosa. Registráronse escrupulosamente todos aquellos lugares, incluso el jardín que le guardaba; pero el jardinero aseguró que en toda aquella semana anduviera ausente, cuidando otro huerto que su ama, Flavia Domitila, disfrutaba en la vía de Ardea: nada, pues, había visto ni sabido del suceso.

Pasaron muchos días sin adelantar un paso y

las justicias desistieron del todo. Entonces Jantipo dijo á su ama:

—Sea cualquiera la fortuna que haya corrido mi bienhechor, es evidente, señora, que en Roma están los autores del daño. Yo he vivido entre la gente peor y conozco las tabernas y lugares en que se concierta para sus delitos. Permite que Rutilio y yo frecuentemos esos lugares: tal vez sorprendamos conversación ó noticia que nos alumbre y adiestre en este caos tenebroso.

Convencida Aglae del valor de lo propuesto, después de proveer de dinero á sus servidores les dejó en plena libertad para sus rebuscas. No averiguaron nada; pero Jantipo recayó en el antiguo vicio de la embriaguez, causando la desesperación de su compañero, que dijo á su ama le enviase á la quinta y él continuaría solo los trabajos. Hízolo así Aglae, y á la vez mandó venir á Rósula, la mujer del liberto, sus criados predilectos.

No era Rutilio tan solerte y mañoso como el griego, pero sabía imitar el aire boto é inocente de los aldeanos con tal arte que se propuso explotar esta cualidad para mezclarse en los asuntos de los que asistían á los mismos lugares. Pronto fué conocido y burlado de todos, que no recelaban hablar claro ante él, y supo centenares de crímenes y malas acciones perpetrados por aquellos ladrones, gladiadores, mozos de cuadra y de tahona, enterradores, marineros, esclavos fugitivos y demás ruin gentualla de la hez de Roma.

Una noche vió, cuando llegaba, salir disputando de una taberna de comer y beber (en Roma se llaman tabernas toda clase de tiendas) tres esclavos, siendo el motivo que dos de ellos reclamaban del otro el cumplimiento de cierto pacto. Excusábase el interpelado con que su amo no le había dado todo el dinero que los otros querían, á lo que replicó uno de los quejosos:

—¡Tan bueno eres tú como tu amo! Mas ¡por las iras de Marte que me lo habéis de pagar, así me cueste la vida!

—Mi amo dice —añadió el otro— que no hemos cumplido con lo prometido y que no se sabe cierto que el joven haya muerto.

Aguzó el oído y fué acercándose Rutilio.

—¿Cómo qué? —exclamó el que hablaba más—. ¡Tan muerto quedó como mi abuelo; por el tridente de Neptuno!

—Sin embargo, las pesquisas hechas por orden de su ama, que vino á Roma sólo por ello, no han dado resultado alguno y mi amo cree que no siendo más que herido habrá sido recogido y amparado por alguien.

A Rutilio le palpitaba el corazón con tal fuerza que tuvo que respirar aprisa para contener y regular sus latidos. Ya los tenía; ya sabía quiénes eran los asesinos de su buen amo y amigo. Siguió escuchando. El que hasta entonces no había hablado lo hizo así:

—Esas son disculpas vuestras. A mí me habéis

de completar lo ofrecido ó seré capaz de acusaros ante el tribuno, aunque yo también me pierda.

—Bueno; yo se lo diré.

—Hazlo y que resuelva pronto. Mañana te aguardamos aquí á la misma hora.

Marchóse el otro esclavo y acercándose Rutilio con su risa de estúpido les dijo:

—¡Por Vulcano, que habéis tenido paciencia con ese bellaco! Yo le hubiera metido el pugio en el vientre. ¡Negarse á pagar una muerte tan bien hecha como la de la vía Nomentana!

—Y ¿qué sabes tú de eso, tonto?—preguntó uno.

—En la taberna lo han dicho; que nadie más que vosotros dos podía haber acabado tan peligroso negocio. Si queréis volvamos á entrar: os convido á beber.

—Pero ¿tienes tú moneda, zopenco?

Sacó Rutilio un puñado de denarios, sextercios y ases y se los mostró é hizo sonar con gesto y risa de imbécil.

—Vaya: pues vamos á gastarlos.

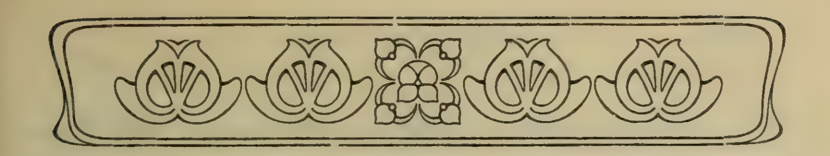
Entraron y comenzaron á beber copiosamente. Antes de media hora supo Rutilio todo lo ocurrido y los nombres de los tres asesinos y del instigador. Corrió á dar cuenta á su ama del descubrimiento, en ocasión en que se hallaba Junia presente, quien, espantada, voló á casa de su cómplice y le hizo ver la necesidad de ponerse en cobro, como lo ejecutaron él y su esclavo aquella

misma noche desmintiendo caminos y con lo que pudieron llevar, que no era poco, pues la riqueza de Eutico consistía principalmente en haber monedado.

Hasta la mañana no fué Rutilio á dar cuenta al tribuno de lo averiguado y éste, por no malograr la empresa, pues no se sabía la vivienda de los dos asesinos y sí la de los otros, esperó á la hora de la cita para asegurarlos. Hízose así, pero cuando fueron á prender á Eutico y su esclavo hallaron sólo las paredes de su casa.

Este fracaso redujo á nada el descubrimiento de Rutilio. Los asesinos sólo pudieron declarar el hecho y el lugar de él, pero no lo que había sido de su víctima, y Aglae tuvo otra vez el desconsuelo de ver perdidas, acaso para siempre, las huellas de Herenio.





XI

LA VIDA EN LA MUERTE

El cual pasó muchos días entre la vida y la muerte. Tres ó cuatro después de la primera cura levantó Antistio las vendas del cuerpo de Herenio. Las heridas del brazo, salvo la inflamación natural, no ofrecían nada de sospechoso; mudóles los aceites, miel y cáusticos y las cubrió de nuevo. Pero la de la garganta, y sobre todo la del pecho, presentaban un aspecto tan extraño que el médico, torciendo el gesto, murmuró:

—No sé si daremos con todo en tierra. Necesario será que este mancebo se ayude á sí mismo. Le aplicaremos los aceites más corrosivos que hay, quizá contengamos la putrefacción de esta pobre carne.

Lavó las heridas con vino clarificado y opobálsamo de Judea; púsole las compresas de lana empapada en aceites muy acres, miel depurada y polvos mordicantes y le vendó como al principio.

La respiración del enfermo era breve, difícil y angustiosa. Conocíase que una gran inflamación interna abrasaba su cuerpo. Es dudoso que tuviese noción clara de lo que pasaba en torno suyo, pero respondía débilmente á las preguntas que se le hacían. De continuo sus enfermeros refrescaban sus labios con esponjas empapadas en agua fresca, miel ó vino dulce.

Así pasó largos días, en los cuales el delirio invadió su cerebro y las más desatinadas ideas comenzaron á bullir en él. Veía á su divina Aglae como flotando en el aire, con blanca y desceñida túnica hasta los pies desnudos, suelto y ondulante su hermoso pelo, coronada su frente de nardos y jazmines, invitándole con seductora sonrisa á seguirle. Extendía él los brazos para tomar la mano que le ofrecía y de repente, interponiéndose la odiosa sombra de Junia, le clavaba un puñal en el pecho. Caía al suelo, pero repuesto al cabo, seguía tras la dulce visión de su amada, y cuando llegaba á tocar su veste y alzaba los ojos con expresión de infinito amor, se hallaba con la risa grosera y burlona de Lucio Vespilio. Y luego cogidos de las manos éste, Fulvia, su marido, el auriga y el parásito, girando en torno suyo con diabólica danza, le producían tal mareo que aturdido caía otra vez en el suelo sin conocimiento.

Una aguda punzada ó el temblor causado por la insuficiencia de respiración le volvían al delirio. Entonces eran los mayordomos de Lucio y de Ju-

nia, que armados de anchas palas de agitar el grano las hundían en montones enormes de ases y denarios, y viéndole á él tendido los arrojaban sobre su pecho. Separaba á toda prisa con ambas manos las monedas, cuyo peso abrumador y sofocante dejaba sin respiro sus pulmones, pero cuanto más pugnaba por libertarse de aquella angustiosa opresión, más los implacables intendentes arrojaban sobre él paladas y paladas de la menuda moneda, hasta que, agobiado con su irresistible pesadumbre, de nuevo se desvanecía, falto de aliento.

Con delirios semejantes y ardentísima fiebre luchó cuanto pudo sobrellevar su férrea complexión y casi virgen y juvenil naturaleza. Al fin, los dolores fueron menos, la respiración más fácil y tranquila; el reposo más completo. Entonces se apoderó de él un sueño inextinguible, un sopor que no cesaba más que los no largos instantes en que curaban sus heridas, remojaban sus labios ó le hacían breves preguntas, para caer de nuevo en la misma letárgica somnolencia. Sólo conservaba despierto el sentido del oído, pero las sensaciones que enviaba al cerebro eran tan confusas y débiles que no hacían impresión bastante fuerte en él para despertar ideas. Todo era borroso é impreciso, como cuando la mirada observa lejanías á la luz del crepúsculo ó á través de un velo muy denso.

Hasta llegó á creer que sus oídos le zumbaban

cuando allá en el profundo silencio del subterráneo en que yacía y en la eterna y caliginosa noche que cercaba sus ojos sin más luz que la tímida lucerna ó el indeciso resplandor del ojo de la bóveda, se le figuró oir en algunas ocasiones un canto por demás singular y extraño.

Era una melopea dulce y suave, sin altos ni bajos extremos, en coros alternados; mezcladas la voz llena y grave de los hombres con la fina y tierna de las mujeres. El aire era lánguido y seguido; sin ritmo perceptible, como el ir y venir de las olas del mar; melodía sin fin, ni tema, que participaba del quejido doloroso de plegarias musicales de los hebreos y de la muelle y adormecedora canturía de las costas de la Jonia. Pero al final de cada estrofa el oído torpe y moroso de Herenio creía entender siempre estas palabras:

Christum regem sæculo.

Otras veces el modo era aún más triste, y el valor musical de los sonidos desaparecía para confundirse en una especie de sollozo continuo, de interminable gemido, al que sólo daban variedad la distinta inflexión propia de las palabras ó letra de estos cantos dolorosos, que solían acabar con una lamentación más tierna y patética, en que el aire se apresuraba y la voz se extinguía en medio de rápidas y tremulantes modulaciones.

Estos cantos reales ó fantásticos hacían mucho bien á Herenio. El alma se anegaba oyén-

dolos en un mar de dulzor y bienandanza; el dolor físico desaparecía ó se olvidaba; la razón tornaba suavemente á recobrar sus fueros, y parecíale ver con más lucidez en lo pasado y en lo por venir y juzgar con más acierto en todo lo que su memoria le ofrecía como presente del fondo de sus recuerdos. Y cuando terminaban sentía invadirle una tristeza y pesimismo abrumadores, y creía que entonces era cuando estaba verdaderamente despierto; reaparecían los dolores, abríanse sus ojos, ya para fijarse en el pálido resplandor de la tronera del techo ó en la rojiza y escasa llama de la lucérnula. Sólo una cosa le maravillaba en la débil y confusa idea que persistía en su mente sobre las cánticos oídos, y era la claridad con que recordaba y repetía el verso

Christum regem sæculo.

¿Estaría realmente en un antro de cristianos, de aquellos seres despreciables y supersticiosos, adoradores de la cabeza de asno y de quienes había oído contar tantas y tan horrendas abominaciones?

Si era esto cierto, ¿cómo le habían recogido con tal cariño y cuidado y asistido con tierna solicitud, sin decaer en tantos días como llevaba de dolencia; y, sobre todo, cómo tenían himnos tan elocuentes y conmovedores en su sencillez melancólica, donde las almas parecían desprenderse de la carne y tender su vuelo hacia el infinito que

también él buscaba y que tantas veces había imaginado su deseo?

Ciertamente que él cantaría llorando de aquel modo si hubiese de dar voz y expresión á sus dolores, á la desolación de su alma ligada para siempre á un amor sin consuelo ni esperanza.

Una mañana en que tras un largo y benéfico sueño despertó limpia de sombras la cabeza y de dolores el cuerpo, abrió los ojos y vió ante sí una singular figura de mujer que con un póculo de leche y miel en la mano se lo ofrecía como desayuno. Era alta y delgada, de ojos negros y dulces, manos de nácar y rostro blanco como la inmaculada lana de su túnica. Su edad no sería fácil determinarla, pero ya pasaría de los cuarenta años, pues no pocos hilos de plata se veían en su cabeza bajo del recinio de tela obscura que se cerraba parte en la barba y otra caía sobre los hombros y espalda. Miraba al enfermo con ojos tan mansos y compasivos y hermoseaba su boca tan dulce sonrisa, que estupefacto Herenio, á quien parecía sueño todo lo que oía y veía, no pudo menos de exclamar:

—¿Quién eres, visión celeste? Sin duda serás alguna de las diosas del Olimpo de esa creencia misteriosa de las honradas y piadosas gentes á quienes debo la vida.

La mujer le respondió con voz humilde:

—Me llamo Gémina. Soy viuda de un tribuno militar que dejó sus huesos en la Dacia, y me em-

pleo en asistir á los hermanos enfermos y pobres que carecen de auxilio.

—¿Eres cristiana?

—Sí, por la bondad del Señor.

—Y ¿qué recompensa gozas por tan penosos sacrificios?

—Ninguna en esta vida. El Señor me dará en la otra la que merezca.

—¿Luego cuidas y remedias á las gentes sólo por compasión de sus dolores?

—Por eso y por el amor en Cristo que á todos debo profesar.

—¿Cuidarías lo mismo á un gladiador ó un esclavo que á un caballero?

—Exactamente igual, porque mi fe me ordena tenerlos á todos como hermanos y amarlos igualmente.

—¿Llamarías hermano á un siervo miserable?

—Lo mismo que á ti ó que al Emperador.

—¿Y le amarías como á un cofrade de tu ley?

—Debemos amar á todos nuestros semejantes y aun á nuestros enemigos.

—Y si alguno te ofendiese gravemente, ¿qué harías, pudiendo vengarte?

—Perdonarle y tratar de favorecerle. Nuestra religión no conoce el odio. Cristo mismo nos dió el ejemplo, perdonando á los que le dieron injusta muerte.

Miraba Herenio con ojos asombrados á aquella mujer que con tal sencillez le exponía unas

ideas y creencias tan opuestas á las comunes de la sociedad romana. No es que á él le admirase que se favoreciese á los débiles; él lo había hecho siempre que había podido. Tampoco le extrañaba que en aquella religión se considerasen iguales en esencia todos los hombres, fuese cualquiera su condición legal; su filosofía estoica y elevada le había conducido á esa creencia. Pero llamarles hermanos y amarles en espíritu, perdonar á los enemigos y aun amarles igualmente, eran para él cosas tan nuevas y sutiles que necesitaba tiempo y meditación para tratar de comprenderlas. Tomó, pues, sin decir más la taza y bebió su contenido diciendo á Gémina, al devolvérsela:

—Que los dioses ó genios de la hospitalidad, según tu ley, te lo premien.

—Nosotros no tenemos dioses ni genios, sino un solo Dios, omnipotente, padre y señor de todo lo creado, fuente de toda bondad y amor.

—¿Y el Cristo?

—Es el mismo Dios en cuanto quiso encarnarse y habitar en el mundo, para redimirle y sacarle de las tinieblas de la ignorancia y la idolatría.

—Me causas maravilla, ilustre matrona.

—Si no te ofende, ruégote no me llames matrona, sino hermana, pues no soy más que una sierva tuya en lo que me han mandado que te auxilie.

Y salió tan silenciosa y leve como un fantasma.

Herenio aturdido empezó á ordenar en su mente las principales afirmaciones que había oído. Descartó ya la absurda y vulgar creencia de que los cristianos fuesen una secta de hombres envilecidos en la ignorancia y en la práctica de infames supersticiones y delitos. Como era filósofo, pronto columbró que allí había, no sólo una profunda doctrina especulativa, sino una norma práctica de vida. Fué examinando las consecuencias y corolarios que podían deducirse de aquellas rotundas y absolutas afirmaciones de la dulce viuda, pero acabó por embrollarse en contradicciones y dudas, y esperó á que con mayor noticia y fortaleza de espíritu pudiese meditar sobre ello.

Entró Antistio, á quien dijo Herenio:

—He tenido una visita que al principio juzgué de diosa; tan admirable me pareció en todo lo que hizo y dijo.

—Es la diaconisa Gémina —respondió Antistio—, á quien he mandado te preste asistencia, ahora que necesitas recobrar tus fuerzas y tomar alimento: siempre te será más agradable recibirlo de sus pulcras manos que de las nuestras groseras. Tus heridas están cerradas interiormente y lo exterior comienza á cicatrizarse; el brazo quebrado se ha unido y puedes ya moverlo, aunque poco; has salido de un peligro inminente de muerte...

—Gracias á ti, hombre piadoso y bueno.

—Gracias al Señor, que es quien todo lo ordena y puede.

—Ya sé que eres cristiano, y que este lugar en que estoy es templo de cristianos; he oído sus cánticos, más dulces y embriagadores que los de las sirenas del mar siciliano.

—Es el único templo que podemos tener, en nuestra persecución y desgracia: es decir un cementerio.

—He oído á la virtuosa hermana Gémina cosas que me han llenado de asombro sobre tu religión. ¿Tendrás dificultad en añadir algunas noticias á las suyas?

—Ninguna, y harto tiempo tendremos. Soy, aunque indigno, sacerdote de esta nueva creencia.

—Yo te suponía médico.

—También lo soy, por intermedio del Señor, que es quien todo lo cura. Te daré, pues, las explicaciones que pidas. Sé que eres un pagano dulce y noble que no nos has de vender; y ¿quién sabe si el Señor, que ha hecho contigo tan patente milagro en conservarte la vida no la quiere para que la emplees en servicio suyo?

Días más tarde pudo Herenio abandonar un momento el lecho y los siguientes permanecer más tiempo sentado. Luego Antistio le permitió salir de su cubículo y discurrir por las galerías ó ambulacros de aquel hipogeo, apoyado en el brazo de Gémina, que le iba alumbrando con una lucerna y le instruía sobre lo que iban viendo.

—Este es el cementerio Ostriano, donde Pedro de Galilea, nuestro primer pastor, administró el bautismo, que ya sabes por el padre Antistio lo que significa. Todos estos enterramientos que ves á un lado y otro de las galerías en series de cuatro y cinco de arriba abajo son de cristianos que, por una insignificante suma, hallan seguro y tranquilo reposo. Hay también los preciosos cuerpos de mártires, víctimas de las crueldades de Nerón y Domiciano; éstos gozan sepulcro más honrado y sobre él ofrecen á Dios sus oraciones nuestros sacerdotes. También aquí tenemos pequeñas basílicas, donde se reúnen los fieles á dirigir al cielo los himnos y preces que has oído, participar de la comunión en Cristo y oir su palabra divina por boca de los predicadores.

Miraba Herenio los sepulcros con extraña curiosidad é interés. Todo aquel mundo subterráneo estaba socavado en una piedra blanda, llamada toba. Las bóvedas, talladas alguna vez en aristas y otras en cúpula, más generalmente eran de medio cañón en las galerías. En las paredes estaban los sepulcros, que no formaban nichos cortos para las urnas funerarias, como en los hipogeos paganos, sino huecos capaces para todo el cuerpo, pues los cristianos no quemaban los cadáveres. Algunos sepulcros, casi siempre de mártires, tenían encima un arcosolio que encerraba la leyenda explicativa. Otros eran sarcófagos de mármol depositados en la cavidad necesaria.

Las paredes estaban enlucidas por gruesa capa de estuco recubierto de polvo de mármol blanco y con pinturas al fresco que á Herenio le causaron mucho asombro, tanto por lo bello de la ejecución y estilo como por lo singular de los asuntos.

No menos le sorprendieron las breves inscripciones que solían acompañar al nombre de la persona sepelida. Leyó en una: *¡Vivas in Deo!* y un ancla figurada, que la diaconisa le dijo ser el símbolo de la resurrección y esperanza de la gloria. Por eso á veces estaban con ella las palabras *spes, elpis, élpidis* y en otras, aludiendo al difunto allí colocado: *spes in Christo.*

Conmovieron su ánimo la dulce y serena confianza que reflejaban otras expresivas declaraciones como las de *Lúcite cum pace; In pace et in Christo; Túrtura: In pace Domini dormias; Pax cum angelis; Panteria: Anima dulcis: in pace.* Y casi arrancaron lágrimas á sus ojos la ternura de sentimiento que revelaban otras pospuestas siempre al nombre: *Eteria: Animae innocenti; Columba: Ave, anima carissima; Vestino: filio dulcissimo; Felicia: Conjuge incomparabile; Laurinia: melle dulcior, quiescas in pace; Prístila: Mater dulcíssima in pace Christi recepta,* y la paloma con la oliva.

De este y otros símbolos pintados en los sepulcros dió Gémina explicación á Herenio. La paloma era el alma cristiana libre de las ataduras de

la carne volando á la gloria. El cordero era el cristiano; el miembro del rebaño del Buen Pastor, ó sea Cristo, á quien se veía también figurado llevando sobre sus hombros la oveja querida. El pavón, cuya carne se creía incorruptible, representaba la inmortalidad del alma. Panes y peces, la Eucaristía; un hombre vertiendo agua sobre la cabeza de un joven, el Bautismo; una figura, generalmente de mujer con los abrazos abiertos en cruz, la oración ó bien el alma entrando gloriosa en el cielo. El cordero llevando una tau hebrea era el símbolo de la Pasión. Había además pinturas con verdadero asunto, como el sacrificio de Abraham, Jonás y la ballena, y hasta algunas paganas de simbolismo cristiano, como la de Orfeo atrayendo á todos los seres con los sones de su lira; Orfeo era ó representaba á Cristo, cuya doctrina atrae y recibe á todos los humanos.

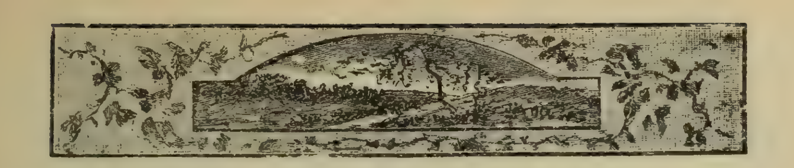
Las conferencias de Herenio con Antistio y Gémina, y más aún el grande y nunca imaginado horizonte moral que se abría á un alma generosa y compasiva como la suya, dieron por resultado forzoso que el griego aspirase á entrar en la nueva fe, como lo hizo recibiendo el bautismo de mano de Antistio y con asistencia de un buen número de creyentes que le dieron el ósculo de paz y hermandad.

A la vez que su alma, sedienta de luz y de ideal, pudo saciarse con el raudal inagotable que le

ofrecía la nueva religión y tranquilo ya sobre lo que personalmente le incumbía, sólo aspiró á verter y esparcir los tesoros de amor y caridad que abrigaba su derretido pecho. Ir por el mundo ayudando al desvalido, instruyendo al ignorante, consolando al triste y afligido, evangelizando los pueblos, reprendiendo el vicio eran ya su pensamiento único y su más ardiente deseo. Convencido como estaba de que sólo Cristo le había salvado la vida quiso dedicársela toda entera, sin mezcla ni participación de otro afecto.

Al salir el primer día á respirar el aire libre en el jardinillo que daba sobre la catacumba, una tarde cálida y serena de otoño, le parecieron otros la naturaleza, los montes, los valles y los ríos. Los hombres y mujeres eran á sus ojos más hermosos y amables. Repentinamente se estremeció acordándose de Aglae y de cuán ingrato y desconocido se mostraba, sin advertirle de que aún podía él contarse entre los vivos.





XII

LA PRUEBA

Cabalmente, aquella adorable mujer, como el náufrago moribundo la tabla salvadora, acababa de perder su última esperanza, con el suplicio de los dos asesinos, que nada pudieron decir sobre el paradero y suerte de Herenio. ¿Adónde encaminarse ahora? ¿Qué huella buscar? ¿Quién podría darle la menor noticia que tranquilizase su espíritu?

Triste y abatida se hallaba una mañana viendo correr la fuentecilla del peristilo de su casa, cuando le anunciaron que un hombre de edad y aspecto de filósofo ó pedagogo griego quería verla. Sin saber por qué latió vivamente su corazón y mandó que entrase. Inclinóse el recién venido y presentando un pergamino doblado y cerrado con cera y sello, dijo á la dama:

—Ante todo entérate, señora, de esa misiva que me servirá de introducción á tu presencia.

Leyó Aglae la corta epístola y, al acabarla, en

poco estuvo no caerse al suelo con la sorpresa. Rompió su pecho en un sollozo interminable y lágrimas copiosas rodaron por su marchito semblante.

—¡Vive, vive! ¡Oh, dioses: gracias infinitas! —exclamó, sin tratar de contener su inmenso regocijo.

Encarándose luego con el portador de la carta, le dijo:

—¿Dónde está? Quiero verle. Llévame á su presencia, ya que la flaqueza de su salud no le permite venir á nuestro lado. Ya sé también que á ti, hombre noble y generoso, te debe la vida: mira que recompensa puede mi mano ofrecerte si hay alguna que baste.

—Harto recompensado quedo, señora — respondió Antistio—, con tu gratitud y el contento que mi visita te causa. Pero en cuanto á conducirte al lado de Herenio me has de perdonar, señora, que te diga que es imposible: está en un lugar secreto y si te vieran entrar en él correrían peligro muchas nobles vidas. En tanto, pues que él no puede salir de su refugio, yo te enviaré todos los días, si lo deseas, noticias suyas. Traigo, sobre todo, una importante misión de su parte que te expondré con claridad, si me das licencia para ello.

—Habla como quisieres.

—Herenio te suplica le permitas dejar tu servicio.

—¿Por qué?

—Te lo diré expresando las ideas que actualmente le dominan, aunque choquen á tus oídos de romana. Ha abierto sus ojos á la luz de la verdad y se ha hecho cristiano.

—¿Cristiano? El, espíritu libérrimo, enemigo de toda opresión del entendimiento y de la voluntad; opuesto á la servil adoración de todo ser que tenga ó haya tenido vida mortal, ni aun de los antiguos dioses hechos á nuestra semejanza, ¿había de inclinarse ante hombre á quien dieron muerte sus mismos partidarios?

—Hablas, señora, con el desconocimiento común al pueblo romano acerca de esa doctrina. Pero yo no he venido aquí á discutir, sino á traerte un mensaje. ¿Puedes darme respuesta á lo que de ti se impetra?

—Sí, ciertamente. Libre es Herenio para ir donde guste. Quisiera, no obstante, saber cuáles sean sus proyectos. ¿Vuelve á su país?

—No, señora: para eso no hubiera dejado tu casa. Más alto y noble es su pensamiento. Quiere ir á Oriente, donde nuestra religión tuvo su origen. Estudiar en la misma fuente sus verdades; conocer las ideas de sus primeros apóstoles y confesores; visitar los lugares ilustrados por el divino fundador y maestro; adquirir prosélitos; escribir, predicar y difundir su doctrina por todo el orbe hasta donde sus fuerzas alcancen. Es joven y robusto; conocedor de la filosofía griega

y no ignorante de las orientales: mucho se puede esperar de su energía y del ardor con que abrazó la buena nueva.

—Está bien, noble Antistio. Puedes decirle que estoy conforme con todas sus ideas, y que, aunque no las necesita, lleva, no sólo mi licencia, sino mi voluntad de que todo le suceda como desea. Pero supongo que no se ausentará sin despedirse de los que le han amado y compartido con él la vida tantos años: de mí, de su padre adoptivo, el ilustre Bonoso; de Rufo...

—Así pienso que hará, señora. Yo mismo le aconsejaré que venga á besar la orilla de tu veste.

La inmensa alegría que experimentó Aglae al saber que Herenio era vivo, quedó harto contrapesada y obscurecida con el dolor acerbo de haber de perderle de nuevo y ya para siempre. Esta idea la afligía y solevantaba de tal modo que no dió treguas á su espíritu los días que siguieron á la visita del cristiano, imaginando razones y medios de impedir aquella ausencia. Pero ninguno le satisfacía: unos por ineficaces, á su juicio, y otros porque chocaban con su decoro y honestidad.

Inquieta y febril á veces y otras mustia y desalentada vió acercarse el término de la convalecencia del herido sin haber adoptado resolución ni aun saber qué diría á su exliberto cuando viniese á darle el adiós de despedida. Y sin pensar ni darse cuenta de ello, el día que señaló para re-

cibir á Herenio, habíase vestido y adornado con más primor y atildamiento que los otros.

Estaba peinada con aparente y estudiado descuido. Su cabello, realzado por delante y ondulado ligeramente, permanecía sujeto por un cordoncillo de oro que se cerraba en la nuca debajo del crinal, peineta que con artificio juntaba y recogía sobre el cráneo el resto del pelo para dejarlo caer suelto por la espalda, como Diana cazadora. Esto, después de haberlo abrillantado con sutiles aceites y perfumado con esencia de nardo micrósfero y zumo de ládano nabateo.

De sus orejas pendían arracadas de esmeraldas en forma de gotas de agua, y del cuello, ancho collar radiado con doble vuelta de perlas y esmeraldas alternadas con estrellitas de filigrana y una gruesa esmeralda en el medio que caía como una lágrima. En el antebrazo izquierdo lucía el espínter de doble serpiente enroscándose una en otra y en la muñeca rico dextroquerio de cabezas de Medusa con ojos de rubíes.

Era una tarde nubosa y húmeda de Noviembre. Recibió Aglae á Herenio en su precioso retiro del invernáculo que destinaba á la lectura y deportes musicales ó á las más íntimas visitas; habitación mediana, con suelo de mosaico ya cubierto por un tapiz oriental teñido de vivos colores. Las paredes, pintadas al fresco y acicaladas y bruñidas con polvos de mármol, ofrecían composiciones interesantes por su asunto y ejecución magistral. Sobre

todo la del lienzo mayor, que no tenía cortadura ni resalto, acusaba la experta mano de un artista ateniense ó alejandrino. Era la despedida de Briseida. La infeliz esclava vestía una túnica de color azafrán, como las desposadas romanas, y sobre la cabeza un ancho velo que descendía hasta la espalda y pecho. Con él secaba sus ojos bañados en lágrimas. Patroclo, cubierto con el casco, extendía su diestra á la joven como invitándola á partir, y Aquiles, de pie, al lado de su tienda, miraba con aire triste y severo á Briseida. Llevaba espada al costado y venablo en la mano, y con la otra parecía contestar á los dos heraldos de Agamenón que le reclaman á la joven cautiva. A la izquierda se veía un trozo de mar y barcos con las velas listas para desplegarse. Detrás de Aquiles un anciano cabizbajo, y rodeando la tienda algunos soldados que miran interrogativamente al hijo de Peleo.

El techo, de azul y oro sobre fondo blanco, respondía al gusto de lo demás de la sala.

Sobre pedestales de alabastro había en los rincones de la pieza estatuas medianas de bronce y mármol; como una nereida sentada sobre un tritón, con velo que parece llevarse el aire, que apoyaba su mano derecha sobre la gruesa cabeza del monstruo y con la izquierda levantaba graciosamente su ropa; un busto en mármol de Berenice con el cabello tendido, y, en bronce, el tierno grupo de Píramo y Tisbe: ella, inclinada

sobre el cadáver de su amante, se hiere con su misma espada.

En una preciosa mesa trípode con tres lebreles levantados y que parecían morder el borde de la tabla hecha con maderas olorosas de la India é incrustada de marfil y plata, había la capsa cilíndrica de los volúmenes que solía leer Aglae y la cítara que tañía para su recreo.

Como el aposento no recibía más luz que por una ventana con vidrios exiguos y poco ó nada translúcidos, desde media tarde era preciso encender luces. Casi en el centro de la cámara había un alto lignuco de bronce formado por una elegante pilastra corintia con relieves de bucráneos, mascarones trágicos y figuras, entre ellas una pantera devorando una cierva. Del centro se elevaba un delgado fuste estriado de más de un metro de alto y su capitel, del cual salían, como si las cardinas delgadas y sutiles se alargasen, cuatro ramitas de las que en cadenas colgaban cuatro lámparas dimixas, cada cual con su infundíbulo y avivador colgados de otras cadenitas, todo del mismo metal. El aceite estaba impregnado con el zumo de la raíz de aspálato de Siria, cuyo dulce y nada cansado aroma no se alteraba al quemarse con el aceite.

Aunque enteramente vestida Aglae, con su estola color amatista ó de púrpura yantina, recelando no aparecer bastante serena, echóse en el léctulo en que solía leer; cubrió la mitad inferior de

su cuerpo con el peristroma de amaranto, y medio recostada y apoyada la cabeza sobre la palma izquierda se ofreció á los ojos de Herenio, cuando, guiado por la solícita Clodia, penetró en el aposento.

Acercóse con timidez y silencio. Su rostro, pálido por la dolencia, se había puesto aún más blanco y marmóreo; un sudor frío empezaba á cubrir su noble frente. Sin mirar siquiera á la dama colocóse ante ella y doblando la cabeza y llevando al pecho la diestra le dijo con voz ligeramente ronca:

—Salve, señora mía.

Aglae, que estaba densamente pálida al entrar el joven, púsose encendida como una amapola cuando le vió cerca y oyó su acento.

Sin contestarle indicóle con el brazo libre una cátedra que había en frente del lecho; y como viese que no obedecía, porque no la miraba, le dijo en tono breve.

—Siéntate.

Herenio, á quien flaqueaban las piernas y temía caerse, hízolo sin demora. Entonces alzó los ojos y ya no pudo apartarlos, presa de la fascinación que sobre él ejercía aquel rostro divino. Borráronse de su memoría los sucesos de los meses últimos y le parecía estar, no en Roma, sino en Villa Marcia, en uno de los inolvidables coloquios en el peristilo, en el jardín, en el bosque; y aguardaba las preguntas y objeciones agudas,

discretas, epigramáticas ó burlescas con que Aglae se complacía en torturarle el ingenio.

Ella, á su vez, avergonzada y confusa, no se atrevía á levantar la vista hacia el joven, cuya mirada sentía pesar dulcemente sobre todo su cuerpo, ufana y alegre en su interior por haber despertado en aquella alma la admiración que siempre le había rendido.

Al fin, con el timbre cristalino y armonioso de su voz, le dijo:

—Me han asegurado que vas á emprender un largo y penoso viaje para instruirte de raíz en la nueva creencia que has recibido y difundirla en las regiones del Oriente.

Estremecióse Herenio, y apartó los ojos de Aglae, y mirando á uno y otro lado como si despertase de un pesado sueño, y tras un no largo silencio en que se repuso y calmó por completo, dijo, con voz humilde, pero serena.

—Sí, señora; es cierto... si tú, como mi ama, no te opones.

—Ya he dicho á tu emisario que ningún derecho tengo sobre tu voluntad, y aunque lo tuviera lo renunciaría ahora —contestó Aglae algo picada por el nuevo talante que no pudo menos de advertir en Herenio. Y añadió:—Pero, ¿no podías hacer lo mismo sin salir de Roma?

—En Roma hay sobrado quien pueda hacer más que yo. Además, Roma ofrece muchos inconvenientes por ahora. El pueblo romano, poderoso,

rico con los despojos de cien naciones, satisfecho con disfrutar los goces del cuerpo, disponiendo para su comodidad y placer de millones de semejantes suyos á quienes utiliza y exprime como animales domésticos, no recibirá por ahora nuestra doctrina.

—¿Y cómo ha de recibirla —exclamó Aglae— si le priva justamente de todo aquello que le es tan caro y por qué ha luchado tantos siglos? ¿Cómo quieres que el opulento renuncie á sus caudales, á sus esclavos, á sus placeres; mortifique su cuerpo; ponga tasa á sus deseos; refrene sus pasiones; perdone á sus enemigos, y, en fin, practique lo contrario de lo que durante ochocientos años que cuenta de vida la ciudad se viene haciendo de padres á hijos?

—Quizá lo haría —dijo Herenio— si considerase lo breve y fugaz de la vida presente y lo largo de la vida futura. Porque esta religión consoladora da á la parte más noble del hombre, que es su espíritu, paz y gloria inacabables. No andarán las almas vagando sin objeto como en vuestro Báratro ó en vuestros Campos Elíseos, sino que así como los arroyos y los ríos van derechamente á la mar, que es su centro, en donde hallan el descanso y paz que no tuvieron en su agitado curso por las sierras y los campos, así el espíritu del hombre quiere acercarse al seno del único Padre y creador de todos los seres, no para fundirse en él, y en este concepto es inexacto el

símil de los arroyos y los ríos, sino para obtener la parte de su gloria que le corresponda; gloria siempre pura, siempre inalterable y siempre nueva. Y este es el fin propio del alma y aquél el camino y el medio de lograrlo.

—No te negaré que, á pesar de mi rudeza y menguado discurso, alcanzo parte de la elevación y transcendencia de tus ideas. Pero ¿quién nos asegura que no sean una generosa ilusión tuya y de esas pobres y tristes gentes que forman las huestes cristianas?

—Lo prueban, ó por lo menos nos llevan á sospecharlo, el afán de perfección que aguija nuestra alma, el ansia de algo mejor y más puro que todo lo que este mundo nos ofrece; lo perecedero é inseguro de nuestra vida; las contrariedades, desgracias, muerte ó malogro de ilusiones y deseos, crímenes y tiranías que por fuerza conducen el pensamiento á otros lugares en que no existan, y, en suma, el vacío y eterna duda en que hasta hoy han vivido las viejas sociedades, por no saber elevarse á la concepción de un Ser único y omnipotente, eterna y viva fuente de toda perfección y grandeza. Además hay pruebas históricas auténticas, y por eso te han dicho que mi deseo principal es instruirme, completar mi noticia sobre la doctrina que me complazco en ejercitar. En Oriente están los sitios y lugares en que la religión cristiana tuvo su cuna; deseo visitarlos para recibir la impresión vívida y tangible del curso y predi-

caciones del divino Maestro de ella. Alientan aún varones que oyeron á los que, á su vez, le habían oído á él mismo; mis oídos ansían recrearse con aquellas palabras de luz celestial. Muchos de sus discípulos y doctores que les sucedieron han levantado su voz entre innumerable concurso en infinidad de lugares y han derramado sus escritos por todos los ámbitos de aquellas provincias; recoger el eco de aquella doctrina, oralmente vertida, y copiar las sabias amplificaciones y exégesis de tan ilustres profesores es el último de mis anhelos. Después de esto, millones de almas yacen sumidas en aborrecible y supersticiosa idolatría y en los más odiosos vicios y maldades. Guiarles por el camino del bien y mostrarles como fin y término la dicha, no este mundo ruin, donde sólo el dolor halla asiento, sino la perdurable, la que nunca se eclipsa ni decae, ¿no crees tú que puede ser digna empresa para que yo ensaye en ella mis débiles fuerzas?

—Sí, hallo grandioso el intento, aunque en el fondo no sea más que un sublime engaño. Las creencias no se imponen por la fuerza. Por eso, aunque Roma tiene el poder, no ha conseguido implantar su religión en donde logró imponer sus águilas, y, antes al contrario, ella tuvo que recibir los dioses y creencias de los pueblos vencidos por las armas. Y el Panteón romano es hoy un panteón universal, y tenemos templos de Isis, de Sérapis, de Mitra, del Sol, de Mania, de Astarté, Melkart,

y reciben adoración y culto las divinidades egipcias, etiópicas, sirias, fenicias, judaicas, caldeas, babilónicas, medas, persas, indias y hasta las de los países bárbaros y regiones cimerias é hiperbóreas. Por eso juzgo obra de insigne grandeza la del que sin más medios que su palabra y su ingenio consigue lo que no es dable á los más poderosos ejércitos. Pero ¿tendrás tú arrestos bastantes para ello?

—Esa duda me apena. Otros más fuertes y más sabios que yo sucumbieron á mitad ó menos de la jornada; yo también caeré quizás antes de comenzar, pero una voz interior me dice que cada fracaso es un escalón más en el ascenso y cada víctima un faro que ilumina la senda que ha de guiar á los más osados ó más valientes, y cuando yo también caiga, mi paso por el mundo quizás aliente á otros mejores y más dichosos.

Hablaba Herenio con aire inspirado y con tal fervor, que Aglae sentíase conmovida y miraba, con el más vivo entusiasmo reflejado en su rostro, aquel hombre generoso y desasido que renunciaba al bienestar, á la paz, á la dicha tranquila y hasta al amor para servir una idea que quizá no fuese más que un sueño deslumbrante y poético.

Pero pasado aquel momento febril y cuando al callar Herenio pudo tornar la consideración á sí propia, un hondo suspiro brotó de su pecho y no pudo menos de añadir con acento melancólico:

—Harás tu voluntad, Herenio, y tendrás ra-

zón; pero ¿no te duele el abandono y tristeza en que dejas á tu padre adoptivo que te quiere más que á sí propio; á tus amigos y compañeros de Villa Marcia, que á estas horas, locos de alegría, celebran tu reaparición con delirantes extremos; á mí, que...

Y no pudo seguir. Un sollozo en vano reprimido salió de su pecho acompañado de un raudal de lágrimas que bañaron su faz triste y compungida.

Púsose Herenio pálido como un muerto é hizo un primer movimiento hacia el lecho de Aglae, pero se contuvo al fin, y suspiró pensando con qué placer secaría él con sus labios, si le fuera lícito, aquellas preciosas lágrimas, que también él vertía hacia dentro y desgarraban su pecho.

Calmada un tanto Aglae, pudo completar su idea, diciendo:

—Yo temo, Herenio, los infinitos y grandes peligros que vas á correr; esto es lo que me aflige. Los cristianos están perseguidos, aunque no con la crueldad y furia que en tiempos de Domiciano. Dicen que el Emperador no quiere castigarlos mientras ellos no se declaren. Pero este mismo año creo que han arrojado un cristiano á las fieras en el anfiteatro y fué devorado por dos leones.

—Sí; el santo mártir Ignacio, obispo de Antioquía, á quien arrastraron desde allí á Roma para darle corona de gloria.

—¿Y no temes tú que te suceda algo semejante?—exclamó estremeciéndose de horror Aglae.

Sonrióse tristemente Herenio y contestó:

—He visto, señora, tan cerquita la muerte que ya no me produce susto. Además, el perder la vida por Cristo inspira antes envidia que espanto.

Tal convicción y sencilla fuerza de verdad puso Herenio en estas expresiones, que Aglae, después de mirarle con no disimulado asombro, bajó la cabeza disgustada del aire indiferente que hacia ella y todo lo que no fuese su creencia mostraba su joven liberto.

Este, á su vez, con la explicación que Aglae había dado á sus lágrimas, que tan á pique estuvieron de torcer y descaminar totalmente el curso de la vida de entrambos, acabó de creer que nunca la dama había sentido por él más que la dulce amistad que á otros profesaba. Pesóle de ello allá en lo más hondo del alma; pero tornando sus ideas y deseos al nuevo y primordial objeto de su vida, procuró ahogar todo sentimiento ó palabra que revelasen su vieja y nunca vencida pasión amorosa.

Dijo la dama con cierta ironía mal velada:

—Vosotros consideráis á los que padecen muerte violenta por su creencia como semidioses, á la manera de Hércules ó Teseo.

—No como semidioses, señora, pues nuestro Dios es uno é indivisible; pero sí como fieles cumplidores de su ley y seguidores del sublime ejemplo dado por nuestro fundador. Sobre la losa

de su venerado sepulcro hacen oraciones los sacerdotes y conservamos y honramos sus reliquias.

—Y hasta servirán para fortalecer en la idea á los claudicantes y harán prodigios —continuó con zumba la dama.

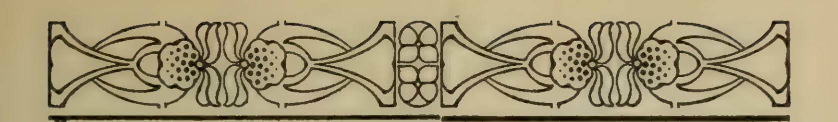
—Sin duda alguna—añadió seriamente Herenio.

—Entonces, ya que vas á Oriente, te agradeceré me traigas de allá las reliquias de algún mártir; quizá sean más poderosas que las de esta ciudad para mover incrédulos.

—Tal fuerza tienen en mí tus deseos —dijo también con su repunta Herenio—, que si fuera dable te enviaría mis propias reliquias si ellas pudieran operar tu conversión á la fe de Cristo. Ganar un alma como la tuya sería por sí sola causa de que yo fuese gustoso á la muerte.

Y Herenio puso fin á la conferencia, levantándose de su asiento.

Este movimiento volvió á la realidad á Aglae. Y la realidad era que Herenio se iba y que ya no volvería á verle. Miróle con los ojos preñados de lágrimas, y cuando él, lleno de humildad, fué á arrodillarse ante ella y besando el borde de su estola le dijo: "Perdóname, señora, cualquier ofensa ó disgusto que te haya causado", era la mirada de la dama tan dolorosa y tan suplicante, que de haberla advertido Herenio, hubiera quizá dado al través con sus propósitos. Salió sin volver la cabeza y sin oir los gemidos y atropellados singultos que inmediatamente resonaron en el cenáculo de Aglae.



XIII

EL AMOR Y LA FE

Los primeros días de la ausencia de Herenio los pasó Aglae en la mayor tristeza y desolación imaginables. Marchitáronse las rosas de su cara; una sombra obscura y verdosa cercaba sus ojos brillantes por la calentura; los pómulos comenzaron á querer romper la piel y todos sus miembros enflaquecieron de un modo harto visible.

Ni sueño ni comida disfrutaba con tranquilidad; no salía de casa ni apenas de su habitación, no obstante los esfuerzos de su hermana Junia, cuyo remordimiento cesó al saber que era vivo Herenio, y volvió á su vida alegre y procelosa con mayor gusto cuanto que se veía libre del odioso Eutico.

Vino á pocos días el mayordomo, quien dijo á su ama cómo Herenio había pasado dos en Villa Marcia, dejándolos á todos en el mayor desconsuelo al ver que lo habían hallado para volverlo á perder y ahora para siempre.

Llegó, por último, Antistio á noticiarle que Herenio, después de aguardar muchos días en Nápoles la salida de los barcos de Grecia, cerrada la navegación casi todo el invierno, había optado por atravesar desde Brindis al Epiro, su patria, y seguir por tierra hasta la Acaya, donde le sería fácil ir de isla en isla hasta el Asia Menor.

Vió tan decaída y triste á la dama quien, en el paroxismo de su dolor, le declaró que se cambiaría por la última de sus esclavas, que, adivinando el secreto que ni el mismo Herenio conocía, no pudo menos de compadecerla y alabar su honestidad y el valor sobrehumano con que había soportado la última y terrible prueba de la despedida.

Expúsole con el debido tacto los infinitos consuelos que la religión cristiana podía prestar á las almas atribuladas como la suya; pintóle cómo aquella creencia tenía para sus adeptos un plan completo de vida; cómo desde que recibía al neófito ya no le abandonaba ni en la muerte; contribuía á sus legítimos placeres, festejando sus casamientos, sin tener para nada en cuenta el matrimonio pagano; el nacimiento de los hijos, sus cumpleaños y otros aniversarios con inocentes deportes; cómo dirimía todas sus discordias con la paternal autoridad de los obispos y sacerdotes, y cómo, en fin, no cesaba de aconsejar la paz y vida alegre en Jesucristo, origen y manantial de toda dicha y contento.

—En resolución —agregó—: esta es la religión de los afligidos y desamparados de humano remedio. Con ella toda escabrosidad es llana; las espinas se convierten en rosas; los trabajos son deleite y la tribulación se vuelve en gloria.

—Has dicho —interpuso Aglae— que vuestra religión autoriza el matrimonio de sus fieles.

—Es un verdadero sacramento, instituído por su divino fundador.

—Y ¿no hay impedimentos de clases como en la ley romana?

—En la iglesia de Cristo todos somos hermanos.

Calló por entonces Aglae, quedándose hondamente pensativa. Pero otro día, pasados muchos, en el que el sacerdote fué de nuevo á verla, le dijo de repente:

—Buen Antistio: yo quiero ser cristiana. Deseo que me instruyas.

—Enhorabuena —respondió él—. Ya esperaba yo esta resolución: tú siempre tuviste el alma dispuesta á recibir nuestra doctrina. Fuiste humilde y obediente á tus mayores; has practicado el bien sin alardes; eres dulce y compasiva; aborreces los dioses romanos y con razón, desde que entre ellos se colocó al asesino de tu madre; tu alma busca un ideal de perfección, bondad y belleza que el paganismo no puede darle; eres virtuosa y casta. No te falta más que la instrucción que yo puedo comunicarte.

Comenzó Antistio su enseñanza por las reglas de moral que Aglae aceptó sin repugnancia, pues, salvo la del amor y la caridad universales, ya eran las suyas. De ahí pasó á la concepción cristiana del mundo, de la libertad y responsabilidad morales, vida futura, y pudo elevarse á la del Ser Eterno; caída del hombre; necesidad de la redención y vida de Jesucristo y sus primeros discípulos.

Esto último era lo que la catecúmena seguía con mayor interés. La persona de Cristo, su predicación, su vida; las santas mujeres que le acompañaban: todo ello despertaba tal ardor y simpatía en el corazón de Aglae que palpitante escuchaba la lectura de los Evangelios y de las muchas vidas de Cristo que los cristianos judíos habían traído á Roma. Sobre todo el drama del Calvario de tal suerte robó el ánimo de la noble viuda, que hizo copiar ó adquirir todas las versiones que pudo, y con frecuencia la hallaba Antistio, cuando venía á su lado, llorando al leer los diversos episodios de la divina tragedia.

Por último: terminada ya su educación teórica, fué un día á la misma catacumba en que habían recogido á Herenio, enlazada entonces con la que se llamó mucho más tarde de Santa Inés, y tuvo el placer de ser bautizada, en obsequio á su clase y circunstancias, por el obispo auxiliar del pontífice San Evaristo, y honrada con la asistencia

de matronas ilustres que ya habían recibido el sacramento.

Compareció sin más vestido que una túnica de lana, suelto el cabello y desnudos los pies. Colocóse en un pilón con agua que subía á la mitad de sus muslos; juntas las manos y puestos los ojos en lo alto. El obispo, con la diestra apoyada sobre la cabeza de Aglae, le forzó blandamente á completar la inmersión hasta tres veces, en nombre de las tres personas de la Trinidad. Derramó luego una concha de agua sobre sus cabellos para que todo el cuerpo recibiese la ablución renovadora; ungió su frente con el óleo bendito y purificado; cubrió su cabeza con el crismal ó velo místico y se pronunciaron las oraciones del caso.

Salió del baño sagrado la neófita, y luego de seca con los paños de gausápa que tenían las diaconisas, Gémina entre ellas, la madrina, que era Flavia Domitila, nieta de Vespasiano y, por tanto, lejana deuda de Aglae, y dueña del terreno bajo del que se iba cavando un cementerio cristiano, en la vía Ardeatina, le vistió la blanca túnica de lienzo, símbolo del estado de inocencia á que volvía; ciñó á sus sienes una corona de mirto; le calzó blancas sandalias y en este traje se presentó al obispo, que otra vez la bendijo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Recibió el ósculo de paz de sus nuevas hermanas y regresó á su palacio, acompañada de la ilustre matrona Domitila, quien, luego que supo la

intención de Aglae, no dejó de fortalecerla con sus prudentes consejos.

Oíale con reverente asombro la neófita contar la inicua persecución y desecha borrasca de su casa, cuando Domiciano, su cruel tío, hizo degollar y poner en las gemonías al inculpable Flavio Clemente, su primo carnal y heredero del trono, marido de la dama, y desterrarla á ella á la inhospitalaria isla de Ponza, para que allí muriese. dejando en poder del monstruo dos tiernos hijuelos, ya sin amparo en el mundo y en peligro inminente de que olvidasen las dulces y cristianas enseñanzas que ella les daba. Todo lo sufrió con ánimo invencible y constancia hasta que la muerte violenta de aquel enemigo del género humano pudo volverla á la paz de su casa y al cariño de sus hijos.

Aquel día fué completo de satisfacción para Aglae. Antes de cerrar la noche volvió Antistio á su casa con un pliego de pergamino en la mano. que le mostró diciendo:

—Es carta de nuestro Herenio. Vengo á leértela, hija mía, porque sé que te alegrará.

Ruborizóse Aglae y nada dijo. Desdobló el cristiano el pergamino y leyó lo que sigue:

"Herenio á Antistio de Roma.

Antioquia, á los Idus de Octubre.

Paz y gracia en Cristo. Venerado padre y maestro: Ya te comuniqué mi partida de Italia por

Brúndisium, cansado de esperar en Neápolis la salida de los buques que van derechos á Grecia y Oriente. Ahora te daré cuenta del resto de mi viaje.

Llegué á mi casa de Oxinia, causando la natural y alegre sorpresa en mis hermanos, que se regocijaron un punto creyendo me quedaría entre ellos y luego me despidieron con duelo y tristeza. Proveyéronme de lo necesario para mi viaje, y de un criado ó compañero que me ayudase á llevar el hato del camino.

Bajamos á Atenas, que saludé no sin lágrimas, porque aquí empezó mi buena fortuna, en la furiosa procela que venía corriendo, desde que, aún imberbe, salí de mi casa. Aquí me recogió Marco Vespilio. Su persona me dió abrigo y me redimió de la esclavitud y de la ignorancia. Aquí hallé ahora las primeras huellas de la portentosa odisea ó, por decirlo en términos más conformes á nuestra creencia, del glorioso apostolado de Pablo, el grande. Visité humilde la casa de Dionisio Areopaguita, por él convertido y primer obispo de Atenas.

En esta ciudad hay muchos cristianos, y lo que me ha llenado de asombro es la libertad de que gozan para comunicarse y hablar públicamente de su fe. Aquí se considera el cristianismo como una de tantas doctrinas y sectas filosóficas que diariamente controvierten y pelean. Se habla y discute mucho: me pareció ver en algunos que se

llamaban cristianos resabios de filosofía estoica y aun cínica y dados á hueca palabrería, cuando no á extrañas imaginaciones: más atentos y sumisos á las palabras de los pastores y maestros, hubiéranme parecido mejores. Son, como dice el buen apóstol Judas Tadeo, nubes sin agua que los vientos llevan de acá para allá, árboles de otoño sin fruto y dos veces muertos.

No hallando libros ni escritos relativos á nuestra fe pasé á Corinto, donde presumía estar más vivo el recuerdo del paso de nuestro incansable evangelizante, y no padecí engaño. Aquí hay una población moderna, sin orgullo de origen, pues se compone de libertos, esclavos, judíos y otras razas diversas. La semilla del cultor de Cristo germinó, floreció y dió rico y lozano fruto. Adoré la casa del apostólico matrimonio Aquila y su mujer Príscila nuevos Juniano y Andrónica, desterrados de Roma por el emperador Claudio, que hospedaron á Pablo y le ayudaron en sus felices empresas, como después la otra santa pareja Filemón y Apia. ¡Qué elocuencia, qué fuerza de verdad no tendría la palabra ardiente que después de atraer á casi todo el pueblo á su fe logra convertir á Cayo y á Crispo, el doctor judío, el presidente de la Sinagoga, y á continuación al sucesor Sóstenes, que le habían dado los recalcitrantes hebreos? Hallé y copié cartas y arengas del maestro y una vida de Cristo que no recuerdo haber oído mentar entre los textos que los hermanos

tienen ahí: todo lo he trasladado de mi mano con la mayor fidelidad.

Como los adeptos me aseguraron que en Efeso hallaría más y mejores documentos de enseñanza, me embarqué en uno de los bajeles que hacen la travesía y comunicación de las islas. Pasamos cerca de Patmos, islote siempre verde cubierto de olivos y laureles, donde el apóstol Juan, el discípulo amado, compuso sus libros. Me aseguró un pasajero que más noticias que en Patmos hallaría de nuestro evangelista en Efeso, donde tantos años hubo de residir.

Subimos bordeando la costa sur de la isla de Samos y arribamos á la gran ciudad. Debe su cristianización, primero al santo matrimonio, ya citado, de Aquila y Príscila, enviados por Pablo como precursores suyos, y después al insigne Timoteo, hijo del espíritu de Pablo, depositario de sus más recónditos pensamientos y que en ella esparció los rayos de su celestial doctrina.

También se recuerda con placer la predicación de los macedonios Aristarco y Gayo, hechos discípulos de Pablo, luego que éste en Filipos tornó cristianos á su huéspeda Lidia, la vendedora de púrpura, y hasta al carcelero que le custodiaba, y que asombrado ante la majestad de aquel hombre tan pobre y tan rico le preguntó prosternándose: "¿Qué quieres que haga?"

Pues ¿cómo olvidar los muchos años de residencia, predicación, gobierno y consejo en esta

insigne ciudad del más joven y último testigo de las palabras y hechos del Señor, que supo eternizar en sus divinos escritos? No hace muchos años que desapareció de entre los vivos, por eso todos recuerdan aún sus oraciones y enseñanzas. ¡Con qué espiritual deleite gustarás, Antistio, la doctrina que mi torpe mano ha podido recoger de tan inspirado apóstol!

El número de cristianos aquí es muy grande y hay varias casas y cuevas para reunirse. Sabiendo que yo era romano quisieron oir de mis labios el estado de nuestra iglesia en la capital del mundo. Lleváronme á un local espacioso en que había centenares de fieles. Como tuve que esforzar la voz para hacerme oir, mi oración revistió los caracteres de sermón ó arenga. Dios quiso castigar mi orgullo y me he convencido de que no serviré para este oficio. Mi voz es floja y poco armoniosa; mi palabra lenta, no cierto por falta de ideas, sino por dubitación irremediable é involuntaria en la elección de vocablos; las ideas acuden en desorden á mi memoria, y hasta mi acción es torpe é inexpresiva. Un anciano me dijo que no hablase sino que leyese lo que haya de decir ó bien adoptase el tono sencillo de la conversación amistosa que me había probado bien en Corinto. He aquí mi primer fracaso, ya no podré evangelizar con la palabra fulgurante como el rayo y como él rápida en sus efectos. Sólo podré escribir, y gracias que por este medio lento

de conversión y divulgación de nuestras doctrinas pueda ayudar á los hermanos.

En cambio me he hartado de copiar y recoger textos preciosos. No sólo cartas y advertencias del maestro Pablo, sino el recuerdo de todos sus dichos y máximas conservados en la memoria de quienes los oyeron de labios de Áquila y su mujer; sermones y pláticas del persuasivo Timoteo, á quien he tenido la dicha inefable de oir muchas veces. ¡Oh, querido Antistio!, quién te hubiera tenido á su lado para ayuda en trabajo tan agradable, pero tan prolijo. He adquirido algunas vidas y predicación del divino Redentor que me han parecido curiosas y no comunes.

Salí de Efeso rico de documentos, que son mi tesoro. Me interné en la Pisidia y parte de Licaonia, país éste en que Pablo hizo dos de sus más excelsas conquistas espirituales, como fueron en Iconio la conversión de la virgen Tecla, y en Listria la del dulce y afluente Timoteo, y, al fin, llegué á Tarso, la propia cuna de él, de nuestro incomparable Pablo, el maestro de todos los maestros.

Es una ciudad grande, dulcemente recostada sobre la orilla izquierda del río Cidno y no lejos del mar; rica, centro de un activo comercio de todo género, en especial de las telas que ahí llaman *cilicium*. Tiene infinidad de telares en que se fabrican tapices, en cuyo oficio, como sabes, trabajó el mismo Pablo, ¡ejemplo insigne de hu-

mildad! Pero es á la vez pueblo muy culto: hay escuelas y gimnasios científicos y unas famosas aulas de retórica en que se afina y depura la emisión del pensamiento por intermedio de la palabra, escrita ó hablada. El idioma corriente es el griego, por ser griega la masa de la población, pero hay numerosos judíos que en gran parte son ya cristianos. El elemento latino, que es el que ejerce los mandos y empleos, es orgulloso y despótico con el pueblo. Muchos recuerdan aún con soledad el paternal gobierno de mi amo Marco Vespilio y suspiran por otro que se le parezca.

He visitado á Sérpulo, el mayordomo ó *procurátor* que tiene aquí mi señora Aglae. Me ha visto con desconfianza desde que supo que ya no pertenecía al servicio de ella, creyendo quizá que por alguna mala acción me hubiese despedido. Con todo eso no tengo por qué modificar el buen concepto que de él habíamos formado antes. Es honrado, fiel, celoso por el aumento y prosperidad de la hacienda de mi señora y creo seguirá dando buena cuenta de su oficio.

Los recuerdos y noticias que de nuestro apóstol guarda su patria son tantos y tales que he resuelto volver y establecerme aquí hasta que pueda dar fin y remate á una historia de su prodigiosa vida y buenas andanzas que me he propuesto escribir y presentaros ahí cuando vaya como el más querido de mis recuerdos de viaje.

En frente casi de Tarso está la gran metrópoli cristiana actual, la populosa Antioquia. Situada en un amenísimo valle á la margen izquierda del Orontes y no lejos del mar, cuenta más de quinientos mil habitantes: es una segunda Roma, tanto por su extensión, cuanto por la confusión de gentes de todos países. Aquí reside el legado imperial de toda la Siria y, por ende, el contingente latino es numeroso y rico, pues disfruta los cargos y honores y ejerce el imperio por medio de las cohortes que guarnecen esta plaza.

La vida intelectual es activa en grado sumo. Como se hablan tantas lenguas claro es que hay muchas doctrinas, filosofías y teogonías sobre el platillo en las disputas y polémicas de las escuelas y liceos. Para todas hay campo abierto y libertad de exposición, salvo para una, la nuestra. La feroz intolerancia del gobernador Cecilio tiene espantados y cohibidos á los míseros cristianos, que lloran aún lágrimas de sangre al recordar cómo el año anterior arrebataron de su silla episcopal al héroe Ignacio Teóforo para conducirle golpeado y ultrajado y escarnecido de mil modos á las fieras del anfiteatro Flavio de Roma.

Se reúnen secretamente de noche en cuevas, campos y cementerios. Yo he tenido que recontar varias veces y en lugares distintos la muerte del glorioso mártir, atajado á cada instante por los gemidos y llantos de estos pobres rebaños á quienes se les quitó su pastor amado. Tenían ya sucinta

noticia de ella por una carta de Policarpo, obispo de Esmirna, y amigo devotísimo de Ignacio.

Y, sin embargo, aquí fué donde Pablo fundó su primera iglesia; aquí nació el nombre de *Cristiano* y aquí residió el primer obispo de Antioquia, el fogoso y nunca rendido Bernabé, primer compañero del apóstol de Tarso, de donde le vino á sacar para que diese luz al mundo.

A propósito de Bernabé, olvidábaseme decirte que, antes de abandonar á Tarso hice una excursión á la isla de Chipre, su patria, en que también hizo Pablo dos de sus más gloriosas conquistas para el reino de Cristo, las primeras entre gentiles ilustres, ó sean el gobernador romano de la isla y su mujer. Hoy no escasean los cristianos, especialmente en la parte oriental y su puerto de Sálamis; al otro lado está Pafos, donde la leyenda pagana supone tuvo nacimiento en medio de las espumas la más bella pero también la más deshonesta de sus diosas.

En Antioquia residiré aún varios meses; el trabajo es mucho; abundan los escritos y los recuerdos de los protofundadores del cristianismo en esta opulenta metrópoli; mi compañero me ayuda; he hecho de él un excelente escriba. ¡Qué tesoros, caro Antistio, ofreceré á tu vista cuando vaya!

Luego iré más al corazón de la buena doctrina. Pasaré por Cesárea, donde el apóstol cabeza de todos, Pedro, convirtió y bautizó al feliz centurión Cornelio y buen número de los itálicos de su

centuria, y aun de la cohorte, y donde el diácono Felipe y sus cuatro hijas mantuvieron largo tiempo la fe de Cristo antes de padecer por él martirio de Hierápolis. Entraré en Galilea y recorreré aquellos lugares eternamente memorables que antes que ningunos oyeron la celestial palabra; me embarcaré en el lago sereno y azul en que El se hizo pescador de hombres y bajaré á la Judea, no para llorar la destrucción y ruina de su templo, símbolo del orgullo y pertinacia farisaica, pero me iré á prosternar al monte Calvario. Mis lágrimas (ya las vierto ahora de pensarlo) empaparán aquella tierra la más santa del orbe en que reposó algún tiempo la mortal vestidura del rey de los cielos.

Y rico y ufano con los despojos que sacaré de estos países iré á presentároslos á ti y al padre común de los fieles para que con ellos enriquezcáis la biblioteca que se junta en el cementerio que fué tumba de Pedro. Los estudiaremos juntos, y si después me consideráis digno de ayudar en vuestras altas empresas, en la modesta esfera á que mi falta de medios naturales me deja reducido, seré vuestro siervo.

Dile á mi señora que ni un solo día dejo de pedir para ella todas las dichas que merece y que la gracia ilumine por completo su alma, para que venga también al gremio dulce y amoroso de Cristo.

Adiós, padre; larga ha sido mi epístola, pero ¿á quién mejor que á ti que has sido mi guía, mi

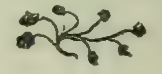
maestro, pudiera contar, que las leyera sin empacho las minucias de mi vida? La paz de Cristo con todos.

HERENIO."

Lágrimas silenciosas y dulces bañaban las mejillas de Aglae conforme Antistio iba leyendo la conmovedora carta del joven.

Acabada la lectura, exclamó enternecido Antistio:

—¡Qué fe, qué entusiasmo y qué gran modestia! Llama trabajo menudo al ímprobo de adquirir textos, trasladarlos depurados y ordenarlos con amor y celo, cual si fuera de poco valor el acopiar, reunir y unificar la doctrina antes de que errabunda y dispersa pueda sufrir alteraciones sustanciales causadas por la ignorancia ó quizá por la malicia. Venga él y salga con lo que pretende y verá cómo nuestra cabeza y los que le ayudan con su consejo le tiene por tan ilustre campeón de la fe pura como si con avasalladora elocuencia subyugase los ánimos y atrajese á rebaño de Cristo ovejas á millares.





XIV

LA DICHA EN EL CIELO

Antes de contestar á Herenio —decía Aglae en la mañana siguiente á su director Antistio, sentados ambos en el peristilo de su casa—, quiero, padre, someter á tu consideración un proyecto que abrigo y sustento ha muchos meses.

—Te escucho —dijo el maestro.

—Casi desde su llegada á mi casa, Herenio sintió por mí un amor que no pudieron extinguir ni mi casamiento ni la imposibilidad de consolidarlo legalmente. Poco antes de sus heridas me lo confesó por primera y única vez, en circunstancias que disculpan harto su osadía. Pero lo que él no supo entonces ni sabe aún es que yo sentía y siento por él igual ó mayor afecto. Si la pena de su ausencia no me ha muerto consiste en que tus palabras, sabio Antistio, me han abierto luz y camino en la tenebrosa noche de obstáculos y dudas que me cercaba y envolvía. El matrimonio

cristiano no está vedado entre personas de condición social diversa, con tal que se hallen libres de todo vínculo anterior; ni en Herenio ni en mí existe ese defecto. ¿Ves tú inconveniente en que podamos casarnos?

—Ninguno —respondió Antistio—, y antes bien un acto de gran conveniencia para entrambos, ya que él no puede ó teme entrar en el sacerdocio, como un tiempo fué su deseo.

—Pues bien, escríbeselo así; y como pudiera suceder que sus estudios y tareas le obligasen á permanecer aún en Oriente mucho tiempo, dile que envíe poder ó designe representación que en su nombre pueda celebrar el sacramento. Yo partiré á Cilicia á unirme con él; allí estaremos más tranquilos. En Tarso, donde se propone residir y componer la historia de la vida de Pablo apóstol, tengo yo casa y bienes abundantes; nadie interrumpirá sus trabajos.

Hízose así y Aglae despachó con la misiva é instrucciones á Jantipo que, por consejo de Herenio, había renunciado á su propensión á la bebida y se había casado con Micala, la sierva favorita de Aglae, recibiendo ambos su libertad como regalo de boda y salario de la casa.

En tanto Aglae, para entretener su impaciencia, comenzó á disponer lo necesario para un viaje que podría quizá durar años. Hizo que Bonoso admitiese como su inmediato sucesor en el cargo de mayordomo á Rutilio, la hechura de Herenio, y

que sin dificultd podía ya manejar toda aquella máquina de Villa Marcia.

Apenas transcurridos dos meses, volvió Jantipo con la respuesta de Herenio en estos términos:

"Herenio á su señora Marcia.

Tarso, en las Calendas de Abril.

¿Es posible, reina y señora de mi alma, que tu siervo haya hallado gracia ante ti y que pretendas elevarlo á la excelsitud de tu dulce tálamo? Mi ánimo se confunde humillado y atónito y no sabe cómo expresarte la dicha que siente y turba su razón y le fuerza á preferir y anteponer sus egoístas satisfacciones al deber de felicitarte lo primero y dar gracias al cielo que ha permitido que tu alma, regenerada por el bautismo, pueda ir un día á morar entre los ángeles.

¡Qué dicha tan grande, señora! Y para col mo de bondad quieres que yo participe doblemente de ella como hermano en la fe y como esposo del corazón. Sí, señora, acepto... ¿qué acepto? De hinojos te suplico me recibas por tu marido. Tal fortuna llena y rebasa la más grande de mis aspiraciones en esta vida.

En vez de esta epístola hubiera ido yo á arrojarme á tus plantas si me fuera dable hacerlo. Pero estoy encarcelado en esta ciudad por el delito que constituye mi gloria: por ser cristiano. Fué mi acusador un hombre á quien no conozco, pero que

asegura serle necesario el público reconocimiento de mi existencia para volver á Roma, de donde se ha fugado. Supongo será cómplice en las heridas que recibí; de lo uno y de lo otro le perdono sinceramente.

Hasta ahora no se ha empezado mi causa, porque el gobernador, de quien aseguran que dejará pronto el cargo, anda visitando las provincias y no vendrá en algunos días. Sentiré ahora doblemente, sobre todo por ti, el perder la vida. No irritaré á mis jueces con provocaciones y jactancias que, aun siendo justas, parecen hijas del orgullo; veré si con humildad puedo lograr una sentencia benigna; todo lo haré menos apostatar ó negar la fe de Cristo, que si tal hiciese, á buen seguro que no me creerías digno de tu mano.

En tanto ahí te envío el poder para que Antistio ú otro en quien él delegue pueda casarse contigo en mi nombre. Si lo crees bueno haz uso de él; si no, esperaremos á que yo salga de estas prisiones, y entonces volaré á tu lado.

Adiós, hermosa mía. Beso el pie de este escrito para que la impresión del beso en el pergamino sea visible á tus ojos, pero con el deseo repito cien veces más ardorosos aquellos mil que estampé en tu rostro la tarde última que pasé á tu lado en Villa Marcia. ¿Te acuerdas?

HERENIO."

Entraba á la sazón Antistio en la sala cuando Aglae, llenos los ojos de lágrimas y castañeteando los dientes de terror, le dijo:

—¡Preso! Está preso en Tarso por cristiano.

Leyó el anciano la carta y dejándola sobre una mesa, dijo:

—Es un fuerte contratiempo, y no sé qué podamos hacer.

Las noticias que Jantipo les dió no eran tampoco muy halagüeñas. El gobernador de la Cilicia tenía opinión de hombre duro y cruel. Además estaba disgustado por no haber obtenido la renovación del cargo para seguir esquilmando su rebaño.

Rehaciéndose Aglae, y con un vigor y confianza que admiró á sus amigos, dijo:

—Esta noche, Antistio, si te es posible, nos casaremos; mañana me echaré á los pies del Emperador y obtendré el perdón de Herenio y al día siguiente saldremos para Tarso.

Corrió Antistio á disponer lo necesario para la extraña boda, que se hizo con la solemne tristeza que embargaba el ánimo de la novia y el de los amigos de Herenio.

Al otro día vió al Emperador, de tránsito en Roma para una de sus expediciones guerreras, que la recibió con benévola atención y cariño. Díjole haber conocido de joven á su padre, que le había parecido un ilustre romano digno del tiempo de los Escipiones. En el acto le otorgó el perdón de su liberto, y aún más, le ofreció despachar

al día siguiente un emisario oficial con el duplicado de la orden de indulto por si la de Aglae no llegase. ¡No llegar! Bien sabía ella que llegaría antes mientras un átomo de vida le quedase.

Informó á su hermana de su viaje, excusándose con la necesidad de visitar sus tierras de la Cilicia y acompañada de Antistio, que aceptó la invitación de ir á conocer aquellos países; de su ama Clodia y sus dos libertas Rósula y Micala con sus maridos Rutilio y Jantipo y otros criados salieron para Nápoles.

Era la estación de los viajes marítimos, pues mediaba ya la primavera. Fletó Aglae dos barcos por un tiempo indefinido, y á pocos días salieron con dirección á Grecia. Atravesaron el estrecho de Messina sin que las Sirenas intentasen detenerlos con su adormecedores cantos. Siempre con un tiempo apacible y viento seguro del céfiro, cruzaron ese engañador Mediterráneo entonces terso y limpio como un espejo de plata. Por las noches la luna en creciente distraía las miradas inquietas de Aglae, que á cada instante creía distinguir las rojizas costas helénicas que no había visto desde la infancia.

Levantábase siempre antes que el alba y gozaba el espectáculo incomparable de ver surgir de entre las aguas, á su izquierda, el disco solar rodeado de chispas de fuego y que al desprenderse totalmente del húmedo horizonte parecía dejar caer, como esos fuegos de artificio, sus rayos do-

rados y blancos. Y á la tarde veíale hundirse á la derecha rojo y sin aureola flamígera en un lecho de nubes arreboladas como si estuviera rendido del gasto de luz, de calor y de vida vertidos en el curso del día sobre el planeta.

Mañanas y tardes pasaban tocando las jarcias y velamen de las embarcaciones, rápidas como el pensamiento, las gaviotas y otras blancas aves de mar y delante de la proa iban de continuo saltando y jugando hinchados y negros delfines, cuya vista entretenían, con la pesca, las cansadas horas del viaje.

El viento de las costas italianas hinchaba las enormes velas tendidas, sin escasear alas ni perroquetes que doblaban la velocidad; pero el ansia de Aglae iba siempre delante y pedía un huracán que de un vuelo la arrojase en las costas de Caramania.

A los ocho días dejaron por barlovento la isla de Citera. Allí quedaba la Grecia, la patria de Aglae. ¡Con qué placer la saludó, pero con qué gusto dijo al capitán de la nave que nada tenía que hacer en aquella tierra del arte!

Fondearon en la isla de Creta dos días para descanso de la tripulación, renovar el agua y tomar víveres frescos con que emprender el camino ya más peligroso del mar de Licia. Pasaron entre el peñasco de Saro y la isla de Rodas, cuajada de rosas primaverales que embalsamaban el aire y de obscuras adelfas y rododendros; doblaron el promontorio Anemurio; salvaron el

cabo Sarpedón, y con el viento casi de proa fueron subiendo, no sin dificultad, al nordeste, dejando á la espalda la entonces moderna villa de Pompeyópolis, la de Soli y el 14 de Mayo, antes de mediodía, fondeaban en la desembocadura del Cidno.

Todavía faltaban seis millas para llegar á la ciudad de Tarso, que salvó la ansiedad de Aglae en dos horas, corriendo en ágiles yeguas nacidas y criadas en los pastos del monte Tauro; y sin más compañía que su ama y Antistio, dejando á los demás criados que fuesen á preparar su alojamiento en su palacio, nunca por ella visto, corrió al del gobernador, que sin duda por antifrasis, llevaba el nombre de Simplicio.

Admitióla en el acto á su presencia, y ella le dijo:

—Soy Marcia Vespilia, hija del que fué gobernador de esta provincia y vengo á traerte esta orden del César.

Tomóla con manifiesta sorpresa el procónsul, no sospechando qué tendría que ver con él aquella hermosa joven. Leyóla con calma, y dejándola caer sobre la mesa que tenía delante, respondió sin ocultar su maligna sonrisa:

—Siento en extremo, señora, no poder cumplir la orden de mi soberano, porque el liberto por quien abonas ha sido degollado esta mañana.

—¿Cómo? —exclamó ella, abriendo extraordinariamente los ojos.

Simplicio hizo con las manos y hombros un ges-

to como que lo hecho ya no tenía remedio, al paso que uno de los oficiales añadía:

—Sí, ha sido muerto con otros diez viles cristianos que se negaron contumaces y rebeldes á desechar su execrable doctrina.

Llevóse Aglae las manos al pecho, porque la respiración le faltaba y lanzando un tristísimo gemido y exclamando: "¡Muerto!", cayó desplomada en el suelo. Acudiéronle sus dos allegados, presa del mayor espanto, y aun el cruel Simplicio manifestó algún interés á la vez que extrañeza de que un liberto causase tal dolor á tan principal señora, lo que atribuyó á la sorpresa.

Fué poco á poco volviendo en sí, y sin duda acordándose de que era romana y patricia, sin derramar una lágrima y con voz en apariencia tranquila dijo al procónsul:

—¿Me podrás entregar su cadáver para darle sepultura?

—Entiéndete con el verdugo ó con los enterradores —respondió él, haciéndole un ligero saludo al ver que Aglae se dirigía á la puerta.

Salió con paso vacilante y sin hablar palabra se encaminó á su palacio, guiada por Rutilio y Jantipo que venían ya en busca suya, sabedores de la catástrofe.

Antistio y Jantipo compraron el cuerpo del joven mártir, sacándolo de entre los de sus compañeros; le condujeron á casa después de lavado y perfumado, y antes de decirle nada á su ama que,

encerrada en su gabinete esperaba la venida del cadáver, le vistieron una hermosa túnica roja, calzaron sus pies con el coturno de la victoria; depositáronle en un rico lecho sobre un paño de púrpura y colocaron por encima de su cabeza una fresca y alegre palma, cortada en el propio jardín de la casa, donde crecían en abundancia.

Tenía el mártir crecidos el cabello y su fina y sedosa barba, ambos de color obscuro y cuidadosamente peinados por sus fieles amigos. Estaba su rostro, delgado por las privaciones y sufrimientos, blanco y pálido como los jazmines; pero ni una contracción de dolor había en su boca ni en su frente; al contrario, del conjunto de su rostro parecía irradiarse una aureola dorada y luminosa que infundía, más que respeto y temor, deleite y contentamiento al mirar aquella noble y hermosa cabeza. En el cuello veíase la grande herida de bordes cárdenos causada por la daga homicida y truculenta.

Advertida Aglae de la presencia del cuerpo de su malogrado esposo corrió á la sala en que yacía. Quedóse un momento perpleja y admirada ante su vista. Luego, arrebatada y fuera de sí, lanzóse sobre el querido cadáver, alzó la yerta cabeza y comenzó á besarla desesperada y locamente, diciéndole:

—Aquí tienes, alma mía, devueltos aquellos besos que un día me prodigaron tus labios. ¡Oh, si pudiera con ellos devolverte la vida!

Hízole reparar Antistio en que tales extremos eran fuera de lo razonable, y ella contestó:

—Tienes razón, padre. Ya no es este el cuerpo de un hombre, sino la reliquia de un glorioso mártir, que sólo honras y adoraciones merece de nosotros. Mírale, Antistio, ¿no crees que así quedaría el divino cuerpo de Cristo en el sepulcro? ¿No ves reflejada en la serenidad apacible, en la misteriosa alegría que baña ese rostro la celestial ventura que goza su alma?

Arrodillóse entonces á su lado y tomando la mano derecha del joven, que retuvo entre las suyas ardorosas por la fiebre, estuvo muchas horas, hasta que Antistio y sus criados casi por la fuerza la obligaron á separarse del cadáver y abandonar la sala.

Sin derramar una lágrima, que ya no había en su muerto corazón, discutió con Antistio sobre la conveniencia de embalsamar el cuerpo ó quemarlo para recoger sus huesos.

—Aunque nuestra creencia —dijo el anciano— es opuesta á la incineración de los cadáveres, hay, sin embargo, casos en que la prudencia lo aconseja. No menos han de resucitar nuestros hermanos abrasados en las llamas, descuartizados y repartidos sus miembros, ó devorados por las bestias feroces del Coliseo. Creo, pues, que debemos quemar el santo cuerpo del mártir para llevar sus restos con menos peligro.

Así se hizo. A la mañanita siguiente condujeron

el cadáver á las afueras de la ciudad al lugar del quemadero, donde ya había dispuesta una gran pira que en breves minutos consumió la carne exangüe de Herenio. Recogieron Aglae y sus amigos con religioso amor sus cenizas, que encerraron en urna vítrea, resguardada por otra de madera de cedro, y á pocos días tomaron silenciosos y melancólicos la vuelta á Roma.





EPILOGO

Han pasado varios años. Lucio Vespilio cayó en la cuenta de que necesitaba un heredero para su casa y nombre y determinó divorciarse de Junia, acusándola de adulterio, porque así conservaba la administración de la dote. En buena armonía y sin escándalo entrególe su mujer lo más florido y granado de su hacienda, reservándose lo indispensable para vivir con holgura, aunque sin lujo: mortificación horrible para aquella mujer vanidosa. Por fortuna para ella, el cielo le envió una extraña enfermedad que la dejó fea y maltrecha; sus vicios é ilusiones desaparecieron con la dolencia. Cuidóla, como quien ella era, su angelical hermana, sin temor al contagio; y cuando el peligro de muerte hubo pasado, sus palabras amorosas lograron traer al rebaño de Cristo, arrepentida y contrita, aquella alma rebelde que había tratado de hallar su dicha por tan obscuros y revueltos descaminos. Llevóla á vivir consigo y en breve tuvo dos fieles devotas y guardadoras el mortal des-

pojo de Herenio. ¡Cuántas lágrimas vertió Junia á sus solas ante la sagrada urna que encerraba el cuerpo de aquel á quien ella había querido asesinar! ¡Cuántas veces estuvo á punto de revelar á su inocente hermana el abominable delito!

Las penitencias y mortificaciones la condujeron pronto á la tumba. También Aglae tuvo que amortajar este cuerpo y conducirle al cementerio Ostriano, diputado por ella como sepulcro suyo y de los suyos.

En su casa había introducido reformas de mucha consideración, ya que sus gastos eran casi nulos. Vestida siempre de obscura tela, sin galas, ni adornos, hizo vida como la que después habían de observar las primeras *Deo-votas* y monjas. Todo su anhelo se cifraba en el culto del santo mártir, que instaló en la pieza principal de su casa, convertida en oratorio ó capilla, donde Antistio y otros sacerdotes venían á elevar á Dios sus preces y á musitar salmos y lecciones de la Escritura.

Dió libertad á todos sus esclavos, asignándoles para su manutención lo que cada uno cultivaba, de que habían de ser dueños luego que ella cerrase los ojos. Y sintiéndose morir, joven aún, distribuyó el resto de sus bienes entre los adictos Rutilio y Jantipo y sus mujeres. El honrado Bonoso había muerto cuando el viaje de Cilicia. Cuidó mucho de que la sepultasen con su adorado mártir en el más retirado de los revueltos

y laberínticos ambulacros de la catacumba de la vía Nomentana.

Un temblor de tierra ocurrido en el siglo IX, por el que se hundieron las galerías de esta catacumba, mezcló para siempre los restos de aquellos dos seres tan infelices en la tierra. Los arqueólogos no leerán jamás los gráfitos de sus *lóculi*.





NOTA

AUNQUE el fondo ó dato fundamental de esta novela sea histórico, el autor ha creído favorable á su narración cambiar muchas circunstancias y as de lugar y tiempo. Por esta causa ha debido alterar los nombres de las personas, ya que sus hechos resultan contados de un modo distinto de como sucedieron. Y por eso su trabajo es novela y no historia, ni siquiera leyenda.

Ha dado forma y desinencia castellanas á los nombres de muchos objetos latinos que tienen derecho á ellas porque han existido ó existen aún en todos los museos de Europa. Sustituirlos por otros semejantes actuales, so pretexto de claridad, conduce á graves errores é impropiedades que dan risa. ¿Cómo no ha de causarla ver traducir por *corbata* el *cestus* latino, por *delantal* el *semicinctium*, por *manto* ó *capa*, indistintamente aplicados á hombres y mujeres, las veinte ó más prendas de vestir exteriores de los romanos y romanas, todas diferentes, ni, en fin, cómo no censurar al que traduce tantos ó cuantos *ases* por tantos *maravedises* ó *denarios* por *doblones?* (1).

---

(1) Las versiones poéticas de los autores latinos no sirven más que para mantener esta perpetua ignorancia

La poca historia pública que pongo en este libro es la conocida. Sólo en dos lugares he creído mejor apartarme de lo que pasa como verdad corriente. Uno de ellos es suponer sobrina y no hermana de Domiciano la cristiana Flavia Domitila, mujer del mártir Flavio Clemente, primo carnal del Emperador. Esto exige alguna explicación.

Vespasiano no tuvo de su mujer Flavia Domitila más que tres hijos: Tito, Emperador (40-81); Domiciano, Emperador (51-96), y Domitila. Suetonio dice (*Vesp.*, III) que las dos mujeres murieron antes de que Vespasiano llegase al trono (año 69), aserción equivocada respecto de su mujer, pues existen monedas suyas con el exergo: *Diva Domitilla Augusta.* Además Tácito (*Hist.*, III), la da como viva y residiendo en Roma el mismo año de 69 en que Vespasiano fué Emperador. Y respecto de Domitila, la hija, el mismo Suetonio (*Domit.*, XVII) menciona como uno de los conjurados en la muerte de Domiciano á

de los no eruditos sobre la vida romana y empobrecer el idioma con achaque de emplear el lenguaje poético, que no es más que una palabrería hueca y genérica, muy bella y estimable por otros respectos, pero fuera de sazón cuando se trata de reproducir pensamientos ajenos. ¿Por dónde creería, por ejemplo, el buen D. Javier de Burgos que traducía á Horacio, llamando "rica techumbre" á la *trabe citrea,* que con tal versión lo mismo puede ser una bóveda revestida de mármol ó mosaico, ó un cielo raso pintado por Rosales, ó decorado con planchas de oro, ó empapelado con billetes de Banco? Este traductor es el que hace exclamar á Damasipo, personaje arruinado de una sátira horaciana:

"Cuando *en la Bolsa* me quedé perdido..."

Y una higa para los que pensaban fuese moderna esta gran institución mercantil.

Estéfano, "mayordomo (*procurátor*) de Domitila", que fué el primero que hirió al tirano. Como ni antes ni después recuerda otra Domitila que la hija de Vespasiano, pudiera creerse que de ella se trata al ver que la designa como á persona conocida de todos.

Dion Casio, que escribió cien años después de los sucesos, apunta (LXVII, 13) que Domiciano hizo matar á muchas personas escogidas, entre otras, al Cónsul Flavio Clemente, aunque era *sobrino* suyo y casado con Flavia Domitila, parienta del propio Domiciano, acusándolos de ateísmo; y que Domitila no fué condenada á muerte, sino desterrada á la isla *Pandataria*. Salvo el error de hacer sobrino del imperante á Flavio, lo demás no parece inexacto.

Suetonio (*Domit.*, XV) dice claramente que Flavio era primo carnal (*patruelem*) de Domiciano. Esto resulta de otros datos, pues Vespasiano tuvo un hermano mayor, llamado Flavio Sabino, que fué prefecto de Roma doce años y muy anciano murió asesinado por los soldados de Vitelio el mismo año 69 en que su hermano llegó al trono. Este Sabino dejó dos hijos: otro Flavio Sabino, que fué Cónsul el año 82 y se casó con Julia, hija única de Tito, y el Flavio Clemente, mártir, de quien venimos tratando. Pero volvamos á su mujer.

El historiador eclesiástico Eusebio (III, 18), refiriendo que los autores paganos solían recordar en sus escritos las persecuciones de los cristianos, añade que algunos señalaron la fecha exacta, citando, por ejemplo, en el año décimoquinto del reinado de Domiciano, á Flavia Domitila, *sobrina* de Flavio Clemente, uno de los Cónsules de Roma, quien, por haber confesado la fe de Cristo, fué relegada á la isla

de *Ponza.* Comentando San Jerónimo este lugar de Eusebio, dice que Domitila era *sorore neptem* de Clemente.

Aquí vemos claramente un mismo hecho aplicado á dos personas distintas. Domitila ya no es mujer, sino sobrina de Flavio, y el destierro ya no es á la Pandataria, sino al otro islote de Ponza, también en la costa de Italia.

Que el hecho es uno solo demuéstrase con saber que Flavio Clemente no fué Cónsul hasta 94 (*Fastos consulares*); que Suetonio (*Domit.,* xv) afirma que Domiciano no hizo más que aguardar á que su primo cesase en la función consular para darle muerte; esto es al año siguiente, 95, que corresponde exactamente el XV de su reinado, como dice Eusebio; y que Domiciano mismo fué asesinado en el otro de 96, á 18 de Septiembre.

También se ve ya la tendencia de separar á Domitila de su marido, á quien se hace tío de la dama. Esta corriente alcanza su completo desarrollo en los primitivos hagiógrafos de la santa, que no la suponen hija de otra Domitila, sino de una Plautila; conservan el parentesco de sobrina de Flavio, pero la declaran virgen, prometida de un conde Aureliano, con quien no quiso casarse, y añaden que éste, en venganza, la hizo dar muerte, reinando ya Trajano.

Pero los antiguos autores que escribieron la vida del Papa San Clemente (V. Rivad., *Flos Sanct*: 23 Noviembre) dicen con toda claridad que la virgen Flavia Domitila *era sobrina de Domiciano, hija de su hermana y de Flavio Clemente.*

Esta versión lo acordaría todo: habría dos Domitilas cristianas; dos desterradas, una á la Pandata-

ria y otra á Ponza, y una de ellas sería virgen y acaso mártir. Y hasta se vería más poderosa la razón de que Domiciano hubiese adoptado por hijos suyos y sucesores en el trono á los de Flavio, cambiándoles sus primeros nombres por los de Vespasiano y Domiciano, y, por último, quedaría también explicado por qué Quintiliano (IV, I, 2) que fué maestro de esos niños les llama *sobrinos* de Domiciano, pues serían hijos de su hermana.

Pero hay una grave dificultad, aparte de la expresa declaración de Suetonio relativa á la muerte prematura de la hermana de Domiciano, y es la corta edad que en 95 tendrían sus hijos, según afirma el mismo autor (*etiamtum parvulos*).

Ahora bien: los hijos de Vespasiano nacieron con un intervalo de once años: Tito en 40 y Domiciano en 51. No será aventurado suponer que Domitila hubiese venido al mundo entre ambas fechas, y en este caso no podía tener hijos párvulos en 95. Si la mujer de Vespasiano tenía edad proporcionada á la suya, pues Vespasiano nació el año 9, la presunción resulta más fuerte. Además consta que antes de casarse con ella ya la Domitila Augusta había estado unida á cierto Estatilio Capela en Africa.

No queda, pues, otro arbitrio que el de suponer casada á la hermana de Domiciano con su primo Tito Flavio Sabino, antes de serlo con Julia, hija del Emperador Tito, ó con otro hermano de él y de Clemente, si lo tuvieron. Así resultaría que la segunda Domitila era á la vez mujer y sobrina de Flavio Clemente y joven en 95 para tener hijos párvulos que fuesen también sobrinos de Domiciano y naturales herederos suyos.

Porque los Flavios hubieron de ser muy desarreglados en sus enlaces matrimoniales. Tito se casó primero con una Aricidia Tertula, hija de un prefecto del Pretorio; y muerta ella, con Marcia Furnila, á la que repudió, después de haber tenido á Julia, que, por tanto, sería muy jovencita cuando el padre, viendo que su hermano tampoco tenía hijos varones, la casó con su primo Sabino, que era el inmediato sucesor en el trono y que probablemente estaría ya viudo de Domitila, hermana de ambos Césares. A Domiciano no parecen haberle gustado más que las mujeres de otros. A un patricio llamado Elio Lamia, le quitó su mujer Domicia Longina, con quien se casó, repudió y volvió á tomar; y sin duda en previsión de ajenos arrepentimientos, mandó matar luego al primer marido de Domicia. En el período de libertad ofrecióle Tito, antes que á Sabino, á su hija Julia, y no la quiso. Pero, en cuanto la vió casada con otro, la sedujo, ya en vida de Tito, según Suetonio, y probablemente á poco de reinar fué cuando la dejó viuda, matándole á su marido. Suetonio dice que la causa de la muerte de Sabino fué el haberse equivocado el pregonero el día de las elecciones consulares, saludando á Sabino triunfante con el título de Emperador en lugar de Cónsul. Según los *Fastos consulares* Sabino lo fué en 82, de modo que en este año ó el siguiente sería su triste muerte. Domiciano llevó consigo á la viuda, su sobrina; la tuvo como mujer propia y fué autor de su fin temprano por causa de un aborto provocado.

No quedando ya más descendencia de Vespasiano que la joven Domitila, se comprende que el mismo Domiciano procurase la fusión de las dos ramas, ca-

sándola con su primo Flavio Clemente, inmediato sucesor en el trono, pero á quién él supo dar otro más glorioso.

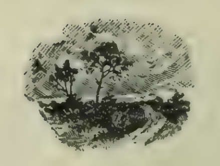
Esta Domitila es la fundadora de la catacumba que lleva su nombre, y en donde han parecido inscripciones diversas que la recuerdan. En una se dice claramente: *Flaviae Domitillae. Vespasiani neptis.* (Orelli-Henzen: *Inscrip.* 5.422 y 5.423, y Rossi: *Rom. subt.*) *Neptis* significa sobrina, pero más propiamente nieta. Esta fué, por tanto, la mujer de Flavio Clemente y la desterrada á la isla de Ponza ó la Pandataria.

Su extrañamiento debió de cesar, como el de todos, al año siguiente, con la muerte del tirano, si no es que Nerva ó Trajano lo confirmasen, cosa que no parece creíble. Sin embargo, ya en tiempo de San Jerónimo la leyenda de la virginidad y martirio de Santa Domitila empezaba á tener fuerza, pues aquel Santo, que tan lejos vivía de Roma, dice en el lugar citado sobre Eusebio, no ser infrecuente que piadosos y devotos peregrinos visitasen en la isla de Ponza las cámaras en que Flavia Domitila había sufrido un martirio *que no acabó sino con su vida.*

El hacer sobrina de Vespasiano á la madre de nuestra Aglae no es ninguna inverosimilitud, pues consta que tuvo mucha parentela aquel Emperador y, sin recordar otros muchos personajes puestos en altos lugares, el año 84 hallamos entre los Cónsules un Apio Junio Sabino, que de seguro era su deudo.

Respecto de la incontinencia de Domiciano nuestras afirmaciones son pálidas y benignas ante los hechos. Sabemos cómo trataba á sus más próximas parientas. Suetonio (*Domit.*, 1), dice que ya antes de

llegar al imperio, en vida de su padre, siendo él pretor de Roma, "después de abusar de gran número de mujeres de ciudadanos, robó y tomó en matrimonio á Domicia Longina", etc.; y lo que hizo luego que subió al trono no puede repetirse decorosamente.





INDICE





ERRATAS

Pág.	Línea.	Dice.	Debe decir.
24	4	sigilosamente	con sigilo
65	1	so pretexto	bajo pretexto
102	24	ingenua, de origen	ingenua de origen
128	15	seguían	seguía
176	26	Segui	Segni
190	23	y cerca	y en pos
214	3	llaman	llamaban